

MI JEFE

ME
PONE



Y DE LOS NERVIOS TAMBIÉN.



GARCÍA DE SAURA

MI JEFE ME PONE. Y DE LOS NERVIOS TAMBIÉN.

1ª edición

© García de Saura, 2026

© Corrección y maquetación: Tinta Orión

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Esta es una obra de ficción. Aunque los lugares son reales, los nombres, personajes y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, empresas o similares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículo 270 y siguientes del Código Penal español).

Puedes localizarme en:

Sígueme en [AMAZON](#) para enterarte de todas las ofertas, promociones y lanzamientos.

REDES SOCIALES:

[INSTAGRAM](#)

[TIKTOK](#)

[FACEBOOK PERFIL](#)

[FACEBOOK PÁGINA](#)

[FACEBOOK GRUPO](#)

[YOUTUBE](#)

[X \(TWITTER\)](#)

Índice

Puedes localizarme en:

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Descubre

Agradecimientos

Biografía

Premios, logros y reconocimientos

Para todas las que alguna vez pensaron: «Qué gilipollas».
Y justo después: «Qué bueno está».

Capítulo 1

Nerea

Abro el correo y me convierto en la niña del exorcista al ver la factura de la luz.

—¿Pero esto qué es?! —grito como las locas—. ¿Doscientos treinta y siete con cincuenta? ¿Me habéis instalado un jacuzzi en el salón y no me he enterado?!

Estoy sola en casa, con el moño deshecho, rodeada de cajas y con los pies descalzos en pleno junio madrileño. Me tiembla el ojo izquierdo. Es nervio, o es posesión infernal. ¡A saber! Lo único cierto es que estoy al límite.

Marco el número de atención al cliente de la compañía con la energía de una viuda negra con ganas de cargarse a alguien.

—Ha llamado a la compañía Eléctrica del Río. Si desea consultar el estado de su factura, pulse 1. Si desea modificar su tarifa, pulse 2. Si desea notificar una avería, pulse 3. Si desea otras gestiones, pulse 4.

«¡Cómo no, una maquinita! Para que luego digan que hay paro».

Pulso 4, claro. Porque la mía es la opción «otros crímenes energéticos».

—Si desea realizar un cambio de titularidad, pulse 1. Si desea consultar promociones activas, pulse 2. Si desea información sobre facturación electrónica, pulse 3. Para hablar con un agente, pulse 4.

—¿Por qué no me lo habéis dado desde el principio, ladrones del menú?

Vuelvo a pulsar el 4 con el dedo índice tenso como un martillo.

«Que me atienda una persona es tan difícil como que me convierta en millonaria».

—*En breve le atenderemos. Pero, antes, ¿desea valorar nuestro servicio del uno al cinco?*

—Por el culo te la hinco.

—*Disculpe, no he entendido su respuesta.*

—Ni falta que hace.

—*Sigo sin entenderla. ¿Podría repetir la valoración de nuestro servicio del uno al cinco?*

—Sí, claro, guapa; con el robo que me habéis hecho, estoy yo para ponerlos un puñetero cinco.

—*Gracias por su valoración.*

—¿Qué? Yo no...

—*Por favor, introduzca los primeros nueve dígitos de su número de contrato.*

—¡Me cago en vuestra madre digital...! —mascullo mientras busco en la factura el dichoso numerito de las narices.

Tecleo los números. Uno se me escapa.

—*El número no es correcto. Por favor, introduzca los primeros nueve dígitos de su número de contrato o pulse cero para regresar al menú.*

—¡Que ya voy, coño!

—*Disculpe, no he entendido su respuesta.*

«Respira, Nerea. Tú puedes».

Empiezo de nuevo y marco los nueve números por fin.

—*Ahora introduzca sin letra los dígitos de su Documento Nacional de Identidad.*

—¿Queréis también mi grupo sanguíneo? —escupo.

Lo marco. Silencio.

—*Gracias. Vamos a transferirle con un agente disponible.*

«¡Pues ya está bien!».

Me pone música de espera, que se interrumpe al momento.

—*El tiempo estimado de espera es de... seis minutos. Recuerde que también puede resolver sus gestiones a través de nuestra app gratuita.*

—¡ME ESTÁIS ROBANDO DOSCIENTOS TREINTA Y SIETE EUROS!
¡NO QUIERO UNA APP, QUIERO JUSTICIA!

De nuevo la música con trompetitas alegres.

—¡Si os tuviera delante, os metía la musiquita por el mismísimo culo!

—*Gracias por contactar con Eléctrica del Río* —dice una voz masculina, grave, templada, tan serena que me da rabia al instante —. *¿En qué puedo ayudarle?*

Ah, perfecto. Suena al típico hombre de corbata planchada y ego lubricado.

«Pues vas a cobrar, chato».

—Mira, majo, soy Nerea Gómez y te llamo porque, atención, en vuestra *infinita generosidad* me habéis cobrado DOSCIENTOS TREINTA Y SIETE CON CINCUENTA EUROS de más. Así que, o me explicas por qué tengo la factura de la sede del Congreso o te juro por la Virgen de la Tostadora que os denuncio en *TikTok*.

Silencio. Un segundo. Dos.

¿Se ha cortado? ¿Se ha cagado?

—*¿Tiene el número del contrato a mano?*

Me aguanto una carcajada histérica. Qué listo. Qué formal. Qué ganas de meterle el contrato por la ranura del *router*.

—¿Quieres el número del contrato o el de la factura que me estoy fumando mientras pienso en formas legales de cobraros en órganos?

—*Solo necesito uno de los dos, señorita.*

«¡SEÑORITA! ¿Perdona? ¿Estamos en los noventa?».

—Señorita tu prima. Mira, campeón, sé que tú no tienes la culpa. Bueno, igual sí. ¿Trabajas ahí? Pues entonces eres parte del sistema, del problema y del grupo de gente que va a hacer que hoy me coma una croqueta congelada con lágrimas.

—*Comprendo su frustración.*

—No, no la comprendes. Si la comprendieras, ya me habrías devuelto el dinero y te habrías tirado por la ventana de la vergüenza.

—*Eso último no forma parte de mi protocolo de atención.*

—Pues métete tu protocolo donde te quepa, que seguro que hay hueco, con lo tieso que hablas.

—*¿Ha terminado?*

—¿Disculpa? ¡No, majo, no he terminado! ¡Llevo media vida esperando en cola para esto, no me pienso callar en el minuto uno!

—*Continúe, entonces.*

Me quedo un segundo descolocada. Reconozco que no me esperaba esa respuesta.

—*¿Cómo se llama?* —me pregunta.

Eso me detiene un segundo. La voz no ha cambiado de tono, pero ha bajado una octava. Suena distinta. Más... interesada. Y eso me pone todavía más de mala hostia.

—¿Qué pasa? ¿Ahora me vas a enviar flores o qué? Ya te lo he dicho, me llamo Nerea Gómez, por si quieres apuntarlo en tu Excel de clientas cabreadas.

Silencio de nuevo.

—*Gracias, Nerea. Ha sido... un placer hablar con usted.*

Y me cuelga.

¿Perdón? ¿Hola? ¿Este gilipollas me acaba de colgar después de explicarle que estoy en la mierda?

Me quedo con el móvil en la mano como si fuera un arma defectuosa. Me tiembla el párpado. Me sube la bilis.

—¡Pero serás...!

Lo lanzo sobre el sofá, que ahora es también cama, trastero y despacho. Me dejo caer. Me duelen los riñones, la cabeza, el alma y hasta los recuerdos.

Cierro los ojos. Respiro. Vuelvo a abrirlos. Y lo veo todo.

Las cajas. Las putas cajas. Todo lo que queda de mi papelería.

Mi tiendecita. Mi ilusión. Mi ruina con luces LED.

Me levanto despacio. Camino entre los bultos. Abro una de las cajas.

Ahí están. Las agendas. Montones de ellas con frases que yo misma escribí, diseñé, maqueté y recé para vender.

Cojo una. La abro por la primera página. La frase me recibe como una bofetada:

«*Estudia, puta, que luego lloras*».

Suelto una carcajada ronca. Me arden los ojos.

—Y yo que me quería empoderar con esto... —susurro.

La cierro con cuidado y la vuelvo a guardar.

Me quedo de pie con las manos sobre el borde de la caja, que todavía huele a cartón, rotuladores, tinta fresca y a todos los sueños que no llegaron a tiempo.

No me permito llorar. Todavía tengo que terminar la mudanza. Darme de baja en mil sitios. Buscar una habitación donde empezar de cero.

Y aprender a respirar sin sentir que todo pesa el doble.

Pero antes necesito encontrar un rincón... Un sitio barato donde llorar con dignidad sin que mi voz retumbe.

Porque con eco, la pena se me devuelve como si fuera un boomerang de mierda.

Capítulo 2

Elías

Lucas entra en el despacho con el móvil en la mano, una sonrisa y dos vasos de café.

—¿Qué has hecho ahora, León? ¿Otra baja en Administración?

Ni lo miro. Por el rabillo del ojo lo veo dejarme uno de los cafés sobre la mesa antes de sentarse en la butaca del otro lado.

—No encajaba —respondo, sin más explicación.

—¿Por el emoji de «ok» con carita que envió?

—Por enviar un informe confidencial al destinatario equivocado —aclaro.

—Ah. Eso también.

—Me alegra que lo consideres relevante.

Lucas se lleva el vaso a los labios.

—Es la tercera que echas este trimestre —me suelta.

—Las otras dos tampoco servían.

—Eres de mecha corta, tío. Deberías hacértelo mirar.

—No tengo poca paciencia —defiendo.

—Ya. Y yo soy monaguillo los domingos.

—Tú no pisas una iglesia ni en Navidad.

—Ese es mi argumento, genio. Los dos mentimos fatal.

Resopla, satisfecho consigo mismo.

Mi pantalla parpadea y se escucha un pitido corto. Una alerta aparece en rojo.

ALERTA VOZ ROJA

Cliente en llamada activa con lenguaje ofensivo. Nivel de agresividad: 3/5.

Saltando en 5 segundos si no hay intervención.

«Mierda. Otro capullo quejándose».

Lucas se inclina hacia delante como un niño al que acaban de regalar un juguete.

—Uy, uy, uy. Mira eso... Alguien está echando fuego por la línea. Nivel tres. Esto promete.

No contesto. Sabe lo mucho que me molestan este tipo de avisos. Miro la pantalla. El sistema no da nombre ni número, solo el canal de entrada.

—Cógela tú —suelta de pronto, con media sonrisa.

—Para eso están los de Atención al Cliente.

—Hazlo y demuéstrame que tienes paciencia.

—Tú me la estás agotando, cabrón. ¿No tienes nada que hacer?

—No tienes huevos, eso es lo que pasa.

Levanto la mirada.

No necesito decir nada.

—Sí, sí. Esa cara funciona con los empleados —añade—. Conmigo llevas diez años perdiendo el tiempo.

—Lárgate —gruño.

—Venga. Si lo haces, me quedo callado una semana entera.

—No necesito una semana de silencio tuyo. Con que te largues ahora es suficiente.

—Vale. Entonces hagámoslo divertido. Si no aguantas y cuelgas antes de que el cliente lo haga, conduces el coche nuevo de la Fundación una semana.

Lo miro.

Él asiente. Sabe perfectamente dónde tocar.

—Ese coche no es un vehículo. Es un atentado estético.

El eco-car rosa chillón con el logo de la compañía ocupa desde hace dos semanas una plaza del aparcamiento y debería ocupar un desguace.

—Por eso mismo. Deberás usarlo para ir a tus reuniones. Y conduciendo tú. Nada de chófer. Cuidado, que no tiene ventanas tintadas.

—¿Y si no cuelgo?

Lucas levanta la muñeca.

—Te regalo mi reloj.

Un *Patek Philippe*. Edición limitada. No es mal botín.

—Hecho.

Desvió la llamada al teléfono de mesa y pulso el *manos libres*.

—*¡Si os tuviera delante, os metía la musiquita por el mismísimo culo!*

Lucas da un brinco en la butaca y se tapa la boca.

Yo permanezco inmóvil.

—Gracias por contactar con Eléctrica del Río. ¿En qué puedo ayudarle?

—*Mira, majo, soy Nerea Gómez y te llamo porque... Así que, o me explicas por qué tengo la factura de la sede del Congreso o te juro por la Virgen de la Tostadora que os denuncio en TikTok.*

Lucas empieza a retorcerse y descojonarse. Desactivo el micrófono un instante.

—Como te rías, te despido a ti también.

El muy cabrón abre los brazos en defensa.

Vuelvo a activar el micrófono.

—¿Tiene el número del contrato a mano?

—*¿Quieres el número del contrato o el de la factura que me estoy fumando mientras pienso en formas legales de cobraros en órganos?*

Lucas ya ni siquiera intenta disimular.

—Solo necesito uno de los dos, señorita —le respondo a la mujer, mientras lo fulmino con la mirada y me controlo para no perder la calma.

—*Señorita tu prima. Mira, campeón...*

«¿Quién demonios habla así a un desconocido?».

Después vienen el sistema, el problema, una croqueta congelada con lágrimas y la sugerencia de que me tire por la ventana de la vergüenza.

Todo en menos de treinta segundos.

—Eso último no forma parte de mi protocolo de atención —le suelto sin más. Esto no va a ninguna parte. Lo sé desde hace 29 segundos.

—*Pues métete tu protocolo donde te quepa, que seguro que hay hueco, con lo tieso que hablas.*

Lucas se dobla sobre sí mismo.

«Esta me la paga».

—¿Ha terminado? —le pregunto a la mujer, aunque en realidad la pregunta va para ambos.

—*¿Perdona? No, majo, no he terminado. Llevo media vida...*

—Continúe, entonces.

No sé muy bien por qué lo digo.

Debería haber colgado hace tres frases. Cualquier persona razonable lo habría hecho.

Ella continúa. Yo espero.

Lucas me mira como si acabara de descubrir una nueva especie animal.

—¿Cómo se llama? —le demando a la mujer.

En cuanto lo pregunto sé que acabo de hacer el idiota.

Ya me lo ha dicho. Nerea Gómez. Lo sé perfectamente.

Aun así, he vuelto a preguntárselo. No tengo ni idea de por qué.

—... *¿Ahora me vas a enviar flores o qué? ...*

Silencio.

Miro a Lucas. El muy cabrón ya no sonríe, se mofa de mí en mi puta cara.

Eso decide por mí.

—Gracias, Nerea. Ha sido... un placer hablar con usted.

Cuelgo.

Lucas tarda exactamente medio segundo en romper a carcajadas.

—¡Has colgado! ¡Eres oficialmente el CEO menos zen de Europa!

—Cállate —mascullo.

—En cuanto ese coche esté disponible, lo conduces tú. Nada de chófer —se mofa.

Me vuelvo hacia la pantalla.

Me jode perder. Siempre me ha jodido.

Y me jode todavía más haber perdido por culpa de una mujer maleducada que ni siquiera sabe con quién estaba hablando.

—Quiero el registro de esa llamada —suelto de pronto.

Lucas deja de reírse.

—¿Para qué? ¿Vas a mandarle flores al final?

«¿A que le doy dos hostias?».

—No —respondo seco—. Quiero saber qué agente debía haberla atendido y por qué ha saltado la alerta con ese nivel. Es un fallo del

sistema que hay que revisar.

—Ya. Claro. Un fallo del sistema.

—Eso he dicho.

—Lo que tú digas, jefe.

Recoge su café y se levanta.

—Por cierto, el rosa te favorece.

—¡Fuera!

Se marcha riéndose.

Lo veo de reojo porque no levanto la vista de la pantalla.

Es una revisión interna. Nada más.

La llamada me importa una mierda. Nerea Gómez también.

Lo único que importa es que voy a tener que presentarme en la empresa conduciendo un coche rosa por culpa de esa mujer.

Aunque, técnicamente, la apuesta la he aceptado yo.

Aprieto la mandíbula.

Ese detalle no viene al caso.

Capítulo 3

Nerea

Estoy cerrando la caja número veintidós con cinta de embalar cuando suena el teléfono.

Me sobresalto.

El móvil sigue tirado en el sofá desde que lo lancé después de la llamada con el gilipollas de la eléctrica.

—Como seas tú otra vez, juro que te denuncio por acoso —le digo al aire mientras lo cojo.

Desbloqueo la pantalla. Es Claudia.

«¿Claudia?».

Tardo dos segundos en procesarlo. Llevamos meses sin hablarnos más allá de memes.

No porque hayamos discutido. Sino porque la vida va así. Deprisa. Sin avisar. Y con mala hostia.

Y porque yo llevo una temporada perfeccionando el noble arte de no contarle a nadie que mi vida se está yendo a tomar por culo.

—¿*Clau*? —respondo, como si me hubiera llamado desde otra dimensión.

—*iNereaaaaa! ¿Tienes un minuto?*

—Tengo minutos, cajas, hambre y una factura que parece redactada por Hacienda con resaca. ¿Qué pasa?

—*¿Qué factura?*

—Una en la que me han sableado doscientos treinta y siete euros. Los céntimos ni los recuerdo.

—*Vaya, lo siento. Bueno, luego me cuentas ese drama con detalle, que intuyo que es digno de serie. Ahora escúchame.*

—A ver.

—*Se me ha ido la compi de piso. La estudiante. Me ha dejado la habitación vacía esta mañana. Y he pensado en ti. ¿Puedo pasar por tu tienda para poner un cartelito o algo? Ya sabes, para buscar a alguien.*

—¿Mi tienda? —repito con desgana.

Silencio al otro lado.

—*Sí. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?*

Miro las cajas y resoplo antes de responder.

—Cerré la semana pasada.

Otro silencio. Este dura más.

—*¿Cómo que cerraste la semana pasada?*

—Pues eso. Cerré. Se acabó. Fin. *The end.* Persiana abajo.

—*¿Y por qué coño no me has contado nada?*

Ahí está. La pregunta que llevo una semana procurando que nadie me haga.

—Porque estás ocupada.

—*No me jodas, Nerea.*

—No te estoy jodiendo.

—*Sabes perfectamente que eso no es una respuesta* —me rebate.

—Pues mira qué bien. Así nos ahorramos discutir por teléfono.

La oigo respirar al otro lado un instante.

—*¿Y qué pasa con el piso?*

«Mierda».

—También tengo que dejarlo —confieso.

—*¿Cuándo?*

—En una semana.

—*¿Y dónde vas a ir?*

—Estoy valorando varios puentes. Quiero comparar vistas antes de decidirme.

—*Nerea.*

Ese tono. El de «no me hagas ir hasta allí y cantarte las cuarenta».

—Ya veré, Clau.

La oigo soltar el aire.

—*¿Estás sola?*

—Sí.

—*¿Tienes plan para esta noche?*

—*¿Empaquetar cajas cuenta como una cita?*

—*Depende. ¿Las cajas te invitan a cenar después?*

—Las cajas no invitan a nada. Ni siquiera a la fiesta de despedida de mi dignidad.

—*Salgo del curro en una hora. Voy a verte y cenamos juntas. Llevo chino y alcohol.*

—Claudia, yo...

—*No acepto un no —me corta—. Y no me des las gracias. Las amigas estamos para algo.*

Cuelga.

Y ahí me quedo. Móvil en mano. Con restos de precinto pegados a los dedos y un nudo en la garganta que no pienso desatar.

Claudia es del pueblo, como yo. La empollona del instituto. La que se vino a Madrid a estudiar la carrera y acabó en Recursos Humanos porque le gustaba ordenar vidas ajenas.

Nos conocemos desde los trece.

Nos hemos visto crecer. Liarnos con idiotas. Tropezar con la misma piedra dos veces.

Y sobrevivir a verbenas de pueblo con orquestas tristes.

Aunque llevamos meses sin vernos de verdad, hay cosas que no cambian. Como que sepa cuándo estoy mintiendo. Y que yo siga intentándolo de todas formas.

Echo la cabeza hacia atrás.

Respiro hondo.

—Vale, mundo. A ver con qué cojones me sales ahora.

A las ocho y cuarto suena el timbre.

Abro la puerta con el moño como una ensaimada de guerra y una camiseta vieja que yo misma pinté con rotulador de tela.

En el pecho pone: «*No eres tóxica, eres radiactiva con autoestima*». Y me encanta.

—Hola, reina —me saluda Claudia al verme, mostrando una bolsa blanca que huele a gloria bendita—. *¿Tienes hambre o prefieres seguir viviendo a base de ansiedad?*

—Ansiedad con rollito de primavera, gracias.

Nos abrazamos.

La invito a pasar y ella entra en casa como si no hubieran pasado seis meses desde la última vez que nos vimos.

Me gusta eso de ella. No exige permiso. Solo entra.

Mira las cajas.

Después me mira a mí.

—Guau, tía... parece que haya explotado algo.

—Sí. Mi cuenta bancaria y mi paciencia.

Empieza a sacar envases de la bolsa y yo voy a la cocina a por el resto.

Nos sentamos a la mesa.

Por primera vez en días me siento una persona medio normal.

—Ahora sí. Cuéntamelo —me pide, antes de dar el primer bocado.

Tomo aire y lo suelto en modo de suspiro.

—No hay mucho que contar —digo, mientras cojo los palillos—. Gastos, autónomos, ventas bajando, una imprenta que me falló y el casero queriendo subirme el alquiler por tener un escaparate «cuqui».

—¿Qué dices?

—Literal. Como si las guirnaldas le subieran el IBI.

Claudia deja los palillos sobre el envase.

—Podrías haberme dicho algo antes.

—¿Y qué ibas a hacer? ¿Regalarme luz? ¿Pagarme con tu nómina?

—No. Pero podría haber venido antes. Aunque solo fuera para abrirte una cerveza y recordarte que tienes a alguien que te aguanta desde que llevabas ortodoncia.

Sonrío.

—Tú también has cambiado.

—¿En qué sentido?

—Te has refinado. Ya no dices «me suda el coño». Ahora dices «me es indiferente».

—Lo llaman madurar —se justifica—. O aguantar jefes imbéciles con sueldo fijo.

—Yo prefería la Claudia maleducada. Daba más juego —me mofo.

—La Claudia maleducada sigue aquí. Solo la saco en ocasiones especiales. Como bodas. O reuniones de empresa con gente insoportable.

—Apúntame a la lista de ocasiones especiales, entonces.

—Ya estás en el top tres, tranquila.

Las dos nos reímos.

Durante unos minutos solo comemos.

Bueno... Comer. Hablar. Y respirar.

—¿Dónde vas a vivir ahora? —pregunta.

—No lo sé. Con lo que tengo ahorrado puedo permitirme medio mes en un hostel con moqueta sospechosa.

Claudia deja los palillos.

—La habitación de mi piso está libre, por eso te había llamado. Si quieres, es tuya.

La miro.

—¿Gratis? —cuestiono, arqueando una ceja.

—Casi. Pagas *Netflix* y alguna cena, y estamos en paz.

Es todo tan bonito, que no me creo que sea cierto.

—¿Y si tengo una crisis existencial en voz alta a las tres de la mañana? —tanteo, para asegurarme de no despertar y darme cuenta de que todo forma parte de un sueño.

—La grabaré para usarla en tu contra cuando seas famosa.

—¿Y si dejo bragas colgadas en el baño?

—Si no son con encaje, no me ofendo.

—¿Y si ronco?

—Entonces te grabo también. Para el mismo vídeo. Total, ya tengo el título: «Mi amiga, el desastre nacional».

—Qué generosa.

—Lo sé. Debería cobrar por acompañamiento emocional.

La miro unos segundos. Es la solución perfecta.

Me jode un poco que lo sea porque significa admitir que necesito que alguien me saque del agujero. Pero es lo que hay.

—Acepto.

Brindamos con cerveza tibia.

No sé si acabo de arreglar mi vida o de firmar otro contrato con el caos. Pero al menos no voy a estar sola.

Y ahora mismo eso vale más que cualquier cuenta corriente.

—Por cierto... te he guardado algo —anuncio en cuanto me acuerdo.

Me levanto. Rebusco entre las cajas y saco una de mis agendas.

—Último ejemplar de edición limitada. No se admiten devoluciones —adviento al entregársela.

—¿Qué frase toca?

Léela tú misma.

Claudia mira la portada y sonrío.

—«*No eres un caos, eres una catástrofe organizada*» —lee en voz alta.

Levanta la vista.

—Me representa muchísimo —añade.

—Pues úsala para apuntar cosas de tu nueva compañera de piso.

—¿Como qué?

—No ronco... pero insulto en sueños.

—Lo sabía —celebra.

Acto seguido, su expresión cambia.

—Tengo algo más que contarte. Bueno, más bien es una noticia.

—No me digas que también te has quedado embarazada.

—¡Calla! No, es eso. Es algo más sencillo. Ha habido una baja en la empresa.

—¿Quién se ha muerto?

—Nadie. Baja médica. Tres meses. Atención al Cliente.

La miro.

—¿En tu empresa?

—Sí.

Llevo tal despiste que ni recuerdo el nombre.

—¿Y tú trabajas en...?

Claudia frunce el ceño.

—Eléctrica del Río.

Me quedo inmóvil. ¡Joder, es cierto! Ya ni me acordaba.

No. No, no, no.

«Virgen de la Tostadora, dame un poco de respiro. Baja los voltios, o a este paso me carbonizas».

—Dime que hay dos.

—¿Dos qué?

—Eléctricas del Río. Una buena y otra llena de hijos de puta.

—Nerea...

—Hoy mismo los he llamado para quejarme de la factura de la que te hablaba. Me han estafado doscientos treinta y siete euros, con cincuenta. Después de aguantar a la maquinita, me ha atendido uno con voz de pijo, y el muy capullo me ha colgado.

Claudia abre mucho los ojos.

—¿Te ha colgado?

—Como lo oyes.

—¿Qué le has dicho?

—Eso es irrelevante.

—Nerea.

—Puede que haya mencionado *TikTok*.

—Nerea —insiste.

—Y órganos.

—Joder.

—Él me llamó *señorita* —me defiendo.

Claudia hace una pausa.

—Eso sí que es denunciabile.

Las dos estallamos en una carcajada.

—Va en serio —vuelve a la carga cuando consigue recomponerse

—. Son tres meses. Pagan bien. Después ya veremos.

—No.

—Nerea.

—Tengo principios.

Claudia mira alrededor. Las cajas. El sofá...

Luego vuelve a mirarme.

—También tienes que pagar el teléfono.

«Hija de puta».

—No pienso trabajar para esa gente —farfallo.

—Vale.

—Me han robado doscientos treinta y siete euros.

—Con cincuenta.

—Gracias por recordármelo.

—De nada.

Esta vez no me río. No me sale.

Miro las cajas. Mi antigua vida cabe en veintidós o veintitrés, como mucho.

La nueva, de momento, no cabe en ninguna parte.

—¿Cuánto pagan? —suelto de pronto.

Claudia sonríe.

—Sabía que acabaríamos llegando ahí.

—No sonrías. Estoy vendiendo mi dignidad. Un poco de respeto.

—Son tres meses. Y necesitas respirar.

Eso último me borra parte de la sonrisa.

Sí, es cierto. Necesito respirar.

Pienso en negarme. En mi dignidad. En la puñetera factura. En las cajas.

Y al final pienso en mi cuenta bancaria, que gana por mayoría absoluta.

—Lo haré. Me meteré ahí dentro —anuncio. Claudia alza una ceja, y yo sigo—. Les sacaré el sueldo, el café, el papel higiénico y, si me dejan, todos los bolígrafos que pueda.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un «voy a cobrármelo con intereses» —aclaro.

—Mañana mismo nuevo lo de la sustitución.

—Diles que tengo experiencia en atención al cliente.

—¿La tienes?

—A gritos.

Claudia se echa a reír. Y yo la sigo.

Nos quedamos un rato más hablando.

Del pueblo. De novios. De los hombres. Del último desastre sentimental que tuve. Ese que vivía de lo poco que yo ganaba mientras me decía que estaba «buscándose a sí mismo».

Pues debió encontrarse. Porque el cabrón desapareció en cuanto vio que iba a tener que cerrar la tienda.

Hablar con una amiga siempre reconforta. Y esta noche, ella lo ha hecho.

Cuando Claudia se marcha, cierro la puerta. Apoyo la espalda contra ella. Y sonrío.

No sé qué demonios me espera. Pero tengo clarísima una cosa: voy a entrar a trabajar en una eléctrica.

Yo.

Que no me sé ni enchufar emocionalmente.

Capítulo 4

Nerea

—No sé cómo he aceptado esto. Te juro que, si veo una grapadora con el logo, me doy la vuelta y salgo.

Claudia no contesta. Solo se ríe como si fuera normal que su amiga de toda la vida esté a punto de entrar a trabajar en la empresa contra la que ayer lanzó amenazas de muerte con voz afónica.

—Menos mal que ayer moviste lo de la sustitución en un tiempo récord, porque si llego a tener que esperar a una entrevista de verdad, me presento con currículum falso y experiencia inventada.

—No hizo falta entrevista. Con que yo diga que respondes bien bajo presión, basta.

—Eso es mentira.

—Ya lo sé. Pero ellos no.

Estamos frente a la puerta giratoria de Eléctrica del Río. El logo gigante de la compañía en color fucsia me provoca urticaria con solo verlo.

«No puedo creer que esté aquí».

Llevo pantalones prestados, una camisa que guardo para las grandes ocasiones y una carpeta que no pienso abrir ni aunque me chantajeen con croquetas. Claudia lleva su tarjeta colgada, sonrisa profesional y cara de «mira qué formalita soy desde que tengo nómina fija».

—Tranquila, solo tienes que aguantar el primer día —me anima—. Respira, no insultes a nadie y finge que te importa.

—¿Lo de no insultar es literal o solo una sugerencia?

—Es una súplica, Nerea. Por Dios.

Entramos.

El edificio es tan grande que podrían rodar un anuncio de coches eléctricos con drones y una vaca vegana. Todo huele a limpio, a climatización cara y a capitalismo. A los lados, oficinas con cristaleras. Al fondo, ascensores cromados. Y por todas partes, gente con pinganillo y cara de que odian su vida, pero la pagan bien.

—¿Dónde voy?

—Planta baja. Atención al Cliente. El departamento de los valientes.

«Yo diría el de los mártires».

Me entrega una tarjeta de acceso y me da dos besos como si me enviara al matadero.

—Me paso a verte en un rato —promete.

—Solo si traes chocolate o un plan de fuga.

—Traeré ambas cosas si hace falta.

—Te quiero. Un poco menos que a mi antigua tienda, pero te quiero.

—Ya, ya. Suerte, desastre.

Ella se sube al ascensor y yo me meto en el pasillo de los «clientes cabreados».

Una mujer rubia con moño apretado y expresión de «he vivido tres guerras laborales» me recibe con el entusiasmo de una piedra.

—¿Tú eres la sustituta?

—La misma que viste y calza.

No sonrío.

Mal comienzo.

Me señala un escritorio como quien te enseña la silla del dentista antes de una extracción.

—Auriculares, usuario y clave en el *post-it*. Formación online. Cuando termines, avisas.

—¿Y después?

—Atiendes llamadas.

—¿Así, sin anestesia?

Me mira.

Vale. Definitivamente no vamos a ser amigas.

Me siento.

En la pantalla me espera una presentación titulada «BIENVENIDA A TU NUEVA EXPERIENCIA LABORAL», con un logo que brilla más que mi futuro.

Le doy al *play*.

Una música suave, rollo ascensor con diplomado, empieza a sonar de fondo.

—*Bienvenida a Eléctrica del Río. Esta formación te proporcionará las herramientas necesarias para ofrecer una atención al cliente eficiente, cálida y profesional. Recuerda: una sonrisa se nota en la voz.*

—Y una úlcera también, cariño —murmuro.

Miro alrededor para asegurarme de que nadie me ha oído.

Todos llevan auriculares.

Vía libre.

—*En caso de conflicto, mantén la calma. Escucha, comprende y ofrece soluciones sin perder la compostura.*

—O sea, que cuando me llamen ladrona, tengo que darles las gracias y pasarles el número de cuenta.

—*Evita expresiones negativas como «no puedo» o «no es mi responsabilidad». Opta por frases como «voy a buscar una solución» o «permítame ayudarle».*

—¿Y si la solución es que se den de baja?

El vídeo continúa con dibujos animados de gente sonriendo con auriculares, mientras yo siento que pierdo dos neuronas por minuto.

«Sigo sin creer que esté aquí».

Termina.

Marco la casilla «He comprendido los contenidos» con la misma convicción con la que acepto las condiciones de las *cookies*. Ninguna.

Me preparo.

Ya estoy lista para enfrentarme al apocalipsis con pinganillo.

A los cinco minutos entra la primera llamada.

—Buenos días, Eléctrica del Río, le atiende Nerea Gómez, ¿en qué puedo ayudarle?

—*¡Por fin una voz humana!* —se queja una mujer—. *Mire, llamo porque me han cobrado doscientos euros por una revisión que*

nunca pedí.

—¿Doscientos? Pues por ese precio espero que al menos le hayan hecho un masaje en los pies mientras le medían la tensión.

Silencio.

Yo también me callo.

No sé si se va a reír o si va a llamar a mi madre.

—*¿Disculpe?*

—Nada, no se preocupe. Lo miro ahora mismo.

Busco como puedo el historial. Encuentro la incidencia.

Intento derivarla a Soporte. Pero pulso donde no debo.

La llamada desaparece.

—Ups.

Levanto despacio la cabeza.

La del moño me está mirando.

«Mierda».

Se levanta. Viene hacia mí.

El teléfono vuelve a sonar antes de que llegue.

Lo cojo como si fuera una llamada del presidente del Gobierno concediéndome inmunidad diplomática.

—Eléctrica del Río, soy Nerea Gómez.

—*Solo quiero saber si puedo pagar en dos plazos.*

—Y yo si puedo pagar el alquiler sin vender un riñón. Pero la vida es así, caballero. Le paso con Facturación.

Esta vez acierto el botón.

«¡Sí! ¡Ole yo!».

La encargada llega hasta mi mesa.

—Gómez.

—¿Sí?

—Aquí no hacemos chistes con los clientes.

—No era un chiste. El alquiler está por las nubes.

Su cara me confirma que tampoco le parece gracioso eso.

—Limítate al protocolo.

—Entendido.

—Y no vuelvas a colgar una llamada.

—Ha sido un accidente.

—Procura no tener más.

Se marcha.

«Esta mujer desayuna limones».

A la tercera llamada, un señor con voz de trueno me exige hablar con «el responsable de verdad», no con «una cría con auriculares».

—Soy la responsable de que su llamada no acabe en el limbo telefónico durante otra hora, caballero. Aprovéchelo.

Se queda callado un segundo. Luego, para mi sorpresa, se ríe.

—*Vale, vale. Le explico.*

Le escucho de verdad. Sin interrumpir.

Me cuenta que lleva meses viendo cosas raras en las facturas, que ha cambiado de tarifa, que nadie sabe explicarle por qué paga más ahora que antes y que está hasta los cojones.

Eso último lo dice él. Yo solo lo pienso.

Reviso fechas. Importes. Potencia contratada.

Algo me hace ruido.

—Espere. ¿Dice que le subieron la potencia el mismo mes que cambió de tarifa?

—*Eso pone ahí.*

—¿Usted pidió ese cambio?

—*No.*

Vuelvo atrás. Compruebo otra pantalla.

—Pues esto no cuadra.

—*Eso llevo diciendo tres meses* —se queja.

—Ya, pero ahora lo digo yo y llevo una tarjeta de la empresa. Algo habremos avanzado.

Se ríe otra vez.

Anoto la incidencia. No sé todavía qué ha pasado. Puede ser un error del sistema, alguien que marcó una casilla donde no debía o cualquier otra cosa que todavía no entiendo.

Pero las fechas no encajan.

Y si algo aprendí llevando una papelería es que cuando los números no cuadran, da igual cuántas veces los mires. Siguen sin cuadrar.

—Voy a dejarlo anotado para que lo revisen.

—*¿De verdad?*

—De verdad.

—*Gracias, hija.*

—No me dé las gracias todavía. Espere a que sirva para algo.
Cuelgo.

Y por primera vez desde que he entrado aquí siento que quizá no sea completamente inútil. Solo inútil a ratos. Que ya es una mejora.

Tal vez estaba equivocada y pueda hacerlo.

Solo el tiempo lo dirá.

La primera semana pasa de una manera extraña.

Muy deprisa cuando miro el calendario. Y superdespacio cuando llevo siete minutos escuchando a alguien explicarme por qué la compañía eléctrica forma parte de una conspiración internacional para robarle cuarenta y tres céntimos.

Aprendo. A hostias, pero aprendo.

Al segundo día dejo de buscar cada botón como si estuviera desactivando una bomba.

Al tercero ya sé a qué departamento mandar cada problema sin provocar una peregrinación telefónica por media empresa.

Al cuarto descubro que *la moños* se llama Mercedes y que no desayuna limones. Desayuna yogur natural sin azúcar. Lo cual explica muchas cosas.

También descubro que tengo una habilidad de la que no era consciente hasta ahora: sé cuándo alguien me está contando una milonga.

No sé por qué.

Me pasaba en la tienda. Entraba una clienta diciendo que «volvería la semana que viene» a por aquella agenda y yo sabía perfectamente si volvería o no antes de que terminara la frase.

Con los clientes ocurre igual. Con algunos compañeros también.

Y con las facturas, de una manera todavía más rara.

Hay cosas que me chirrían. Una fecha. Una explicación demasiado enrevesada. Un cambio que nadie recuerda haber pedido. Una incidencia cerrada demasiado deprisa... La mía, por

ejemplo, la revisé y tenía un cargo de un seguro extra que yo no había contratado.

Las marco. Las dejo anotadas. Y sigo.

Mercedes me llama la atención al menos una vez al día.

—Gómez, el protocolo.

—Lo estoy siguiendo.

—Acabas de decirle a un cliente que no puede amenazar con quemar el contador porque luego los bomberos tienen mucho papeleo.

—Y ha dejado de amenazar.

Me observa unos segundos.

—El protocolo.

—Sí, Mercedes —claudico, más bien para dejarla tranquila que porque vaya a hacerle caso.

A los cinco minutos vuelve a sonar mi teléfono. Y vuelta a empezar.

Lo más sorprendente es que empiezo a pasármelo bien.

No siempre. Tampoco nos volvamos locos. Hay llamadas en las que fantaseo con arrancarme los auriculares y mudarme a una cueva.

Pero hay otras en las que alguien cuelga más tranquilo de lo que llamó. Y eso... Bueno. Eso no está tan mal.

Lo que sí está mal es que llevo más de una semana trabajando aquí y sigo sin localizar al gilipollas de la llamada.

He escuchado a todos los hombres del departamento. A todos. Incluso forcé una conversación absurda con uno de Facturación porque durante tres segundos pensé que podía ser él.

No era. Demasiado nasal.

El mío tenía una voz distinta. Grave. Seca. De esas que parecen llevar corbata aunque estén desnudas.

Puede que no sea sano, pero no pienso olvidar al hombre que me llamó «señorita» y después me colgó.

Es una cuestión de principios. O de rencor. Que a veces son prácticamente lo mismo.

A media mañana del octavo día, Claudia me llama.

—¿Sigues viva?

—Depende de la definición jurídica.

—¿Qué tal?

Miro a Mercedes. Está hablando con otro empleado al fondo.

—Creo que *la moños* empieza a quererme.

—¿Mercedes?

—No sabía que se llamaba así cuando la bauticé.

—Nerea...

—Alégrate por mí. Me ha mirado dos veces esta mañana sin desprecio.

—*Eso, viniendo de Mercedes, puede considerarse una declaración de amor.*

—¿Ves?

Ambas nos reímos.

—¿Y el trabajo? —me pregunta.

En casa apenas comentamos sobre ello. Aquí echamos más horas que un tonto y, cuando llegamos, lo último que nos apetece es seguir hablando de este sitio.

Me reclino en la silla.

—Pues... no está tan mal.

Se hace un silencio.

—¿Qué? —pregunto al ver que no continúa.

—Nada.

—Te estás riendo.

—No.

Miente como una bellaca.

—Claudia —insisto.

—*Es que hace una semana querías robarles hasta el papel higiénico.*

—Y sigo queriendo hacerlo. Una cosa no quita la otra.

—Claro.

—Además, todavía tengo una misión pendiente.

—No.

—Sí.

—*Olvídate del tío de la llamada.*

—Jamás.

—*Te colgó. Sobreviviste.*

—Me llamó *señorita*.

—*Qué cabrón.*

—Me alegra que entiendas la gravedad.

Claudia se ríe.

—*Tengo que dejarte. ¿Comemos juntas?*

—Sí. A mediodía nos vemos en la cafetería.

—*Hecho.*

Cuelga.

Media hora después consigo cinco minutos de libertad y me voy a la cafetería.

Aún falta para el mediodía, y me pido un café que sabe a agua con recuerdos de cafeína y me siento junto a las enormes cristaleras. Desde aquí se ve el jardín y parte del aparcamiento reservado para dirección.

Ya he aprendido eso también. Los coches normales van a un lado. Los que cuestan más que mi antigua tienda, al otro.

«Jerarquía corporativa sobre ruedas».

Estoy mirando el móvil cuando un coche negro se detiene cerca de la entrada.

Baja un hombre.

Y lo reconozco. Lo he visto alguna vez durante estos días cruzando el vestíbulo, siempre de lejos, aunque nunca había reparado demasiado en él.

Hoy sí.

Traje azul marino. Corbata y camisa sin arrugas.

Camina como si el suelo lo soportara por contrato.

Treinta y pocos años. Guapo. Pelo oscuro. Serio. Cuerpo de gimnasio. Y cejas de dictador fiscal.

«Este tiene que ser comercial. Un vendedor de placas solares».

Se detiene para hablar con otro hombre.

Después levanta la vista. Y me mira. Directamente.

Yo sigo con el vaso a medio camino de la boca. Él no aparta los ojos.

«¿Qué pasa?».

Miro detrás de mí por si está observando a otra persona. No hay nadie. Así que eso solo significa una cosa: me mira a mí.

«Estupendo».

Levanto ligeramente la barbilla.

«¿Algún problema, primo?».

Su expresión no cambia. Ni sonríe. Ni saluda. Ni hace ese gesto educado que hacemos los seres humanos cuando llevamos demasiado tiempo mirando a un desconocido.

Nada.

—Qué agradable —murmuro.

Finalmente se vuelve y entra en el edificio.

Yo bebo un sorbo.

«Uno de los peces gordos, seguro».

Tiene toda la pinta.

La clase de hombre que probablemente tiene una máquina de café mejor que la nuestra y nunca ha tenido que escuchar a una señora explicar durante quince minutos que su contador está poseído.

Me levanto. Se acabó el descanso.

Regreso a Atención al Cliente, me pongo los auriculares y vuelvo a lo mío.

Otra vez aquí. Y de nuevo escuchando quejas y más quejas.

Yo solo tengo una: encontrar al capullo que me colgó el teléfono.

No sé lo que tardaré en hacerlo.

Pero de una cosa sí estoy segura: no pararé hasta dar con él.

Capítulo 5

Elías

Lucas entra en mi despacho sin llamar. Como siempre.

—¿Sigues enfadado porque hoy vas a conducir el *Barbie Car*?

No levanto la vista del expediente que tengo sobre la mesa.

—No voy a responder a esa pregunta.

—Eso es un sí.

Se deja caer frente a mi mesa con una sonrisa que lleva ocho días tocándome los cojones.

Ocho. Desde aquella llamada. Desde aquella absurda apuesta. Desde que una desconocida consiguió que perdiera la paciencia y Lucas descubriera una nueva razón para hacer de mi vida un infierno.

—No entiendo por qué has esperado tanto —continúa—. Yo habría querido disfrutar de la humillación cuanto antes.

—Porque tengo una empresa que dirigir.

—Excusas.

—Y porque el coche estaba en una campaña fuera de Madrid.

—Detalles sin importancia.

—Para ti todo lo que no implique tocarme los cojones es un detalle sin importancia.

—Por fin empiezas a conocerme —se mofa. Otra vez.

Dejo de prestarle atención.

El expediente que tengo delante es mucho más importante.

Llevamos días revisando la documentación para la reunión del Consejo de Administración de la semana que viene.

Ramón vuelve a presionar para sacar adelante una inversión que no termina de convencerme.

Sobre el papel es rentable. Demasiado. Y cuando algo parece perfecto, suele esconder mierda debajo de la alfombra.

—No me gusta esta operación —comento cerrando la carpeta.

—Lo sé.

—Ramón tiene demasiada prisa —expongo.

—Eso también lo sé.

—Y eso nunca es buena señal.

Lucas se levanta y se acerca al rincón del café para servirse uno.

—Tampoco es nueva esa desconfianza tuya. Llevas meses mirándolo raro.

—Llevo meses viéndolo mentir —aclaro.

—Eso podría describir a media Junta.

—Él lo hace mejor que los demás. Por eso me preocupa más.

Lucas regresa con la taza humeante, la del juego que compré el año pasado en mi viaje a Japón.

—El año pasado también sospechaste de Iglesias y resultó ser un tipo con la mala suerte de tener cara de póker.

—No es lo mismo. Además, a Ramón lo llevo vigilando más de un año. No desde ayer.

—Un año de instinto sin una sola prueba es mucha paciencia para alguien que echa gente por poner emoticonos.

—La paciencia con los números y la paciencia con las personas son cosas distintas.

—Eso díselo a todo el que despides de la plantilla.

Lo fulmino con la mirada.

Él sonríe.

—¿Tienes pruebas? —pregunta.

Miro al expediente y niego con la cabeza.

—Todavía no.

—Entonces, de momento, es solo instinto.

—El instinto me ha salvado más veces que cualquier informe de auditoría.

No hace falta seguir hablando.

Los dos pensamos exactamente lo mismo.

Sin pruebas, Ramón puede ser muchas cosas. Un imbécil. Un oportunista. Un consejero con demasiada ambición. O simplemente

un hombre que me cae mal.

Y ninguna de esas opciones sirve para plantarme delante de una Junta.

Llaman a la puerta.

—Adelante.

Entra Claudia con una carpeta y varias hojas impresas.

Antes de hablar me fijo en un detalle. Ella mira a Lucas. Lucas la mira a ella. Solo un segundo. Una sonrisa. Nada más.

«¿De verdad creen que no me doy cuenta?»

Llevan semanas intentando disimular.

No hace falta ser detective. Solo tener ojos.

—Buenos días —saluda de camino a mi mesa.

—Buenos días —respondo.

—Te traigo el informe semanal de Atención al Cliente. Mercedes ha pedido que revisemos algunas incidencias porque han detectado varios errores de gestión.

Deja las hojas delante de mí.

—¿Desde cuándo revisas tú incidencias?

—Desde que Mercedes descubrió que Recursos Humanos tiene manos y puede utilizarlas.

Lucas suelta una carcajada.

Claudia lo ignora con bastante menos naturalidad de la que cree.

Cojo el informe.

—¿Qué ha pasado? —indago.

—Nada grave. Hay cinco incidencias señaladas por la nueva sustituta.

Paso la primera hoja.

—¿Cinco?

—En ocho días.

Eso consigue que levante la vista.

—¿Y tenía razón?

—Dos eran errores de gestión. Una sigue pendiente de revisión. Las otras dos eran correctas, aunque estaban mal explicadas al cliente.

—Entonces no son cinco errores.

—No he dicho que lo sean. He dicho que señaló cinco cosas que le parecieron raras.

«Claudia siempre me recuerda por qué la contraté».

Vuelvo al informe.

Fechas. Cambios de potencia. Tarifas. Bonificaciones. Una devolución mal procesada. Nada especialmente extraordinario.

Hasta que llego al nombre de la empleada. Nerea Gómez.

La mano se detiene.

Durante un segundo no oigo a Lucas. Ni a Claudia. Ni siquiera el ruido del aire acondicionado.

Solo veo ese nombre. El mismo de la mujer de la llamada.

«Es imposible. Debe haber cientos con ese nombre solo en Madrid. O no».

Levanto la vista.

—¿Esta Nerea Gómez lleva aquí ocho días?

Claudia frunce ligeramente el ceño.

—Sí.

—¿En Atención al Cliente?

—Sí.

Lucas deja el café sobre la mesa.

—Espera —interviene, pidiéndome el papel con la mirada.

Se lo doy y él lo revisa.

Después me mira a mí.

—¿Nerea Gómez?

No respondo. No hace falta.

Sus ojos se abren.

—¡No me jodas!

«Juro que como se ría le parto la cara».

Claudia nos mira a los dos.

—¿Qué pasa?

Lucas empieza a reírse.

—¿Es ella?

—¿Ella quién? —pregunta Claudia, sin darme tiempo ni siquiera a remangarme.

«Me da que de esta se libra el muy cabrón».

—La de la llamada —responde él.

La expresión de Claudia cambia. Primero confusión. Después recuerdo. Y finalmente comprensión.

—¿La de la factura?

La miro.

—¿Tú lo sabías?

—¡No! Nerea me contó que había llamado, pero no sabía quién la había atendido. ¿Cómo iba a saber que eras tú?

Lucas ya está doblado sobre sí mismo.

—Esto es maravilloso.

—Cállate —escupo.

—No puedo. —Señala el informe—. La mujer que te hizo perder la apuesta lleva ocho días trabajando varias plantas por debajo de ti y ninguno de los dos tenía ni puta idea.

Claudia se lleva una mano a la boca.

No sé si para ocultar una sonrisa o porque acaba de comprender el tamaño del desastre.

—Elías...

—¿Qué? —la corto.

—No hagas nada.

—¿Por qué iba a hacer algo?

—Porque te conozco.

—No me conoces tanto.

Lucas levanta una mano para intervenir.

—Yo sí. Y apoyo la moción de Claudia.

«Mamón».

Los ignoro.

Vuelvo a mirar el informe. Cinco incidencias. Dos errores reales. Una pendiente. Y en solo ocho días.

—¿Quién la contrató?

—Yo gestioné la sustitución —responde Claudia—. Teníamos una baja médica y necesitábamos cubrirla rápido.

—¿Tenía experiencia?

Se queda en silencio y eso hace que levante la vista.

Observo que hace una mueca.

—Depende de lo que entiendas por experiencia.

—Claudia.

—Había trabajado de cara al público. Tenía una papelería. —Hace una pausa para suspirar antes de continuar—. Cerró hace poco. Necesitaba trabajo y yo necesitaba cubrir el puesto.

—Así que es eso.

—Es espabilada, te lo aseguro.

—Eso ya lo veo.

Vuelvo a las incidencias.

Una de ellas me llama especialmente la atención. Cambio de potencia y cambio de tarifa realizados con cuarenta y ocho horas de diferencia. El cliente aseguraba no haber solicitado el primero.

Nerea había dejado una nota:

«Revisar autorización. Esto huele raro».

Cierro los ojos un instante.

—¿Ha escrito literalmente que «esto huele raro»?

—Sí —responde Claudia.

Lucas vuelve a reírse.

—Me cae mejor por segundos.

—No la conoces —gruño.

Empiezo a cansarme de sus burlas.

—Te hizo perder una apuesta y escribe informes como una inspectora de homicidios. ¿Qué más necesito saber?

Se acabó.

Me levanto.

—¿Dónde vas? —pregunta.

—Abajo.

—Voy contigo.

—No.

—Elías...

—Lucas —lo detengo en seco.

Sabe que hablo en serio, y consigo que no mueva un solo pie.

—Vale —admite, poniéndose en pie—. Pero luego quiero un informe detallado.

Salgo del despacho antes de escuchar otra estupidez.

No quiero esperar al ascensor y bajo por las escaleras.

En cuanto cruzo la puerta de Atención al Cliente, el ambiente cambia. Las conversaciones bajan de volumen. Las sillas dejan de

moverse. Hasta el aire parece ponerse firme.

Mercedes aparece casi corriendo.

—¡Señor León! No esperaba su visita.

—Ya lo veo.

—Estamos dentro de los tiempos de espera, los indicadores de satisfacción han mejorado este trimestre y...

Levanto una mano.

Se calla.

—Quiero ver las incidencias registradas por Nerea Gómez.

Su expresión cambia. Muy poco. Pero lo suficiente para darme cuenta.

—¿Ha ocurrido algo?

—Eso intento averiguar.

Me lleva hasta uno de los ordenadores auxiliares. Mientras abre el sistema, miro alrededor.

No tardo en encontrarla.

La reconozco. Es la mujer de la cafetería. La que me ha mirado esta mañana como si yo fuera el problema y ella estuviera considerando seriamente resolverlo con un sobre de azúcar.

—¿Es ella la que ha hecho el informe? —le pregunto a Mercedes.

Mira hacia su posición y asiente.

«Joder».

Está de lado a nosotros y ni se ha dado cuenta de que he entrado.

Auriculares puestos. Pelo castaño recogido de cualquier manera. Habla con un cliente.

—No, caballero. Si insultarme le hace sentir mejor, adelante. Total, no puedo cobrárselo en la factura.

Mercedes cierra los ojos.

—El informe —le pido.

La mujer vuelve a centrarse en su ordenador.

Y yo sigo escuchando a la nueva incorporación de la plantilla.

—Pero si quiere solucionar el problema, quizá podamos empezar por bajar los dos un par de tonitos. Yo bajo el mío, usted el suyo y llegamos a un punto donde ninguno parezca un poseso.

No debería hablar así. En absoluto.

Y, sin embargo...

Funciona. El cliente baja el volumen. Empieza a explicarse. Nerea toma notas, consulta la pantalla y hace una pregunta. Después otra.

No sigue el guion. No lee respuestas. Escucha. Eso ya es más de lo que hace mucha gente.

—Aquí hay algo raro —la oigo decir—. Espere un segundo, que voy a mirar una cosa.

Mercedes carraspea a mi lado.

—Como puede ver, improvisa demasiado —susurra.

No respondo.

—Y utiliza expresiones que no están autorizadas.

—¿Cuántas de las incidencias que ha señalado eran realmente incorrectas?

Mercedes tarda un segundo.

—Aquí está. Dos confirmadas. Una está pendiente. Las otras dos resultaron correctas.

Claudia estaba en lo cierto. Dos en ocho días.

Para alguien que hace una semana no sabía ni dónde estaba el botón de transferencia no está nada mal.

—¿Y quién revisó las dos confirmadas? —indago.

—Facturación y Soporte Técnico —asegura Mercedes.

—¿Coincidieron con su análisis?

—Sí.

—Entonces el problema no es que improvise.

Mercedes guarda silencio.

Nerea cuelga. Entra otra llamada casi de inmediato.

—Eléctrica del Río, le atiende Nerea Gómez. ¿En qué puedo ayudarle?

No me ha visto.

O, si lo ha hecho, no demuestra el menor interés.

Me quedo observándola unos segundos más. No parece especialmente buena siguiendo órdenes. Ni protocolos. Ni probablemente ninguna norma que considere absurda.

Pero mira. Escucha. Y detecta cosas.

Cosas que otros pasan por alto.

—¿Tiene personal administrativo disponible en la planta ejecutiva? —pregunto.

Mercedes me mira, desconcertada.

—No sabría decirle.

Desde que despedí a la tercera persona este trimestre, hay trabajo acumulándose arriba.

«Podría contratar a otra secretaria».

Alguien con experiencia. Discreto. Correcto. Que escriba «de acuerdo» en lugar de poner una cara sonriente al final de un correo.

Miro otra vez a Nerea.

Y, por algún motivo que no logro entender, lo suelto sin pensar.

—A partir de mañana, Nerea Gómez trabajará en la planta ejecutiva.

Mercedes pestañea.

—¿Ella?

—Ella.

—Pero acaba de llegar.

—Ocho días son suficientes para saber que aquí abajo no está haciendo lo que necesito que haga.

—¿Y qué necesita que haga?

Buena pregunta.

Vuelvo a mirar a Nerea.

Quiero saber si esas dos incidencias han sido suerte. Por qué una mujer sin formación técnica ha visto algo que otros empleados no detectaron.

Y quiero averiguar si la persona capaz de sacarme de mis casillas por teléfono es igual de problemática cuando la tenga delante.

—Apoyo administrativo —respondo.

Mercedes parece querer preguntar algo más.

No se lo permito.

—Hable con Recursos Humanos.

—Sí, señor.

Me doy la vuelta y salgo sin mirar a nadie más.

Cuando regreso al despacho, Lucas sigue exactamente donde lo dejé.

—¿Y?

No respondo.

Cojo el teléfono. Marco la extensión de Claudia.

—*Dime.*

—Necesito que hagas un cambio.

—*Tengo miedo de preguntar.*

—A partir de mañana, Nerea Gómez trabaja en la planta ejecutiva.

Silencio.

Lucas abre mucho los ojos.

—¿Lo dices en serio? —empieza Claudia.

—¿Acaso he bromeado alguna vez con el personal?

—No, pero...

—Apoyo administrativo temporal. Eso es todo.

Cuelgo.

Lucas me observa con una sonrisa que no me gusta nada.

—Ni una palabra —le ordeno.

—No he dicho nada.

—Pero lo piensas.

—Un poco sí. O puede que un mucho.

Lo ignoro.

Cojo de nuevo el informe.

Nerea Gómez. Al parecer alguien avisado, pero que ni siquiera sabe que el hombre al que insultó por teléfono es quien acaba de decidir que mañana trabajará a pocos metros de su despacho.

Puede que sea una locura.

No es cierto. Lo es, es una locura, y una imprudencia.

Pero quiero averiguar si es tan buena como problemática.

Capítulo 6

Elías

Hay derrotas que cuestan dinero. Otras, orgullo.

Y luego está la mía.

Color rosa chillón. Con el logotipo de Eléctrica del Río ocupando las dos puertas como si el coche llevara un tatuaje.

Y un eslogan pintado en el capó: *Conduce el cambio*.

«Pues el cambio va a ser de identidad. La mía».

Estoy plantado delante del eco-car con las llaves en la mano mientras Lucas casi se asfixia de la risa a mi lado.

Ha esperado ocho días para esto. Ocho putos días recordándome que tenía una deuda pendiente.

Y ahora que el coche ha vuelto de la campaña, parece un niño al que acaban de abrir Disneyland para él solo.

—No exageres. Tiene hasta *bluetooth*.

—También tienen *bluetooth* los tractores.

—Pero ningún tractor te queda tan bien con traje.

—Cállate.

—No puedo. Literalmente no puedo.

Se dobla sobre sí mismo, apoyado en el capó, y por un segundo temo que se resbale y me toque explicarle a Recursos Humanos por qué mi socio se ha partido la cara riéndose de un coche.

—¿Ya has terminado?

—Casi.

—Lucas.

—Dame un segundo. Llevo más de una semana esperando este momento. Necesito disfrutarlo.

—Llevas más de una semana disfrutándolo.

—No. Hasta ahora eran preliminares. Esto es la penetración.

Lo miro.

—Qué elegante.

—Gracias. Intento estar a la altura de la dirección de esta empresa.

Saca el móvil.

—Ni se te ocurra.

—Ya es tarde.

Pulsa grabar.

—Buenas tardes, queridos accionistas. Hoy tenemos con nosotros al señor Elías León, CEO de Eléctrica del Río y nueva imagen del transporte sostenible.

—Lucas.

—Sonríe un poco. Para la posteridad.

—¡Lucas!

—Venga, hombre. Si el coche tiene personalidad.

—También la tenía la peste negra —gruño, mientras le arrebató el jodido teléfono de las manos.

Se dobla otra vez.

Por un instante dudo si estampar el móvil contra el muro del aparcamiento o devolvérselo.

Opto por la segunda.

Ahora existe un archivo donde mi mejor amigo se ríe de mí en horario laboral con pruebas.

—¿Sabes lo peor? —consigue decir entre espasmos—. Que te queda bien. Vas a salvar vidas con solo aparcar.

Lo ignoro. Otra vez.

Abro la puerta.

Subo. Y no de un modo fácil. Apenas quepo en este reducido espacio. El asiento chirría al recibirme, como si el propio coche también se sorprendiera de tenerme dentro.

«Perfecto. Humillación con efectos de sonido incluidos».

Lucas abre la puerta del copiloto.

—Tú no vienes —adviento.

—Claro que voy.

—No.

—¿Y perderme esto desde dentro? Ni muerto.

—Has dicho que tenía que conducirlo. No que tuviera que llevarte de copiloto.

—La apuesta no especificaba acompañantes.

—Exacto.

—Además, alguien tiene que documentar el trayecto.

—Precisamente por eso no subes.

Ya está sentado.

Cierra la puerta.

—Arranca, Barbie.

«Algún día voy a matarlo. Lo digo en serio».

«El problema es que yo haría lo mismo en su lugar».

Pongo el coche en marcha. El motor apenas hace ruido.

Solo me falta una cesta con flores en el capó. Mejor no pensarlo.

Salgo del aparcamiento mientras Lucas enfoca alternativamente el salpicadero, mi cara y el exterior.

—¿Puedes dejar de grabarme? —mascullo.

—Puedo.

—Hazlo.

—No quiero.

—Es una orden.

—Soy tu socio, no tu empleado. Las órdenes me rebotan.

—Algún día te voy a despedir de verdad.

—Algún día vas a admitir que esto tiene gracia. Los dos sabemos cuál llegará antes.

«No puedo rebatírselo. Pedazo cabrón».

El primer semáforo se pone en rojo.

Un motorista se coloca a nuestro lado. Mira el coche. Después a mí. Y de nuevo al coche.

Sonríe.

Lucas lo saluda con la mano.

—Ni se te ocurra —gruño.

Demasiado tarde.

El motorista levanta el pulgar. Lucas se parte de risa.

—Tienes un admirador —se mofa.

—Voy a atropellarte en cuanto bajes —lo amenazo.

—Conduces un eléctrico corporativo rosa chillón. Sería un crimen con muy poca dignidad.

El semáforo cambia. Piso el acelerador con más ganas de las necesarias.

—Tranquilo, Hamilton. Que como le hagas una raya al coche, igual tienes que conducirlo otra semana.

Eso consigue que levante el pie.

El cabrón vuelve a reírse.

Damos la vuelta a la manzana. Eso es todo. Ese era el trato. Sacarlo. Conducirlo. Dejar que Lucas disfrute de mi desgracia.

Y volver a aparcarlo delante de la sede para que mañana pueda utilizarlo el equipo de la fundación.

Cinco minutos de carrera. Los cinco minutos más largos de mi vida.

Cuando regresamos, el aparcamiento empieza a vaciarse. La jornada está terminando.

Perfecto. Menos público.

O eso pienso hasta que veo salir a un grupo de empleados por la puerta principal.

—Aparca delante —ordena Lucas.

—Ni de coña.

—La plaza del coche está delante.

—Puedo dejarlo en el garaje.

—Eso sería incumplir la apuesta.

—Eso sería sentido común —le rebato.

—Delante, León.

Lo miro.

Sonríe.

«Lo odio».

Avanzo y aparco justo frente a la entrada.

Lucas baja antes que yo. Por supuesto, sigue grabando.

—Ahora sal despacio —me pide, en plan paparazzi.

—Voy a meterte el móvil por el culo.

—Eso no queda bien en el vídeo corporativo.

Abro la puerta. Me bajo.

Y entonces la escucho.

—Madre mía...

Reconozco la voz antes incluso de girarme.

«Mierda».

Me giro y ahí está. Nerea Gómez. A pocos metros.

Lleva el bolso colgado de un hombro y un vaso de café en la mano. Ya no tiene los auriculares. Ni está sentada frente a una pantalla. Ni habla con un cliente.

Y, por primera vez desde que sé quién es, me está mirando directamente.

Primero al coche. Después a mí. Otra vez al coche.

Su expresión cambia. Frunce el ceño.

Y entonces veo el momento exacto en que me reconoce. No como el hombre de la llamada. Eso todavía no. Sino como el hombre que vio hace unos días desde la cafetería.

Sus ojos se estrechan.

Lucas gira la cabeza hacia mí. Después hacia ella. Ya está sonriendo.

«Estupendo».

—Hombre. El de las placas solares.

Cierro los ojos un instante.

Lucas emite un ruido extraño.

—¿Perdón? —pregunta.

Nerea señala hacia mí con el vaso.

—Lo vi el otro día desde la cafetería. Tenía pinta de llevar el departamento de placas solares.

Lucas se gira. Se tapa la boca.

No sirve de nada.

—¿Tú eres el de las placas solares? —se mofa por lo bajini.

—Cállate.

Eso termina con él. Se dobla sobre sí mismo.

Nerea nos observa y luego mira el coche rosa.

—Vale. Ahora tengo más preguntas.

—No las hagas —le aconsejo.

—Eso solo consigue que quiera hacerlas todas.

«Y pensar que mañana voy a tenerla a pocos metros de mi despacho».

Empiezo a darme cuenta que no he valorado suficientemente las consecuencias de mi decisión.

Nerea rodea un poco el coche. Lee el eslogan del capó.

—«Conduce el cambio» —recita. Levanta la mirada—. Qué bonito.

No respondo.

—Muy inspirador —añade.

Silencio.

—Muy rosa —vuelve a añadir.

«¿Siempre habla tanto?».

Lucas suelta otra carcajada.

Lo miro. Parece que me lea el pensamiento.

Nerea, por suerte, no.

—¿Sois comerciales? —pregunta.

Lucas me mira. Yo lo miro a él.

—No —respondo.

—Él hoy sí —contesta Lucas.

—Lucas.

—¿Qué? Técnicamente estás promocionando el vehículo.

Nerea vuelve a mirarme de arriba abajo. Traje. Corbata. Zapatos.

Coche rosa.

—Tienes toda la pinta.

«¿Disculpa?».

—¿Y cómo es eso exactamente? —demando.

—Ya sabes, de esos que vienen a venderte placas solares llamándote «campeona» y preguntándote si tienes cinco minutos para hablar de tu futuro energético.

Lucas se apoya en el techo del coche.

—Has dado en el clavo.

—No es cierto —me revuelvo hacia él.

—Sabes que sí.

—Sabes que no —le rebato.

—Qué buen equipo hacéis —interviene ella—. ¿Trabajáis juntos o solo os coordináis así de mal por afición?

—Ha perdido una apuesta —responde Lucas.

Lo fulmino.

—Ah.

La cara de Nerea cambia. Interés puro. Baja la mirada hacia las llaves que todavía tengo en la mano y asiente.

—Tiene sentido.

Mi socio da un paso hacia ella y le ofrece la mano.

—Lucas.

Ella se la estrecha.

—Nerea.

—Ya lo sé.

Silencio.

Nerea lo mira.

Yo miro a Lucas. Tarda medio segundo en comprender lo que acaba de hacer.

—Por la tarjeta —añade señalando la acreditación que ella lleva colgada del cuello.

Nerea baja los ojos.

—Ah.

«Imbécil».

—¿Y tú? —me pregunta.

Me tiende la mano.

La miro.

Podría decírselo. Elías León. CEO de Eléctrica del Río. El hombre que dentro de unas horas va a convertirse oficialmente en su jefe directo. El mismo al que llamó tieso, al que le reprochó no haberse tirado por la ventana y al que mandó a que se metiera el protocolo por donde le cupiera.

Pero todavía no.

—Elías —digo sin más.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos.

—Nerea.

Lucas se gira de espaldas para que no vea que otra vez se ríe a mi costa.

Ella suelta mi mano.

—Bueno, Elías, siento lo del coche.

—Lo dudo mucho.

—Lo cierto es que no.

Sonríe. Es la primera vez que la veo hacerlo y reconozco que no es como esperaba.

—Bueno, si te sirve de consuelo, todos hemos tomado malas decisiones alguna vez. Yo una vez me corté el flequillo sola.

—¿Y qué tal salió? —pregunta Lucas, recuperándose milagrosamente.

—Parecía que había perdido una apuesta con unas tijeras de podar.

—Toma, ya tenéis algo en común —se mofa, poniéndome la mano en el hombro.

La aparto de un solo movimiento.

Nerea retrocede un paso.

—Bueno, campeones, yo me voy. Llevo ocho horas escuchando problemas ajenos y necesito dedicarme un rato a los míos.

—Buena filosofía —comenta Lucas.

—Es supervivencia laboral.

Empieza a caminar hacia la salida del aparcamiento.

A los pocos pasos se gira.

—Por cierto, Elías.

—¿Qué?

Señala el coche.

—Te pega más de lo que crees.

Y se marcha.

Lucas espera. Uno. Dos. Tres segundos.

Al cuarto estalla.

—¡El de las placas solares!

Sigo mirando hacia donde ha desaparecido Nerea, por no partirle la cara.

—Como vuelvas a decirlo, mueres —mascullo.

—Comercial y con coche a juego —sigue—. ¿Ves? No soy el único que piensa que el rosa te sienta bien.

—¿Quieres callarte de una puta vez?

Echo a andar hacia el edificio y él no tarda en alcanzarme.

—Por cierto —me dice al llegar al ascensor—, he visto que solo le has dicho tu nombre de pila.

—No me ha preguntado por mis apellidos.

—Serás cabrón.

—¿Por qué? No le he mentado.

—No. Mucho mejor. Has dejado que mañana descubra por sí misma que el de las placas solares, el del coche rosa y el jefe de la planta ejecutiva son el mismo tío.

No digo nada. Porque todavía le falta una pieza. La mejor.

Cuando cae en la cuenta, su sonrisa se va haciendo más grande.

—Hostia. Espera. Todavía no sabe lo de la llamada.

Las puertas del ascensor se abren.

—No.

Entro, y él lo hace acto seguido.

—Esto es muchísimo mejor de lo que pensaba —se jacta—. Aunque me sorprende que no haya reconocido tu voz en el aparcamiento.

—El rosa chillón la habrá despistado.

—No pienso perderme su cara cuando sepa que fuiste tú.

—Mañana tienes una reunión fuera —le recuerdo.

—La cancelo.

Me giro hacia él.

—Ni se te ocurra.

Llegamos a la planta, las puertas se abren y salgo del ascensor.

Lucas sigue mis pasos.

—Elías, hay acontecimientos históricos que uno tiene la obligación moral de presenciar.

—Vete a trabajar.

—Son casi las siete.

—Pues echa horas extra.

Sigo caminando.

Detrás de mí vuelve a reírse.

Mañana Nerea Gómez subirá a la planta ejecutiva. Descubrirá quién soy. Y, tarde o temprano, ambos sabemos que reconocerá la voz.

Ahora mismo empiezo a tener serias dudas sobre todo lo demás.

Capítulo 7

Nerea

Llevo la tarjeta nueva colgada del cuello, la que Claudia me ha entregado esta mañana con una sonrisa que no me ha gustado nada.

—¿Por qué sonríes así?

—¿Así cómo?

—Como si supieras algo que yo no sé.

—Yo siempre sé algo que tú no sabes. Es mi trabajo.

No he tenido tiempo de sonsacarle más, porque el ascensor ya se abre en la última planta y el silencio me golpea antes que cualquier otra cosa.

Aquí arriba nadie grita. Nadie llora por una factura. La gente susurra como si las palabras costaran dinero, y por lo que veo en la máquina de café del pasillo, con pantalla táctil y espuma con dibujitos, probablemente lo cuesten.

«Bienvenida al capitalismo con calefacción de suelo radiante».

Claudia me lleva hasta una mesa pegada a la de una chica que me mira como si acabara de aterrizar un ovni con acento de pueblo.

—Martina, esta es Nerea. Va a echaros una mano con el trabajo atrasado.

—Hola —digo.

Martina asiente, todavía evaluándome.

—Voy a avisar de que ya estás aquí —dice Claudia, y desaparece por el pasillo con una prisa que me huele rara.

Me siento. Miro alrededor. Todo cristal, todo silencio, todo gente con carpetas que parecen pesar más que mi vida entera.

Y entonces lo veo.

Traje azul marino. La misma forma de caminar como si el suelo lo soportara por contrato.

«Y con un coche rosa».

Se me escapa media sonrisa.

Al menos hay una cara conocida en este sitio, aunque sea la del tío al que ayer vi bajar del vehículo más humillante fabricado por el ser humano.

Está hablando con un hombre junto a una sala de reuniones cuando escucho:

—Gracias, señor León. Lo tendré listo para la reunión.

El mundo se detiene un segundo.

«¿León?».

Miro hacia él. Después hacia el logo enorme de Eléctrica del Río al fondo del pasillo.

Otra vez a él.

Tardo exactamente dos segundos en unir las piezas.

«Elías León. El puto CEO de la empresa».

La sonrisa se me muere al recordar el encuentro de ayer.

Y yo preguntándole si había perdido una apuesta, llamándolo *campeón* y diagnosticándole una posible carrera profesional vendiendo placas solares.

Me echo las manos a la cabeza mentalmente.

La imagen del aparcamiento me acribilla el cerebro. El coche rosa. Lucas descojonándose. Yo hablándome como si nada y...

¡Espera un momento! No solo no me corrigió. Sabía perfectamente quién era yo, que hoy subiría aquí y no dijo nada.

«Serás hijo de puta».

Claudia vuelve.

Y detrás de ella camina él, con esa tranquilidad suya que ahora adquiere una dimensión nueva.

No es un comercial, ni un ejecutivo cualquiera. Es el hombre que dirige todo este circo.

—Nerea, él es Elías León —dice Claudia con una inocencia que no se cree ni ella.

Silencio.

Un segundo de más.

Él me mira. No hay sorpresa en su cara.

Claro que no.

—Bienvenida al equipo —dice.

Cuento hasta tres por dentro.

«Una. Dos. Tres».

«Necesito este trabajo. Necesito este trabajo —me repito como un mantra—. Necesito muchísimo este puto trabajo».

—Encantada de conocerlo... oficialmente, señor León.

—El placer es mío, Nerea.

Lo dice con una tranquilidad tan exasperante que me dan ganas de tirarle algo.

La grapadora.

El bolígrafo corporativo.

A Claudia.

Lo que tenga más a mano.

—Nerea llevará el trabajo administrativo atrasado —interviene ella—. Empezará hoy con la correspondencia y las agendas de reuniones.

—Perfecto.

Martina se acerca con unos documentos y Elías les echa un vistazo.

—Cuando termine con esto, venga a mi despacho —me ordena—. Hay unas cartas que deben salir hoy.

—Por supuesto... señor León.

Casi se me atraganta el apellido.

Se da la vuelta y camina hacia su despacho.

Espero hasta que cierra la puerta. Entonces miro a Claudia.

—Tú lo sabías.

—¿El qué?

—No me toques las narices, Claudia.

Martina levanta la cabeza.

Bajo la voz y tiro del brazo de mi compañera de piso para apartarnos un poco.

—Que el del coche rosa era el jefe —mascullo.

—Ah.

—¿Ah?

—Sí.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo ayer después de contarte lo que pasó en el aparcamiento y que me dedicara a destruir mi futuro laboral delante de él?

—No estabas destruyendo nada.

—Le pregunté si vendía placas solares.

—También le dijiste cosas peores a un cliente el martes y acabó dándote las gracias.

—No es lo mismo.

—No, es verdad. Este firma tu nómina.

La fulmino.

Claudia se muerde el labio para no reírse.

—Te odio —siseo.

—Luego hablamos.

—Luego cambio la cerradura de casa.

—La casa es mía.

—Pues te escondo el cargador del móvil.

Su expresión cambia.

—Eso sí sería pasarse.

Se marcha antes de que pueda contestarle.

Martina llama mi atención y desliza hacia mí un montón de sobres.

—¿Empezamos?

—Por favor. Necesito hacer algo legal con las manos.

Durante los siguientes minutos me explica el sistema de correspondencia, qué cartas requieren firma, cuáles salen certificadas y cuáles tengo que registrar antes de entregárselas a Elías.

Intento concentrarme. De verdad que lo intento. Aunque cada vez que levanto la cabeza veo su despacho al otro lado del cristal.

«El puto CEO».

No sé qué me molesta más. Que no me lo dijera. O haberle dicho que todos tomamos malas decisiones mientras él estaba plantado delante de mí con un coche rosa por haber perdido una apuesta.

Bueno, en realidad sí lo sé. Que no me dijera quién era.

Termino con las cartas, compruebo dos veces que no haya metido ninguna en un sobre equivocado y me levanto.

«Llegó el momento. Venga, Nerea, que tú puedes».

Llamo a su puerta.

—*Adelante.*

Entro.

Elías está sentado detrás del escritorio revisando algo en la pantalla.

—Aquí tiene las cartas.

—Déjelas ahí —responde sin mirarme, señalando la mesa.

Las coloco delante de él.

—Estas dos necesitan su firma. Martina me ha dicho que las otras pueden salir directamente.

Coge la primera. La revisa. Firma. Después la segunda.

Yo espero porque, por lo visto, tengo que llevármelas otra vez.

Me devuelve ambas. Las recojo y compruebo que estén firmadas en el sitio correcto.

—¿Ha terminado?

Dos palabras. Ese tono exacto. Seco. Controlado. Sin perder la educación.

Se me paralizan los dedos alrededor de los sobres.

Algo dentro de mi cabeza hace clic.

«No».

Levanto la vista. Él ya me está mirando.

«Dime que no es cierto».

La voz. El tono. *Señorita. ¿Ha terminado? Continúe, entonces.*

«Virgen de la Tostadora».

—Tú.

Una ceja se le levanta apenas.

—¿Perdón?

—Tú eres...

Miro hacia la puerta. Cerrada.

«Gracias a todos los santos del calendario».

Vuelvo a mirarlo.

—Tú eres el de la llamada.

Durante un instante se queda en silencio.

—Sí —responde al fin.

Me quedo mirándolo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Eso es todo?

—Me has hecho una pregunta.

«Será mamón».

—No, no te he hecho una pregunta. Acabo de descubrir que mi jefe es el gilipollas que me colgó el teléfono la semana pasada.

«Juro que intento controlarme, pero mi lengua es más rápida que yo».

Su expresión no cambia.

—Técnicamente, tampoco eso era una pregunta.

«A tomar por culo el protocolo. Ya que estoy, de perdidos al río».

—Me colgaste —le echo en cara.

—Sí.

—Me llamaste señorita.

—También.

—Te dije que te metieras el protocolo donde te cupiera.

—Lo recuerdo.

Cierro los ojos un segundo.

«Necesito el trabajo. Necesito el trabajo. Y desahogarme también».

Los abro.

—Y ayer sabías quién era yo —vuelvo a la carga.

—Sí.

—Y dejaste que siguiera hablando.

—No recuerdo haber tenido muchas posibilidades de impedírtelo.

Aprieto los sobres entre los dedos.

—Podías haberme dicho quién eras.

—Me presenté.

—¡Me dijiste Elías!

—Es mi nombre.

—Señor León.

—Buen intento.

—Necesito practicar.

Algo se mueve en su boca. No llega a sonrisa. Pero casi.

Y eso me irrita todavía más.

—¿Te estás riendo de mí?

—No.

—Mentira.

—No suelo mentir.

—Pues ayer omitiste información con bastante entusiasmo.

—No me preguntaste cuál era mi cargo.

Abro la boca. La cierro.

«Qué asco da cuando alguien técnicamente tiene razón».

—Vale. Vamos a dejar clara una cosa.

Se recuesta ligeramente en la silla.

—Te escucho.

—Necesito este trabajo.

—Eso ya lo sé.

La respuesta me descoloca.

—Así que voy a hacerlo bien. Voy a llegar a mi hora, voy a aprender lo que tenga que aprender y procuraré no mandar a la mierda a nadie que pueda despedirme.

—Una política sensata.

—No he terminado.

Esta vez sí sonrío. Poco, pero suficiente para que yo lo vea. El muy cabrón sabe perfectamente lo que acaba de hacer.

—Continúa, entonces.

Lo fulmino.

—Eso tampoco tiene gracia.

—No pretendía tenerla.

—Mentira otra vez.

«No sé cómo aún no me ha despedido».

—Estás acumulando acusaciones graves para llevar aquí menos de una hora.

—Y tú llevas menos de diez minutos siendo oficialmente mi jefe y ya me caes peor que ayer.

«Si es que no puedo, de verdad que no».

—Lo superaré.

—Estoy segura. Tienes pinta de superar muy bien las desgracias ajenas.

Nos quedamos mirándonos.

Hay algo extraño en ese silencio. No es cómodo. Tampoco incómodo. Es como si ninguno quisiera ser el primero en apartar la mirada.

Así que la aparto yo.

Porque necesito el trabajo. Y porque tengo dos cartas en la mano que empiezan a parecerme armas arrojadizas.

—¿Puedo irme ya?

—Puedes.

Camino hacia la puerta.

—Nerea.

Me giro.

—¿Qué?

Mira los sobres que llevo en la mano.

—Esos tienen que salir hoy.

—No pensaba quemarlos en el baño.

—Contigo prefiero especificar.

Salgo antes de decir algo que Recursos Humanos pueda utilizar en mi contra.

Cuando regreso a mi mesa, Martina levanta la cabeza.

—¿Todo bien?

Dejo las cartas sobre la mesa.

—Sí.

Me observa.

—¿Seguro?

—Perfectamente.

—Pareces enfadada.

—Es mi cara de adaptación al nuevo puesto.

Martina vuelve a su pantalla.

—Pues te estás adaptando muy rápido.

«No sabes tú cuánto».

No pienso contarle nada. La conozco desde hace aproximadamente cuarenta minutos y, aunque parece maja, no voy

a anunciar en la planta ejecutiva que hace una semana mandé al CEO de la empresa a meterse su protocolo por donde le cupiera.

Hasta yo tengo límites. Pocos. Pero alguno.

A media mañana entra un hombre con traje beige claro, de esos que solo se atreve a llevar alguien muy seguro de sí mismo o muy inconsciente.

Lo veo desde mi mesa.

No sé quién es.

Saluda a Martina por su nombre. A otra chica le pregunta por sus hijos. Al hombre de la mesa del fondo le da una palmada en el hombro.

Sonríe a todo el mundo. Demasiado.

Cuando pasa junto a mí, reduce el paso.

—Cara nueva.

—Eso parece.

Mira mi tarjeta.

—Nerea.

—Desde pequeña.

Sonríe.

—Ferrer.

No sé si me está dando su apellido o avisándome de algo.

—Encantada.

—Ya nos veremos por aquí.

Me guiña un ojo. Sin motivo.

Después continúa hacia el despacho de Elías como si acabara de repartir simpatía suficiente para desgravarla.

Lo sigo con la mirada.

No me gusta. No sé por qué.

No ha hecho nada. Ha sido educado. Simpático, incluso.

Y, aun así, algo me rasca por dentro.

—Ese tío me huele a mierda —murmuro.

—¿Perdón?

Cierro los ojos.

«Joder».

Conozco esa voz. Ahora demasiado bien.

Elías está a menos de dos metros, con una carpeta en la mano.

—Nada.

—Has dicho algo.

Lo miro.

—No debería decirlo.

—Igual quiero saberlo.

«Tú lo has querido».

—Que tu amigo me huele a mierda.

—No es mi amigo.

—Pues enhorabuena. Algo estamos haciendo bien.

Sus ojos se desplazan hacia el pasillo por el que acaba de desaparecer Ferrer.

Después vuelven a mí.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Por qué te huele a mierda.

—Era una forma de hablar.

—Ya lo sé.

—Entonces no entiendo la pregunta.

—Quiero saber qué has visto.

Me quedo callada.

—Nada.

—Acabas de decir lo contrario.

—He dicho que me da mala espina. No que haya descubierto que guarda cadáveres en el maletero.

—¿Por qué?

Suspiro.

—Porque sonrío con los dientes.

—Continúa.

«Otra vez no».

—No me hagas eso. Ya tenemos antecedentes.

Una sombra de diversión le cruza la mirada.

—Entonces explícate sin que te lo pida.

Miro hacia donde ha desaparecido Ferrer.

—Ha entrado sabiendo el nombre de todo el mundo. Ha preguntado por hijos, ha tocado hombros, ha sonreído, me ha leído

la tarjeta y me ha guiñado un ojo como si lleváramos diez años compartiendo cenas de Navidad.

—Eso se llama ser sociable.

—No.

—¿No?

—Eso se llama querer que todo el mundo recuerde lo simpático que eres. Y no es lo mismo.

Elías permanece inmóvil.

—¿Qué más?

Frunzo el ceño.

—¿Qué más ha visto? —insiste.

Lo miro. Ya no hay rastro de burla en su cara. Está completamente serio. Esperando.

Y por primera vez desde que he subido a esta planta tengo la extraña sensación de que Elías, el señor León, no me ha traído aquí para ordenar cartas.

Ni para actualizar agendas. Ni porque faltaran manos.

Me ha traído porque quiere saber qué veo.

Y todavía no tengo ni puta idea de por qué.

Capítulo 8

Elías

El informe sobre Ferrer, el socio de Ramón, llega una semana después de que Nerea decidiera, con el rigor científico de quien juzga a un desconocido por cómo sonríe, que «ese tío huele a mierda».

Lo tengo abierto sobre la mesa. Tres páginas.

Las leo dos veces. Después una tercera.

Una sociedad instrumental vinculada a un familiar de Ferrer. Un contrato de suministro con unas condiciones difíciles de justificar. Y varios movimientos que, por separado, podrían explicarse.

Juntos, no me gustan. No demuestran un fraude. No puedo llevarlos al Consejo. Ni siquiera puedo acusar a Ferrer de nada. Pero son suficientes para confirmar una cosa: Nerea tenía razón.

Levanto la vista hacia el cristal de mi despacho.

Está fuera, discutiendo con Martina delante de la máquina de café. No las oigo, aunque no hace falta. Llevan tres días con la misma guerra absurda sobre cuál de las dos máquinas hace mejor el cortado.

Nerea gesticula. Martina niega con la cabeza. Nerea señala una máquina. Martina señala la otra.

Y ahora, por algún motivo que desconozco, las dos están mirando hacia mi despacho.

Aparto la vista.

«Joder».

Vuelvo al informe.

Llevo más de un año desconfiando de Ramón y de algunas de las personas que se mueven a su alrededor. He revisado contratos, operaciones, reuniones, decisiones del Consejo. Nada concluyente.

Entonces llega una mujer que hace un mes estaba cerrando una papelería, ve a Ferrer durante treinta segundos y decide que no es de fiar.

Hay personas que necesitan datos para saber que algo va mal. Ella, por lo visto, necesita treinta malditos segundos.

No sé si eso me parece útil. O peligroso.

Probablemente las dos cosas.

Cojo el teléfono.

—Héctor.

—*Dime.*

Héctor lleva ocho años dirigiendo la seguridad interna de la empresa. Si algo se puede investigar sin levantar sospechas, es la persona que sabe cómo hacerlo.

—Necesito que revises discretamente los movimientos de Ferrer relacionados con estos contratos. Sin levantar sospechas.

—*¿Tenemos algo?*

Miro las tres páginas.

—Todavía no.

—*Entendido.*

Cuelgo.

Guardo el informe en el cajón donde conservo todo lo relacionado con Ramón. Y antes de cerrarlo vuelvo a mirar hacia fuera.

Nerea ha ganado la discusión.

No sé cómo lo sé. Probablemente porque está bebiéndose un café con expresión triunfal mientras Martina frunce el ceño.

Cierro el cajón.

He tenido suficiente.

Durante la primera semana en la planta ejecutiva, Nerea llama a la puerta de mi despacho.

Durante la segunda, llama mientras abre.

A mediados de la tercera, deja de llamar.

—No.

Levanto la vista del ordenador.

Está delante de mi mesa con una carpeta.

—¿No qué? —me cuestiona.

—No puedes entrar así.

Mira hacia atrás. Después vuelve a mirarme.

—¿Así cómo?

—Sin llamar.

—He llamado.

—Has golpeado la puerta al mismo tiempo que la abrías.

—Eso técnicamente es llamar.

—Técnicamente es avisarme de que ya estás dentro.

Deja la carpeta sobre mi mesa.

—Pues funciona. Te has dado cuenta enseguida.

—Nerea.

—Elías.

La miro. Ella me sostiene la mirada.

—Señor León —corrige.

—Eso está mejor.

—No te acostumbres.

Detesto su descaro. Pero reconozco que también me gusta.

«Céntrate, Elías».

Abro la carpeta.

—¿Qué es esto?

—Las confirmaciones de la reunión del jueves. Hay dos que no me gustan.

La miro. Si algo he aprendido es que su olfato justifica el sueldo que le pago.

—¿Por qué? —le demando.

—Uno ha cambiado tres veces la hora y el otro lleva dos días dándome excusas.

—¿Y?

—Que el primero es un pesado y el segundo no quiere venir.

—Un análisis impecable.

—Gracias.

—Era sarcasmo.

—Ya. El mío también.

Me entrega una hoja.

—He llamado al segundo.

—¿El que no quiere venir?

—Exacto.

—Vale, ¿y cómo lo sabes?

Se encoge de hombros.

—Porque ha empezado a explicarme que su semana está siendo complicadísima, que quizá tenga una reunión en Barcelona y que todavía no sabe si su mujer tiene una cosa.

—¿Una cosa?

—Literal. «Mi mujer tiene una cosa». Cuando alguien necesita tres excusas y ninguna está clara, no quiere venir.

La observo un instante.

—¿Qué has hecho?

—Le he dicho que no había problema y que buscaríamos otra fecha.

—No vamos a cambiarla.

—Lo sé. Ha aceptado antes de que terminara la frase.

—Bien.

Nerea sonríe.

—¿Eso ha sido un cumplido?

Bajo la vista hacia la hoja.

—No.

—Ha sonado muchísimo a cumplido.

—Ha sido una constatación.

—Pues voy a apuntarlo igualmente. Primer elogio del señor León.
Día histórico.

—Fuera.

—Ya me iba.

Se gira.

—Y llama la próxima vez.

Levanta una mano sin volverse.

—Claro, señor León.

Cuando la puerta se cierra, noto cómo los labios se me curvan.

Los enderezo en cuanto la veo aparecer de nuevo.

Abre la puerta y da dos golpes desde dentro.

—¿Así mejor?

La miro. Está sonriendo.

—¡Fuera!

Se marcha riéndose.

Y yo tardo demasiado en volver al informe que estaba leyendo.

A principios de la quinta semana sé demasiadas cosas que no necesito saber.

Sé que Nerea llega normalmente a las nueve y cinco.

Que los lunes llega a las nueve y siete porque el autobús que toma cambia el recorrido.

Que no bebe café solo, aunque presuma de que sí.

Que roba sobres de azúcar de la cafetería y los guarda en el segundo cajón de su mesa.

Que habla sola cuando algo no le cuadra.

Que se muerde el interior de la mejilla cuando intenta no responder.

Y que, cuando está a punto de hacerlo de todas formas, levanta ligeramente la ceja derecha.

No tengo ni idea de por qué sé esas cosas. Pero las sé.

Hoy son las nueve y once. Su mesa está vacía.

Sigo leyendo un correo.

Respondo.

Nueve y catorce.

Miro hacia el ascensor.

«¿Qué coño haces?».

Vuelvo a la pantalla.

Las puertas se abren a las nueve y dieciocho.

Nerea aparece por el pasillo con el pelo todavía húmedo, el bolso abierto y una expresión que anuncia una explicación antes incluso de que nadie se la pida.

Deja sus cosas y se presenta en el despacho.

—El autobús.

No digo nada.

—Ha habido un accidente en Castellana.

Sigo sin decir nada.

—Y luego una señora ha decidido discutir con el conductor porque quería bajarse entre dos paradas.

Levanto la vista.

—No te he preguntado.

—Ya. Pero lo estabas pensando con mucha intensidad.

—No tienes forma de saber qué estoy pensando.

—Tú tampoco tienes forma de demostrar que me equivoco.

Se sienta. Abre la agenda y se prepara para tomar notas.

—Once minutos.

Levanta la mirada hacia mí.

—¿Qué?

—Has llegado once minutos tarde.

Mira la hora.

—Dieciocho, en realidad.

—De siete a dieciocho van once.

—Mi horario empieza a las nueve —me corrige.

«Mierda».

—Entonces dieciocho.

Nerea entrecierra los ojos.

—Espera. ¿Sabes a qué hora suelo llegar?

«A ver cómo sales de esta».

—Todo el mundo llega aproximadamente a la misma hora —me invento.

—Martina llega a las ocho y cincuenta.

—Nerea.

—Y Claudia no sube hasta las nueve y media.

—Tiene trabajo.

—Y Lucas aparece cuando le da la gana.

—Es socio de la empresa.

Me mira. Demasiado.

—Tú sabes a qué hora llego.

—Sé a qué hora empiezas la jornada, eso es todo.

—No es lo mismo.

—Ponte a trabajar.

Sonríe. No me gusta esa sonrisa.

—Sí, señor León.

Baja la mirada hacia la agenda y un segundo después la escucho murmurar:

—Qué controladita me tiene.

Levanto la cabeza.

—Te oigo.

—Era la intención.

Vuelvo a mi pantalla. No pienso darle el gusto. Sobre todo, porque ni yo puedo explicar por qué.

Miércoles. Ocho y media de la tarde.

Queda poca gente en la planta. Lucas se ha marchado hace una hora. Martina también.

Apago el ordenador y veo luz en una mesa que debería estar vacía.

Nerea sigue allí. Tiene una mano sujetándole la cabeza y tres montones de documentos alrededor.

—¿Todavía aquí?

Da un respingo.

—Joder.

—Buena capacidad de observación.

—No te había oído salir.

—Eso no responde a mi pregunta.

Se frota los ojos.

—Estoy terminando lo de la reunión de mañana.

—La reunión está preparada.

—Casi.

—Está preparada desde esta tarde.

—Sí, bueno. He encontrado un correo de uno de los asistentes diciendo que es alérgico a los frutos secos y en el catering hay una bandeja que lleva almendras.

Miro los papeles.

—¿Y llevas una hora solucionando eso?

—No.

Señala otro montón.

—También he visto que dos personas tienen el mismo vuelo de vuelta, pero coches distintos reservados para llevarles al aeropuerto.

—Eso no es un problema.

—Es tirar dinero.

—Son cuarenta euros.

—Cuarenta euros son cuarenta euros.

La miro.

Ella también me mira.

—¿Qué? —me suelta.

—Nada.

—Has puesto cara.

—No he puesto ninguna cara.

—Tienes una para cuando crees que alguien está diciendo una estupidez.

—Tengo muchas caras.

—No. Tienes tres —me rebate—. La de «esto es una estupidez», la de «voy a despedir a alguien» y la de «Lucas me está tocando los cojones».

Aprieto la mandíbula para no sonreír.

—Vete a casa.

—Esa es la segunda.

—Nerea.

Se ríe.

—Vale.

Empieza a guardar las cosas.

—Pero mañana quiero llamar al catering —añade.

No sé si definirla como tenaz o cabezota. No lo tengo claro.

—Hazlo, es mejor asegurarse.

—Y cambiaré el coche. Nos ahorramos cuarenta pavos.

—La empresa sobrevivirá gracias a ti —me mofo.

—De nada.

Apaga el ordenador y coge el bolso.

Yo sigo aquí. No sé por qué. Podría haberme marchado hace rato.

—¿Tú no te vas?

—Sí.

—Pues venga.

Frunzo el ceño.

—¿Perdón?

—Que vamos al mismo ascensor, señor León. No hace falta que esperes a que yo desaparezca para salir de tu hábitat natural.

«La madre que la parió».

Camina hacia él. La sigo. Entramos. Las puertas se cierran.

Por primera vez en todo el día no está hablando.

Y resulta extraño.

Miro los números descender. Diez. Nueve. Ocho. También a ella.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada.

—Me estás mirando.

—No. Estoy mirando el panel.

«Esto es absurdo».

Mira el panel. Después a mí.

—El panel está allí.

Señala justo en la dirección contraria.

«Joder».

—Ha sido un día largo.

—Claro.

Vuelve a mirar al frente. Sonríe. No dice nada más.

Y, por alguna razón, eso es peor.

Las puertas se abren en la planta baja. Nerea sale.

—Hasta mañana.

—Buenas noches, Nerea —respondo sin pensar.

Da dos pasos y se gira.

—¿Eso ha sido voluntario?

Me detengo a escasos centímetros de ella.

—¿El qué?

—Desearme que tenga una buena noche.

—Es una fórmula de cortesía.

—No es cierto. Empiezas a cogerme cariño, aunque no lo admitas.

Se ríe y se gira de nuevo.

—Buenas noches, señor León —se despide mientras se aleja.
Cuando desaparece tras las puertas de cristal, el vestíbulo se queda en silencio.
Y yo sigo parado durante unos segundos.
Demasiados.

El viernes, Lucas entra en mi despacho sin llamar.
Miro la puerta. Después a él.
—¿Qué? —me demanda. Supongo que al ver mi gesto.
—Nada.
—Me estás mirando raro.
—Estoy comprobando una teoría.
—¿Cuál?
—Que nadie en esta empresa sabe llamar a una puerta.
—Yo soy socio.
Lucas sonríe.
—¿Qué quieres?
—Hablarle del viaje.
—¿Qué viaje?
—Convención anual.
Dejo la pluma.
—Faltan meses.
—No. Faltan dos semanas.
Lo miro.
—¿Dos?
—El tiempo vuela cuando uno se divierte.
—No me estoy divirtiendo.
—Ya.
Se sienta frente a mí.
—Tres días. Hotel. Consejo, directivos, responsables de área, cenas interminables y gente fingiendo que hacer *networking* después de las once de la noche es una actividad profesional.
—Buena descripción.
—Recursos Humanos está cerrando la lista.

—Perfecto.
—Este año también va el personal de apoyo de dirección.
No reacciono. O procuro no hacerlo.
Lucas sonríe.
—No —respondo seco.
—No he dicho nada.
—Estás a punto.
—Solo te estoy informando.
—Pues ya estoy informado.
—Nerea va.
Levanto la vista.
—Es personal de apoyo —justifico.
—Correcto.
—Entonces es lógico.
—Completamente.
Sé por dónde va y no me gusta.
—No entiendo qué esperas que diga.
—Nada.
Se levanta.
—Eso es precisamente lo divertido —se mofa.
—Lucas.
—¿Sí?
—Lárgate.
—Con muchísimo gusto.
Llega a la puerta.
—Por cierto.
No respondo.
—He pedido habitaciones individuales.
Lo miro.
—Lógico. ¿A qué viene esto?
—Nada. Información logística, eso es todo.
—Fuera.
Se ríe mientras cierra.
Me quedo solo.
Tres días. Un hotel. Consejeros. Reuniones. Cenas.
Nerea.

Cojo el informe que tengo delante e intento volver al punto donde estaba. Leo la misma línea tres veces. A la cuarta cierro la carpeta.

«Es un viaje de trabajo. Nada más».

Solo serán tres días fuera de Madrid. Y no existe ninguna razón para que ese dato altere absolutamente nada. Ninguna.

Así que el hecho de que lleve cinco minutos sin conseguir concentrarme tiene que deberse a otra cosa.

Todavía no sé a cuál. O sí.

¡Yo qué cojones sé!

Capítulo 9

Nerea

—No tengo nada que ponerme.

Claudia, tumbada en mi cama con el móvil en la mano, ni siquiera levanta la cabeza.

—Llevas diciendo eso cuarenta minutos.

—Porque llevo cuarenta minutos teniendo razón.

Estoy sentada en el suelo delante del armario abierto, rodeada de ropa que hasta ayer me parecía perfectamente normal y que ahora, ante la perspectiva de pasar tres días rodeada de directivos, consejeros y gente que utiliza la palabra «sinergia» sin que se le caiga la cara de vergüenza, parece sacada de un mercadillo benéfico.

Levanto una blusa.

—¿Esto?

Claudia mira.

—Sí.

—Tiene una mancha.

—No se ve.

—Tú sabes que está.

—Pero los demás no.

—Yo sí. Y eso es suficiente para que pase toda la cena pensando que todo el mundo está mirando la mancha.

La tiro sobre la cama.

Cojo otra.

—¿Y esta?

—También.

—Me hace tetas de señora que vende seguros.

—Tienes treinta años, Nerea.

—Precisamente. Todavía estoy a tiempo de no parecer que te voy a preguntar si tienes cubierta la rotura de lunas.

Claudia deja el móvil sobre la colcha.

—A ver. ¿Qué crees exactamente que va a pasar en ese viaje?

—Que voy a hacer el ridículo.

—Eso puedes hacerlo aquí gratis.

—Gracias.

—De nada.

Se incorpora y empieza a revisar el desastre que he montado.

—Son tres días. Reuniones, comidas, una cena algo más formal y vuelta a casa. No vas a *Buckingham Palace*.

—Para mí es peor. En *Buckingham Palace* al menos sabría que soy la pobre.

Claudia se ríe.

—Allí también saben que eres la pobre.

Le lanzo una camiseta que ella esquivó.

—¡Cabrona!

—¿Qué? Si eres personal de apoyo. Nadie espera que aparezcas con un *Chanel*.

—No tengo ni un *Chanel* ni un canal para financiarlo.

—Pues solucionado.

Saca unos pantalones negros.

—Estos.

—Son tuyos.

—Te los dejo.

—Ya te devolví los otros.

—Con una mancha de tomate —me recuerda.

—Fue un accidente laboral.

—Fue una albóndiga.

—Estaba trabajando mientras comía.

—Nerea, te cayó encima porque intentaste abrir el *táper* con un boli.

—Era corporativo. Pensé que tendría más resistencia.

Claudia niega con la cabeza.

—¿Y para la cena?

Ahí está el problema.

Miro hacia la puerta del armario.

Colgado al fondo está el vestido de la boda de mi prima. Negro. Sencillo. Bonito. Y fabricado por algún enemigo de los pulmones.

Claudia sigue mi mirada.

—Ese.

—No. Me aprieta.

—Te queda espectacular.

—No puedo respirar.

—Respirar está sobrevalorado.

—Eso lo dices porque no eres tú la que va a tener que cenar embutida como una morcilla elegante.

—Pruébate.

—Ni de coña.

—Nerea, pruébate.

—¿Desde cuándo mandas tú?

—Desde que estás viviendo en mi casa por el módico precio de Netflix y alguna cena.

La miro.

—Eso es abuso de poder.

—Aprendo de los mejores.

No sé por qué, pero inmediatamente pienso en Elías.

Y me fastidia.

—No pongas esa cara —dice Claudia.

—¿Qué cara?

—Esa. La que pones últimamente cuando hablamos del trabajo.

—Pongo cara de trabajadora explotada.

—No. Esa es otra.

—¿Tengo tantas caras?

—Muchísimas. Eres como un emoticono con piernas.

Cojo el vestido.

—Voy a probármelo solo para que te calles. Y como no pueda respirar, me llevo unos vaqueros.

—Claro.

—Hablo en serio.

—No he dicho nada.

Claudia sonrío.

«Genial».

La conozco, y sé que no me va a dejarirme sin el dichoso vestido morcilla.

A la mañana siguiente llegamos al aparcamiento de la empresa a una hora que debería estar prohibida por los derechos humanos.

He dormido cuatro horas.

Mi maleta tiene una rueda que gira hacia la izquierda por motivos ideológicos.

Y Claudia, que no viene al viaje, ha tenido la indecencia de despedirse de mí en la puerta de casa con un «pásalo bien».

¡Como si me fuera de crucero!

Martina ya está junto a la furgoneta cuando llego.

Mira mi maleta. Después a mí.

—No preguntes —mascullo.

—No iba a hacerlo.

La rueda se dobla.

—Hijo de puta.

—¿La maleta?

—Mi ex. Era suya. Bueno, en realidad tenía dos. Pero cuando se largó se llevó la buena y me dejó esta. Creo que eso resume bastante bien nuestra relación. Ayúdame —le pido.

Martina coge un extremo.

Entre las dos conseguimos meterla en el maletero sin que muera nadie.

Hay una docena de personas alrededor. Algunas las conozco de la planta. Otras solo de verlas cruzar pasillos con cara de tener reuniones muy importantes y digestiones muy malas.

Lucas aparece con gafas de sol y un café enorme.

—Buenos días, criaturas corporativas.

—No, me niego —respondo—. No se puede tener esa energía antes de las ocho.

—Yo sí.

—Pues debería estar regulado.

—Debes de ser de las que necesitan café para ser persona —se burla.

—Yo necesito café para no ser delincuente.

—Anotado.

Alguien empieza a repartir sitios.

Subo detrás de Martina, que se instala al fondo junto a una mujer de Finanzas.

Después miro el asiento que me señalan. Segunda fila. Ventana. Y asiento libre al lado.

«No. Ni de coña».

—Ese es el tuyo —me indica el chico de Recursos Humanos.

—Perfecto.

Me siento antes de que el universo pueda empeorarlo.

Saco el móvil y me pongo a ver redes sociales para intentar despertarme con algo de *scroll*.

Cuando me vengo a dar cuenta, la furgoneta se ha llenado y solo falta Elías.

«El universo es un cabrón».

Sube hablando por teléfono, con una chaqueta oscura sobre el brazo y esa expresión de persona que ya ha resuelto tres problemas antes de que yo haya conseguido abrir los dos ojos.

—No. El lunes es tarde. Quiero el informe hoy. —Hace una pequeña pausa—. Entonces busca a alguien que pueda tenerlo hoy.

Cuelga.

Mira los asientos. Después me mira a mí. Y acto seguido se sienta a mi lado.

—Buenos días —saluda.

—Depende.

Coloca la chaqueta sobre sus piernas.

—¿De qué?

—De si este asiento estaba asignado de verdad o has sobornado a Recursos Humanos.

—No hay más asientos libres. Y no tengo ningún interés en sentarme a tu lado, Nerea.

—Qué alivio. Ya somos dos.

—Me alegra que coincidamos en algo.

—Coincidimos en muchas cosas.

Me mira.

—Nombre tres.
Abro la boca. La cierro.
—No me presiones recién levantada.
Se le mueve una comisura.
«Ahí está. Esa sonrisita de mierda que nunca termina de aparecer».
La furgoneta arranca.
La cabeza de Lucas aparece por detrás entre los asientos.
—¿Todo bien por aquí?
—Perfecto —respondemos los dos a la vez.
Lucas sonríe.
—Qué miedo.
—Vete —ordena Elías.
—Ya me voy.
No se va.
—¿Necesitas algo? —pregunto.
—No. Solo quería comprobar que los asientos estaban bien distribuidos.
Entrecierro los ojos.
—¿Los has organizado tú?
—¿Yo? Qué va.
Miente fatal.
—Lucas —gruñe Elías.
—Buen viaje.
Desaparece.
Miro a Elías.
—Tu socio es imbécil.
—Lo sé.
—¿Y no vas a hacer nada?
—Sobrevivir tres horas.
—Qué valiente.
—Gracias.
—No era un cumplido.
—Ya me estoy acostumbrando.
Apoyo la cabeza contra el cristal.
Madrid empieza a quedarse atrás.

La primera hora transcurre sin incidentes.

Bueno... sin incidentes graves.

Lucas intenta organizar un karaoke desde el fondo. Martina amenaza con bajarse en marcha para vomitar. Un consejero se duerme con la boca abierta. Y Elías trabaja desde el móvil como si estuviéramos en una oficina con ruedas.

Yo intento leer unos documentos que me han dado para las reuniones de la tarde.

Intento. Porque cada vez que él mueve el brazo para escribir, su codo invade aproximadamente dos centímetros de mi territorio.

Al cuarto golpe cierro la carpeta.

—Tienes un problema de fronteras.

No levanta la vista.

—¿Perdón?

Señalo el reposabrazos.

—Eso es territorio neutral.

—Es un reposabrazos.

—Exacto. Reposabrazos. Singular. Para un brazo. El tuyo lleva veinte minutos intentando colonizar mi asiento.

Retira el codo.

—Solucionado.

—Gracias.

—De nada.

Vuelvo a abrir la carpeta.

Dos minutos después noto su rodilla contra la mía.

Bajo la vista. Miro su pierna. La mía. Después a él.

—Ahora la pierna.

—La furgoneta es pequeña.

—O tú eres demasiado grande.

Levanta una ceja.

«Joder».

—Quiero decir...

No. Ni hablar. No pienso arreglarlo.

—Ya sabes lo que quiero decir —suelto con genio.

—Perfectamente.

Hay algo en su tono que no me gusta. O sí.

No. Definitivamente no.

Vuelvo a los papeles. Esta conversación ha terminado.

Cinco minutos después la furgoneta entra demasiado rápido en una curva. Todo ocurre de golpe.

Mi carpeta resbala. Intento sujetarla. El vehículo gira. Y yo también. Hacia el lado equivocado.

Mi mano aterriza en su muslo.

«Hostia».

Es duro como una piedra.

Me quedo congelada. Él también.

Durante un segundo ridículo no existe la furgoneta. Ni Lucas. Ni Martina. Ni los papeles que han terminado en el suelo.

Levanto la cabeza. Está demasiado cerca. Mucho.

Sus ojos bajan un instante. No sé adónde. No quiero saberlo.

El conductor endereza el vehículo. El mundo vuelve a funcionar.

Me aparto tan rápido que casi me golpeo contra la ventanilla.

—Estoy bien.

—No he preguntado.

—Pues ya lo sabes.

Me tomo unos segundos antes de soltarme el cinturón y agacharme a recoger los papeles.

Uno se ha metido debajo de su asiento.

«Cojonudo».

Estiro el brazo, pero no es suficiente.

Me doblo un poco más y consigo alcanzarlo. Cuando levanto la cabeza, me doy cuenta de que tengo su entrepierna frente a mi cara.

Doy un respingo y me coloco más tiesa que un palo en el asiento.

Él no dice nada.

En cuanto me abrocho el cinturón, ordeno los documentos. Al revés. Los vuelvo a ordenar.

Elías ha regresado a su móvil.

Perfecto. Normalidad.

No ha pasado absolutamente nada. Solo ha sido una curva. Un desequilibrio. Una mano. Una pierna. Y una entrepierna que casi me come.

«Se dice anatomía básica».
Miro por la ventana.
«Universo... eres un cabrón».

Cuando llegamos al hotel, estoy deseando bajar de la furgoneta.
Por motivos posturales. Exclusivamente.

El edificio aparece al final de una carretera rodeada de árboles.
Es enorme, de piedra clara y cristalerías, con una entrada en la que
cabrían mi antigua tienda y probablemente también mi piso.

—Joder —murmuro.

Martina se coloca a mi lado.

—Bonito, ¿eh?

—Ahora entiendo las facturas.

Martina se ríe.

Elías, que está delante de nosotras, gira ligeramente la cabeza.

—Era una broma —aclaró.

—No he dicho nada.

—Ya, pero tienes la cara dos.

«La de *voy a despedir a alguien*».

—Espera a conocer la cuatro —se mofa.

Sigue caminando.

Me quedo mirándolo.

—¿Acaba de hacerme una broma?

Lucas pasa a mi lado.

—Está empeorando desde que te conoce.

—No quiero esa responsabilidad.

Entramos.

El vestíbulo parece diseñado para que una se sienta pobre nada
más cruzar la puerta. Mármol. Lámparas enormes. Sofás en los que
me da miedo sentarme por si me cobran.

Mientras Recursos Humanos organiza todo con los de recepción,
yo me quedo junto a mi maleta ideológica intentando que la rueda
no se independice definitivamente.

Veo a Ferrer al fondo. Traje claro, de nuevo. Sonrisa impecable.

Habla con otro hombre al que reconozco de algunas reuniones
del Consejo. Ramón. No necesito que nadie me diga quién es. Lo he

visto suficientes veces en fotografías, documentos y entrando y saliendo del despacho de Elías.

Ferrer me ve. Sonríe. Otra vez con los dientes.

Le devuelvo una sonrisa mínima.

«Sigues oliéndome a mierda, amigo».

—Nerea.

Me giro.

El chico de Recursos Humanos me entrega una tarjeta.

—Habitación 412.

—Gracias.

Martina recibe la 418.

—¿No estamos juntas?

—Son individuales —explica la chica.

Miro la tarjeta.

Habitación para mí sola. Baño para mí sola. Cama enorme para mí sola.

«Vale. Igual esto de ser explotada tiene ventajas».

Cojo la maleta. O lo intento.

La rueda decide engancharse en la alfombra.

—Vamos, hija de puta.

Tiro. Nada. Tiro más. La maleta se vence.

Una mano la sujeta antes de que caiga.

Elías. Otra vez.

—Tu equipaje parece tener algo personal contra ti.

—Era de mi ex.

—Eso explica muchas cosas.

Lo miro.

—¿Otra broma?

—Una observación.

Me quita la maleta de la mano y tira de ella.

La rueda, la traidora, funciona perfectamente.

—Te odio —le digo a la maleta.

—Creo que es mutuo.

Llegamos al ascensor. Subimos con Martina, Lucas y dos personas más.

Yo miro los números. Elías mira el móvil.

No pienso en la furgoneta. En absoluto.

Cuarta planta. Salimos.

Martina se despide en dirección contraria.

—Nos vemos abajo en media hora.

—Vale.

Camino buscando los números.

Me detengo cuando llego a la mía. Paso la tarjeta. La luz se pone verde.

Entonces escucho otro pitido justo a mi lado.

Me giro.

Elías está abriendo la puerta de la habitación de al lado. Miro el número. 414.

Después lo miro a él.

—Dime que esa no es tu habitación.

Se detiene con la mano en el pomo.

—Sí lo es. ¿Por qué? ¿Te supone algún problema?

Sin ninguna clase de permiso, mi cerebro decide recordar mi mano sobre su muslo, y después su entrepierna.

—No, claro que no.

Elías abre su puerta.

—Perfecto. Nos vemos abajo en media hora, Nerea.

—Sí, claro.

La puerta se cierra.

«Solo son tres noches. Respira».

Esto va a salir de puta madre.

Capítulo 10

Elías

Llevo cuarenta minutos en la habitación y todavía no me he cambiado de camisa.

He abierto el portátil. He contestado dos correos. He empezado a revisar el informe que mañana tengo que presentar en la convención.

Y llevo diez minutos leyendo la misma línea.

Cierro el documento.

Me levanto. Vuelvo a sentarme.

«Esto es ridículo».

No necesito preguntarme qué me pasa. Lo sé.

Tengo el tacto de sus dedos cálidos aún sobre mi pierna, su olor metido en la sien y la postura de su cuerpo frente a mí...

Me pongo en pie. Me quito la camisa con más brusquedad de la necesaria y saco otra de la maleta.

Tengo una cena llena de accionistas, consejeros y directivos dentro de media hora. Debería preocuparme Ramón. Ferrer. Las cifras que mañana tengo que defender delante de medio Consejo.

Pero en lugar de eso, mientras me abrocho una camisa limpia, vuelvo a recordar su mano sobre mi pierna.

—Joder.

Cojo la chaqueta.

Necesito bajar.

La cena es en el salón principal del hotel.

Mesas redondas. Mantel blancos. Copas perfectamente alineadas.

Y suficiente dinero reunido en una sola habitación como para que nadie se atreva a admitir que el vino es mediocre.

Llevo quince minutos escuchando una conversación sobre el precio del suelo industrial en el corredor del Henares cuando las puertas del salón se abren y aparece ella.

Vestido negro. Nada especialmente llamativo. Nada que justifique que deje de escuchar al hombre que tengo sentado a mi derecha.

Lo hago de todas formas.

La veo entrar junto a Martina. Da tres pasos y se tira discretamente del bajo del vestido. Da otros dos y vuelve a hacerlo.

No está cómoda. Eso es lo primero que pienso.

Lo segundo no debería pensarlo.

Aparto la mirada.

—Como te decía...

—Sí —respondo.

El consejero continúa hablando. No tengo ni idea de qué estaba diciendo.

Bebo agua.

Cuando vuelvo a mirar hacia allí, Nerea ya se ha sentado en una mesa cercana. Martina está a su izquierda. Frente a ella hay dos directivos de Finanzas que parecen haber decidido que una cena de empresa es el lugar perfecto para continuar trabajando.

Uno de ellos dice algo que no alcanzo a escuchar. Nerea frunce el ceño. El hombre vuelve a hablar. Esta vez sí oigo una palabra: euríbor.

Ella coge la copa.

—Pues yo creo que sube y baja. Como todo en la vida.

Tengo que bajar la cabeza para que nadie vea que estoy sonriendo.

—¿He dicho algo gracioso?

Levanto la vista. El consejero de mi derecha me observa.

—No.

—Ah.

Continúa hablando. Vuelvo a beber.

Esta vez no miro hacia la otra mesa durante casi un minuto.

Después sí.

Nerea acaba de beberse media copa de vino de un trago.

«Buena estrategia».

La cena continúa.

Conversaciones. Cifras. Proyecciones. Planes para el siguiente trimestre. Todo exactamente igual que en cualquier otra convención.

Hasta que veo a Ramón acercarse a Ferrer.

No se sientan juntos. Al menos, no al principio.

Ramón se detiene detrás de su silla y apoya una mano en el respaldo mientras le dice algo al oído.

Ferrer deja de sonreír.

Solo dura un instante. Después vuelve a adoptar esa expresión amable que utiliza con todo el mundo.

Ramón se ajusta uno de los gemelos. El izquierdo. Dice algo más. Ferrer asiente.

Me levanto. No voy directamente hacia ellos. Saludo primero a dos miembros del Consejo. Intercambio unas palabras con el director comercial...

Cuando estoy lo bastante cerca, Ramón ya me ha visto. La conversación termina. Ferrer coge su copa.

—Elías.

—Ramón.

—Buena elección de hotel.

—Ha sido cosa de Recursos Humanos.

—Entonces les felicitaré a ellos.

Ferrer sonríe.

—Mañana tenemos una jornada interesante.

—Eso espero —respondo mientras analizo cada mínimo gesto que hace.

—Seguro que sí.

Me sostiene la mirada. No hay nada extraño en sus palabras. Precisamente por eso no me gustan.

—Disfrutad de la cena.

Me alejo. No miro atrás. No necesito hacerlo para saber que volverán a hablar en cuanto crean que estoy lo bastante lejos.

Que hablen. Héctor lleva semanas siguiéndole los movimientos a Ferrer y, tarde o temprano, alguno de los dos cometerá un error.

Todo el mundo lo hace. Solo hay que tener paciencia.

Regreso hacia mi mesa.

Nerea se levanta al otro lado del salón y nuestros ojos se cruzan.
Solo un instante.

Ella aparta los suyos primero.

Yo sigo caminando.

«Has hecho lo correcto, tío».

Después de los postres trasladan las copas a una zona de sofás.

Me quedo el tiempo suficiente para cumplir. Veinticinco minutos.
Dos conversaciones. Tres apretones de manos. Una invitación a jugar al golf que rechazo por cuarta vez este año.

Después subo.

El ascensor se abre en la cuarta planta y agradezco el silencio.
Camino por el pasillo mientras aflojo un poco el nudo de la corbata.

Habitación 414.

Estoy sacando la tarjeta cuando escucho unos pasos a mi espalda.

Bueno... pasos no. Algo parecido a palmadas contra la moqueta.

Me giro.

Nerea viene hacia mí descalza, con los zapatos colgando de dos dedos. Se detiene al verme.

—Ah.

—Buenas noches —murmuro.

Mira mis zapatos. Después los suyos.

—Qué suerte tenéis los tíos.

«No puedo con ella. O sí».

—Las mujeres nos ganáis en otras cosas.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo en cuáles?

«Ahí está, solo dos frases y ya me hace pensar».

—Es tarde. Mañana nos...

—Está claro, evades la pregunta porque conoces la respuesta.

—No es cierto. Es solo que... estoy cansado.

—Pues imagina si llevaras tacones.

—No, gracias.

—Te quedaría bien. Iría a juego con el eco-car.

Noto que se me escapa una sonrisa.

Ella la ve.

—Ahí está.

—¿Qué?

—La prueba.

—¿De qué?

—De que sabes sonreír.

—Nunca lo he negado.

—Tampoco lo demuestras mucho, que digamos.

Mete la tarjeta. La luz se pone roja. Lo intenta otra vez. El color no cambia.

—Está al revés.

Me mira.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿por qué insistes?

—Porque tengo esperanza.

—Eso no suele cambiar el funcionamiento de una cerradura electrónica.

—Qué vida tan triste llevas.

Coge la tarjeta correctamente.

La luz se pone verde.

—¿Ves? —pregunto.

—Ha sido casualidad.

Pero no abre. Se queda con la mano en el picaporte.

—¿Ha ido mal la cena? —pregunto.

Se gira.

—¿Por qué lo dices?

Miro sus zapatos.

—Has abandonado dos tacones en mitad de un hotel.

—No los he abandonado. Los llevo conmigo. Eso demuestra compromiso.

—También te has marchado antes de que terminaran las copas.

—Tú también.

—Yo he cumplido con mi obligación.

—Yo con mis pies.

Asiento.

—Argumento sólido.

Por un momento ninguno entra en su habitación.

Nerea apoya la espalda en la puerta.

—No encajo aquí.

La frase me sorprende. No por lo que dice. Sino por cómo lo dice. Sin broma. Sin pulla. Sin intentar convertirla en otra cosa.

—¿En el hotel?

—En todo esto.

Hace un gesto vago con el zapato hacia el pasillo, como si pudiera señalar con él el salón entero de abajo.

—La gente hablando de inversiones, mercados, previsiones... Yo hace dos meses estaba discutiendo con una imprenta porque me había cortado mal doscientas portadas de agenda.

No digo nada.

—Hoy un tío me ha preguntado qué opinaba de la evolución del euríbor —añade.

—¿Y? —indago, aunque ya conozco la respuesta.

—Le he dicho que sube y baja.

—Técnicamente es correcto.

Me mira.

—Te estás riendo de mí.

—Un poco.

—Capullo.

La palabra sale antes de que pueda frenarla.

Se queda inmóvil.

Yo también.

—Perdón.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Eres mi jefe y no quiero quedarme sin trabajo.

—También era un capullo antes de ser tu jefe y eso nunca pareció detenerte.

Aprieta los labios. No funciona. Termina riéndose.

Y por algún motivo escucharla reír ahí, descalza, con los tacones en una mano y sin nadie alrededor, resulta distinto.

Más fácil.

—De todas formas —continúa—, te equivocas.

—¿En qué?

—En que no encajas.
La sonrisa desaparece poco a poco.
—No necesito un discurso motivacional, señor León.
—No pensaba darte ninguno.
—Menos mal.
—La mitad de las personas que estaban ahí abajo saben utilizar palabras que tú no utilizas.
—Gracias. Me siento muchísimo mejor.
—No he terminado.
Se calla.
—Saben qué decir —prosigo—. Cuándo asentir. Cuándo reírse.
Qué opinión conviene tener delante de quién...
—Eso suena agotador.
—Lo es.
—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?
—Que tú no sabes hacer nada de eso.
Me mira ofendida.
—Oye.
—Y precisamente por eso ves cosas que ellos no ven —concluyo.
Esta vez no responde.
—Ferrer —añado.
Algo cambia en su expresión.
—¿El *dientes*?
—¿El qué?
—El que sonríe solo con los dientes.
Recuerdo el primer día que lo vio.
—Ese.
—Sigue sin gustarme.
—Lo sé.
—¿Ha hecho algo?
—No puedo hablar de eso.
—Entonces sí.
—No he dicho eso.
—Tu cara vuelve a hablar.
Niega con la cabeza.
—Es desesperante —murmuro.

—¿El qué?

—Hablar contigo.

—Y aun así llevas aquí un rato.

La frase me pilló desprevenido.

A ella también.

El silencio que queda después ya no es igual.

Nerea baja los ojos. Yo debería abrir mi puerta. Entrar.
Despedirme.

En lugar de eso, miro los zapatos que todavía lleva en la mano.

—¿La papelería era tuya?

Levanta la cabeza.

—Sí.

—¿La montaste tú?

—Desde cero.

Hay algo en su voz que cambia al responder.

—Agendas, cuadernos, papelería creativa... —me cuenta—.
Diseñaba casi todo. Algunas cosas las hacía yo y otras las mandaba imprimir.

—¿Y cerraste hace poco?

Asiente.

—Justo antes de entrar en la empresa.

—Lo siento.

Se encoge de hombros.

—No hace falta.

—No era una frase de cortesía.

Me mira.

—Ya.

Por primera vez desde que la conozco parece no saber qué responder.

—Fue una mierda —admite al final—. Sobre todo, porque no cerré porque fuera mala en lo que hacía. Cerré porque ser buena no siempre sirve para pagar facturas.

No sé qué decir a eso. Así que no digo nada. Y quizá sea la decisión correcta, porque continúa.

—Supongo que por eso me cabreó tanto aquella factura.

—Doscientos treinta y siete euros con cincuenta.

Sus ojos se clavan en mí.

—¿Lo recuerdas?

«Demasiado tarde».

—Tengo buena memoria —me justifico.

—Ya.

Me observa un segundo.

—Doscientos treinta y siete con cincuenta —repite.

—Sí.

—Qué inquietante.

—Buenas noches, Nerea —suelto de pronto.

Se ríe.

—Cobarde.

Abro mi puerta.

—Buenas noches —repito como un puto loro.

—Buenas noches, señor León.

Entro. Cierro.

Y durante unos segundos me quedo apoyado contra la puerta.

«¿Qué coño estás haciendo?».

No tengo respuesta.

Me quito la chaqueta. La dejo sobre una silla. Abro el portátil. Lo coloco sobre la cama. Me siento.

Entonces escucho un golpe al otro lado de la pared.

—*¡Me cago en...!*

Silencio. Después otro golpe más pequeño.

—*¿Quién coño pone una mesa ahí?*

Bajo la vista. Estoy sonriendo.

Dejo de hacerlo. O lo intento.

Abro el informe de mañana. Primera página. Leo dos líneas.

Al otro lado ya no se oye nada. Y descubro que el silencio es peor. Porque ahora sé exactamente qué hay detrás de esa pared. La habitación 412. Nerea. A menos de dos metros de mí.

Cierro los ojos.

Ese es el problema. No que esté al otro lado del tabique. Sino que no necesito verla para saber exactamente dónde está.

Capítulo 11

Elías

Son las dos y diecisiete de la madrugada y llevo demasiado tiempo mirando el techo.

El informe de mañana está terminado. Lo estaba hace una hora.

También he contestado los correos pendientes, revisado dos veces la presentación y dejado preparada la ropa que voy a ponerme para bajar a desayunar.

No tengo nada más que hacer. Ese es el problema.

Me giro hacia un lado. Silencio. Hacia el otro. Más silencio.

La habitación 412 lleva callada desde hace horas.

«Duerme».

Es lo normal. La gente duerme a estas horas. La gente normal, al menos.

Cierro los ojos. Los vuelvo a abrir. Doscientos treinta y siete euros con cincuenta.

No sé por qué coño he tenido que demostrarle que recuerdo la cifra. Ni por qué he preguntado por su tienda. Ni por qué sigo pensando en la cara que ha puesto cuando le he dicho que no encaja menos que cualquiera de los que estaban abajo.

Y desde luego no pienso analizar por qué sé que detrás de esa pared hay una mujer que probablemente duerme con una camiseta con algún texto absurdo.

Me siento en la cama.

—Esto es ridículo.

Tengo sed. Ahí está. Una necesidad humana perfectamente normal.

Abro el minibar. Agua. Sin gas.

Cojo una botella. La miro. La dejo.

«Patético».

Recuerdo haber visto una máquina de bebidas junto a los ascensores y no me lo pienso dos veces.

Salgo de la habitación. El pasillo está vacío. Por supuesto. Son más de las dos de la mañana en un hotel lleno de directivos que mañana tienen que fingir entusiasmo durante ocho horas de conferencias.

Camino hacia los ascensores. A mitad del pasillo escucho un ruido a mi espalda. Una puerta.

Me giro.

«No puede ser».

Nerea sale mirando hacia abajo mientras intenta meter algo en el bolsillo de un pantalón corto de pijama.

Lleva una camiseta enorme. Leo la frase. *NO TENGO MAL CARÁCTER. TENGO RAZÓN CON ENTUSIASMO.*

Aprieto la mandíbula para obligarme a no sonreír.

Ella levanta la cabeza. Me ve y se para en seco.

—No me jodas.

—Buenas noches —respondo.

—¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo.

Miro lo que lleva en la mano. Es una bolsa de patatas fritas vacía.

Al darse cuenta, la esconde detrás de la espalda.

«Demasiado tarde».

—Tengo hambre, ¿algún problema? —se justifica.

—No he dicho nada.

—Pero lo estás pensando, así que es lo mismo.

Se gira con genio y comienza a caminar hacia las máquinas.

La sigo.

—¿Vas a comprar más?

—No. Voy a presentar una reclamación formal porque esta bolsa prometía ciento cincuenta gramos y estoy convencida de que había aire para inflar una colchoneta.

—A las dos de la mañana.

—Las injusticias no entienden de horarios.

Se me escapa una risa.

Nerea gira la cabeza.

—Otra vez —murmura.

—¿Qué?

—Eso. Sonreír cuando crees que no estoy mirando.

—Pero estás mirando.

—Ahora sí.

Llegamos a las máquinas. Nerea mete una moneda. La máquina se la devuelve.

Vuelve a meterla. La devuelve otra vez.

—No le gustas —bromeo.

—El sentimiento es mutuo.

Lo intenta por tercera vez. Nada.

—Déjame.

—Puedo sola —se revuelve.

—Ya lo veo. Y funciona estupendamente.

—La máquina y yo estamos negociando.

—Pues vas perdiendo.

Me lanza una mirada que no sé muy bien cómo descifrar.

Saco una moneda.

—Ni se te ocurra.

La introduzco. La máquina la acepta.

Nerea abre la boca.

—Hija de puta.

No puedo evitar reírme. Esta vez de verdad.

Ella se queda mirándome.

Y la risa se me corta. No porque haya hecho nada. Precisamente porque no lo hace.

Solo me mira. Con el pelo suelto. Sin maquillaje. Sin zapatos. Sin el vestido negro. Sin una mesa, una carpeta o una pantalla entre los dos.

Me obligo a centrarme en la dichosa máquina. Pulso el número de las patatas. La bolsa cae. Nerea no la recoge.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. Estaba pensando.

—¿Debo preocuparme?

—Muchísimo.

Se agacha por fin y recoge la bolsa.

—Gracias.

—De nada.

—Te lo devolveré.

—Son unas patatas.

—No quiero deberle nada a mi jefe.

Ahí está. La palabra «Jefe». El recordatorio que necesito.

Asiento.

—Como quieras.

Regresamos hacia las habitaciones. Esta vez caminamos más despacio. No sé quién de los dos lo hace. Quizá ambos.

—¿Siempre duermes tan poco? —pregunta de pronto.

—Duermo suficiente.

—Esa es la típica respuesta de alguien que duerme fatal.

—¿Y tú?

—Yo duermo estupendamente cuando mi cabeza se calla.

—Entonces nunca.

—Exacto.

Sonríe. Yo me esfuerzo por no hacerlo.

Llegamos a nuestras puertas. 412 y 414. Debería despedirme. Ella debería entrar.

Ninguno lo hace.

Nerea juega con la bolsa de patatas.

—¿Sabes una cosa? Eres mucho menos insoportable en pijama.

Miro mi camiseta.

—No llevo pijama.

—Peor.

—¿Por qué?

—Es lisa.

—Sí.

—Y gris.

—También.

—Sin una sola frase.

—La mayoría de las camisetas son así.

—Solo las tristes.

—¿También clasificas la ropa por estado emocional?

—Por supuesto. —Señala la suya—. Esta, por ejemplo, es una camiseta segura de sí misma.

Miro la frase de nuevo.

—Es una camiseta con problemas de autoridad.

—Por eso nos entendemos.

La sonrisa aparece antes de que pueda evitarla.

Nerea vuelve a quedarse mirándome. La borro de golpe.

—A este paso me dan un premio.

—No sé de qué me hablas.

—Has sonreído dos veces. En la oficina parece que te cobren por usarla.

—Tengo una reputación que mantener.

—Pues tranquilo. No se lo contaré a nadie.

—Te lo agradezco.

—De nada.

Silencio. Uno distinto. Ya no es cómodo. Tampoco incómodo. Es otra cosa.

Nerea baja la vista hacia la bolsa.

—Lo de antes...

—¿Qué?

—Lo que me has dicho sobre mi tienda...

Espero.

—Gracias.

«Supongo que se refiere al momento en que he dicho que lo sentía».

—No tienes que dármelas —aseguro.

—Ya. Pero quería hacerlo.

Asiento.

Ella levanta los ojos. Estamos demasiado cerca. No sé en qué momento ha ocurrido. Quizá siempre hemos estado a esta distancia y ahora simplemente me doy cuenta.

—Buenas noches, Nerea.

Lo digo porque es lo que debo decir.

—Buenas noches, señor León.

Pero ninguno de los dos se mueve.

Sus ojos bajan un instante a mi boca. Es tan rápido que podría fingir que no lo he visto.

No lo hago.

Nerea vuelve a mirarme. Y ahí se acaba la parte razonable de la noche.

Doy un paso. Ella no retrocede. Otro. Sigue sin moverse.

—Elías... —susurra mi nombre.

No mi apellido.

Le cojo la cara con las manos. Tengo un segundo. Uno solo. El suficiente para detenerme.

No lo hago.

La beso. Y todo lo que llevaba semanas intentando mantener en orden se va a la mierda. No hay tanteo. No hay prudencia.

Nerea me agarra de la camiseta y me devuelve el beso con una fuerza que elimina cualquier posibilidad de duda entre nosotros.

Mi mano encuentra su cintura. La acerco. Su cuerpo choca contra el mío. Y durante unos segundos no existe la empresa. Ni el hotel. Ni la convención. Ni absolutamente nada que no sea su boca y la forma en que acaba de ponerse de puntillas para besarme mejor.

Nerea suelta la bolsa. Las patatas golpean la moqueta.

Ninguno mira.

Me pasa una mano por la nuca. La pego más a mí. Demasiado.

Y ahí aparece. No como un pensamiento. Como una certeza. Su expediente sobre mi mesa. Mi firma al pie. Su contrato temporal. Su tienda cerrada. Su necesidad de ese sueldo. La decisión de subirla a mi planta. Todo.

«Joder».

Me separo.

Nerea tarda un segundo en abrir los ojos. Respira deprisa.

Yo también.

—¿Qué pasa?

No contesto. Todavía tengo una mano en su cintura. La retiro.

Ese gesto lo cambia todo. Lo veo en su cara.

—Elías.

—No.

Frunce el ceño.

—¿No qué?

—Esto no.

Mira el espacio que acabo de poner entre nosotros. Después me mira a mí.

—¿Esto no?

—No podemos.

El desconcierto desaparece. En su lugar aparece otra cosa. Orgullo.

—Curioso momento para descubrirlo.

—Nerea...

—No.—Ahora es ella quien retrocede—. No me vengas con el «Nerea» después de besarme así y apartarme como si hubiera saltado una alarma de incendios.

—Trabajas para mí.

Se queda inmóvil.

—¿Y?

—Eres empleada de mi empresa.

—Eso ya lo sabías hace treinta segundos.

—Lo sé.

—Estupendo. Entonces estamos los dos perfectamente informados.

—No es tan sencillo —rebato, frotándome la nuca.

—Pues a mí sí me lo parecía, hasta que has decidido complicarlo.

—No quiero ponerte en una situación...

—No termines esa frase.

—Déjame explicarlo.

—¿Explicarme qué? ¿Que eres mi jefe? ¿Que firmas mi nómina? ¿Que mañana volvemos a trabajar juntos? Ya lo sé. No me he dado un golpe en la cabeza contra la máquina de patatas.

—Precisamente por eso.

—No.

Recoge la bolsa del suelo. Está aplastada. La mira.

—Perfecto. Encima la has asesinado.

Casi sonrío. No debo.

Nerea me ve intentarlo.

—Ni se te ocurra.

—No me estoy riendo —me justifico.

—Ya.

Saca la tarjeta de su habitación del pantalón de pijama.

—Nerea.

—Buenas noches, señor León.

La distancia de esas dos palabras es mayor que todo el pasillo.

Abre la puerta.

—Mañana a las nueve, ¿no?

—Sí —respondo.

—Perfecto. Allí estaré. Como empleada de tu empresa.

Entra. La puerta se cierra en mis narices.

Me quedo solo en el pasillo. Durante varios segundos no me muevo.

Después entro en mi habitación. Cierro. Apoyo las manos en la cómoda.

He hecho lo correcto. Eso es lo primero que pienso. La alternativa era seguir. Cruzar una línea que no debería cruzar con una mujer cuyo contrato depende de la empresa que dirijo. He parado. Eso era lo que tenía que hacer.

Entonces ¿por qué tengo la sensación de haberlo hecho todo al revés?

Me siento en el borde de la cama. Al otro lado de la pared no se oye nada. Ni un golpe. Ni una protesta contra los muebles. Ni una palabrota. Nada.

Hace unas horas ese silencio me parecía peligroso. Ahora es peor. Porque sé exactamente qué he dejado al otro lado.

Y por primera vez en mucho tiempo, hacer lo correcto se parece demasiado a haber cometido un error.

Capítulo 12

Elías

Llevamos cuatro días de vuelta en Madrid y Nerea ha desarrollado una habilidad nueva: desaparecer.

No físicamente, eso sería preocupante y Recursos Humanos tendría demasiado papeleo. Lo hace conmigo.

El lunes cambió de pasillo cuando me vio salir del despacho.

El martes fingió estar hablando por teléfono en la sala de café. Lo sé porque tenía el móvil al revés.

Ayer prefirió bajar las diez plantas por las escaleras antes que entrar conmigo en el ascensor.

Hoy todavía no ha ocurrido nada. Son las nueve y veintitrés. Miro a través del cristal. Está en su mesa. Trabajando.

Martina le dice algo y Nerea se ríe.

Aparto la vista.

«Perfecto». Eso es exactamente lo que quería. Distancia. Profesionalidad. Que lo ocurrido en el hotel no interfiera en el trabajo.

Abro un correo. Lo leo. Lo cierro.

Vuelvo a mirar hacia fuera. Nerea ya no está.

«Mejor».

—Estás insoportable.

Levanto la vista. Lucas ocupa la butaca frente a mi mesa con una carpeta apoyada sobre una pierna.

—Buenos días a ti también.

—Llevo aquí diez minutos. No me has escuchado.

—Sí lo he hecho.

—¿Qué acabo de decir?

Silencio.

Lucas sonríe.

—Eso pensaba. —Deja la carpeta sobre la mesa y me mira fijamente—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Estupendo. Siguiendo pregunta. ¿Qué le pasa a Nerea?

Cojo la carpeta.

—¿Qué tiene que pasarle?

—No sé. Por eso pregunto. Desde que volvimos del viaje parece que estéis participando en un concurso para ver quién consigue estar más lejos del otro dentro del mismo edificio.

—Estás imaginando cosas.

—El martes entraste en la sala de café y ella salió por la otra puerta.

—Tendría algo que hacer.

—Se dejó el café dentro.

No respondo.

—Y tú te quedaste mirándolo como si te hubiera abandonado un cachorro —añade.

—¿Has venido a trabajar o a tocarme los cojones? —mascullo.

—Normalmente puedo hacer las dos cosas a la vez.

Abro la carpeta.

—El Consejo es a las once —me recuerda.

—Lo sé.

—Pues céntrate en eso.

Lucas me observa. Sé perfectamente qué está haciendo. Esperar a que hable. Puede esperar sentado.

—Pasó algo en el hotel —insiste. Y no es una pregunta.

—Lucas.

—Vale. —Levanta las manos—. Está claro, no quieres contármelo.

—Correcto.

—Lo respeto.

Lo miro.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora mismo. Estoy creciendo como persona.

—Me alegro.

—Aunque, si dentro de dos semanas seguís haciendo coreografías para no coincidir en los ascensores, volveré a preguntar.

—Fuera.

Se ríe.

No llega a levantarse, cuando llaman a la puerta.

—Adelante.

Se abre. Es ella.

«Ahora también llama antes de entrar».

Se detiene al ver a Lucas. Por un instante parece plantearse la posibilidad real de salir otra vez.

No lo hace.

—Perdón. Martina me ha dicho que necesitabas los informes de la convención.

Señala la carpeta que lleva.

—Sí.

Se acerca. La deja delante de mí.

—Aquí están.

—Gracias.

—De nada.

Al instante un silencio incómodo.

Lucas mira a Nerea. Después a mí. Y otra vez a ella.

«Como abras la boca, te mato».

—Bueno —dice levantándose—, creo que voy a...

—Tú te quedas.

Se vuelve a sentar.

Nerea mantiene la expresión seria. Demasiado.

—¿Necesitas algo más, señor León?

Ahí está. Otra vez el maldito «señor León».

Antes del hotel lo utilizaba para tocarme los cojones. Ahora lo utiliza para poner kilómetros entre nosotros.

—No —respondo seco.

—Perfecto.

Se da la vuelta. Pero en cuanto veo que se aleja la llamo.

—Nerea.

Se detiene.

No debería haberlo hecho. No tengo nada que decirle.

Lucas me observa. Ella espera.

—El informe de incidencias de Valencia —me invento.

—¿Qué pasa con él?

—Está bien hecho.

«Estoy que me salgo».

Sus ojos se clavan en los míos.

—Gracias.

Asiente. Sale y la puerta se cierra.

Lucas tarda exactamente una décima de segundo en intervenir.

—Madre mía.

—Ni una palabra —lo paro.

—No iba a decir nada.

—Estás a punto.

—Solo iba a preguntarte si quieres que llame a Mantenimiento para que rebajen la tensión de esta planta antes de que exploten los fluorescentes.

—Lucas.

—Consejo. Once. Centrado. Entendido.

Esta vez sí se marcha.

Me quedo mirando la puerta.

Esto es lo que quería. Profesionalidad.

Entonces... ¿por qué cojones resulta tan incómodo conseguirlo?

A las once en punto Ramón deja una carpeta sobre la mesa del Consejo. No la abre. Tampoco necesita hacerlo. Todos sabemos lo que contiene. La maldita operación. Otra vez.

—Creo que hemos dado margen suficiente —empieza.

No ha esperado ni a que termine el secretario de leer el orden del día.

—Ese punto es el cuarto —le recuerdo.

—Precisamente por eso. No veo necesidad de perder una hora con asuntos menores cuando tenemos una decisión de esta magnitud pendiente desde hace semanas.

Uno de los consejeros intercambia una mirada con otro.

Lucas, sentado a mi derecha, no se mueve.

—Seguiremos el orden del día —respondo.

Ramón sonríe.

—Por supuesto.

Y espera. Eso es lo que más me preocupa. No protesta. No insiste. Se limita a sentarse y esperar durante cuarenta y siete minutos hasta que llegamos al cuarto punto.

Entonces abre la carpeta.

—Ahora sí.

Proyectan las cifras en la pantalla. Las conozco de memoria. Rentabilidad prevista. Costes. Amortización. Proyecciones a cinco años... Todo impecable. Demasiado.

—Mi posición no ha cambiado —anuncio—. La operación sigue en revisión.

Ramón junta las manos sobre la mesa.

—¿Por qué?

—Ya lo expliqué en la última reunión.

—Dijiste que necesitabas más tiempo.

—Y lo sigo necesitando.

—Han pasado varias semanas.

—Lo sé.

—Entonces supongo que tendrás algo nuevo.

Silencio.

Ahí está. La trampa. Si digo que sí, querrá saber qué. Si digo que no, me convierte en un CEO que paraliza una operación millonaria por intuición.

—La revisión continúa —respondo.

Ramón asiente despacio.

—Entiendo.

Miente. Está disfrutándolo.

—Lo que no termino de comprender —prosigue— es qué estamos revisando exactamente.

—Todos los aspectos de la operación.

—Eso no significa nada, Elías.

Varias miradas se levantan. Ya no habla conmigo. Habla para ellos.

—Tenemos informes favorables de Finanzas, Legal y Riesgos —expone para inclinar la balanza a su favor—. Las previsiones son

excelentes. Ferrer lleva meses trabajando en la operación y el proveedor está dispuesto a asumir unas condiciones especialmente beneficiosas para nosotros.

«Ese es precisamente el problema».

—Y, aun así —continúa—, tú sigues negándote a autorizarla.

—No me niego. La estoy revisando.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El necesario.

Ramón se recuesta.

—Una empresa de este tamaño no puede funcionar basándose en las sensaciones de una sola persona.

Lucas se mueve ligeramente a mi lado.

—No tomo decisiones basándome en sensaciones —le rebato.

—Entonces dínos en qué te basas.

De nuevo silencio.

Ramón me sostiene la mirada. Ferrer está tres asientos más allá. No sonrío. Eso me interesa más que cualquier otra cosa que haya ocurrido desde que empezó la reunión.

—Cuando tenga algo que comunicar al Consejo, lo haré —aseguro.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, la operación queda paralizada.

Ramón niega despacio.

—No sé cuánto tiempo más podremos justificarlo ante los accionistas.

—No tienes que justificar mis decisiones.

Su expresión cambia. Muy poco. Lo suficiente.

—No —responde—. Supongo que no.

Uno de los consejeros interviene.

—Quizá podamos establecer un plazo.

Ramón gira la cabeza hacia él. Es exactamente lo que quería.

—Me parece razonable.

—¿Qué plazo? —pregunta otro.

La conversación empieza a moverse alrededor de la mesa. Una semana. Dos. Un mes...

Los observo. Ramón ya no necesita hablar. Ha conseguido lo que buscaba. Convertir mi decisión en un problema del Consejo.

Finalmente acordamos dos semanas. Catorce días. Si en ese tiempo no presento una objeción fundamentada, la operación volverá a someterse a votación. Y algo me dice que el resultado no será el que yo espero.

Ramón cierra la carpeta.

—Perfecto. —Me mira—. Así todos tendremos las mismas oportunidades de trabajar con certezas.

«Cabron».

La reunión termina veinte minutos después.

Ferrer es uno de los primeros en salir.

Ramón se queda hablando con dos consejeros. No necesito escuchar la conversación. Ya sé de qué va.

—Dos semanas.

Lucas cierra la puerta de mi despacho cuando entramos.

—Lo he oído —respondo seco.

—Te ha puesto una fecha de caducidad.

—También lo he oído.

—Y Ferrer estaba demasiado tranquilo.

Saco del cajón la documentación que llevo reuniendo. Contratos. Movimientos. Sociedades. Facturas. El informe de Valencia.

—Porque creen que no tengo nada.

—¿Lo tienes?

Miro los documentos.

—Tengo piezas.

—No es lo que he preguntado.

—No —confieso.

Lucas se pasa una mano por la nuca.

—Entonces tenemos un problema.

—Aún tenemos catorce días —le recuerdo.

Uno de los dos debe ser optimista, o al menos aparentarlo.

Empiezo a revisar los documentos.

—Quiero que Héctor amplíe la investigación —aseguro.

—¿Hasta dónde?

—Todo.

Lucas frunce el ceño.

—Define todo.

—Relaciones empresariales de Ferrer. Sociedades vinculadas. Proveedores. Movimientos que pueda consultar legalmente. Reuniones fuera de agenda. Quiero saber con quién habla, con quién hace negocios y qué conexión tiene con Ramón.

—Eso puede levantar ruido.

—Que no lo levante.

—Elías.

Levanto la vista.

—Lucas, si tengo razón, están intentando colarnos una operación manipulada delante de todo el Consejo.

—Lo sé. Llevas demasiado tiempo con esto, pero... ¿Y si no la tienes?

—Entonces dentro de catorce días firmaré y Ramón tendrá el placer de recordarme esto durante los próximos diez años.

Lucas guarda silencio.

—Hazlo. Hay que desenmascarar a ese tío y a su puto socio, sea como sea. Acabemos con esto.

Asiente. Sé que cuento con su apoyo.

Sale y yo me quedo solo con las carpetas.

«Catorce días», me recuerdo.

Abro el primer contrato. Empiezo desde el principio.

A las siete y veinte levanto la vista de la pantalla.

La planta está casi vacía. Martina ya se ha marchado. Lucas también.

Nerea sigue en su mesa.

No sé qué está haciendo. No debería importarme.

Baja la tapa de una carpeta. Coge el bolso. Entonces levanta la cabeza.

Nuestros ojos se encuentran a través del cristal. Esta vez no aparta la mirada. Yo tampoco.

Dura un segundo. Quizá dos.

Después se marcha. Sin sonrisa, ni pulla. Sin despedida.

Las puertas del ascensor se cierran detrás de ella.

Yo vuelvo a mirar el contrato. Catorce días para encontrar algo que llevo más de un año buscando.

Y mañana volveré a tenerla sentada a menos de siete metros fingiendo que aquel pasillo de hotel nunca existió.

Cojo el teléfono. Marco el número de Héctor.

—Necesito que empecemos esta noche.

Esta vez no pienso esperar a que el problema venga a buscarme.

Capítulo 13

Nerea

Llevo una semana evitando a Elías con la disciplina de una atleta olímpica.

No es fácil. El muy cabrón trabaja a pocos metros de mi mesa.

He desarrollado técnicas que deberían convalidarme como espía: sé cuánto tarda desde su despacho hasta la sala de reuniones, qué ascensor utiliza cuando baja solo y hasta qué cara pone antes de salir a por café.

Esto último no es porque me fije en él. Es supervivencia laboral. Y punto.

Así que cuando Martina me informa de que esta tarde hay copas en la sala de reuniones grande para celebrar que Contabilidad ha cerrado el trimestre con beneficios y sin ningún muerto, mi respuesta es inmediata.

—Ni de coña.

—Nerea... Va toda la planta —insiste.

—Precisamente.

—Llevas días huyendo de cualquier sitio donde pueda estar Elías.

Levanto la cabeza.

—No huyo.

—Hasta has bajado diez plantas por las escaleras para no coincidir con él.

—Cardio —justifico.

—Llevabas tacones.

—Cardio extremo.

Martina pone los ojos en blanco.

—Venga, solo media hora.

—Quince minutos.

—Cuarenta y cinco.
—No sabes negociar.
—Y tú no sabes esconderte. Treinta.
Resoplo.
—Te odio.
—A las siete.

Y se larga antes de que pueda inventarme una enfermedad contagiosa creíble.

A las siete y cinco estoy en la sala de reuniones con una copa en la mano y preguntándome por qué coño sigo dejándome convencer por la gente.

Hay bandejas de canapés diminutos, música que nadie escucha y grupos de personas hablando de trabajo como si no hubieran pasado ya diez horas hablando exactamente de lo mismo.

Localizo a Elías casi al instante. Está al otro lado de la sala, junto a dos consejeros.

No me ha visto. O finge no haberlo hecho. A estas alturas, cualquiera de las dos posibilidades me molesta.

—Deja de mirar.
Me giro hacia Martina.
—No estaba mirando.
—Claro.
—Estaba comprobando las salidas de emergencia.
—¿Cuentan las ventanas?
—También sirve.

Martina sonríe.

Le doy un trago a la copa. Necesito amigos menos observadores.

Por suerte, alguien la llama desde otro grupo y me quedo sola unos segundos.

Hasta que aparece Lucas.
—Hombre, mi empleada favorita.
—No soy tu empleada —defiendo.
—Por eso eres mi favorita.

Lleva una copa en la mano y esa sonrisa suya que siempre parece estar a medio segundo de meterse en problemas.

—¿Dónde está Claudia? —le pregunto.

Llevo aquí un rato y todavía no la he visto.

—Hablando con Recursos Humanos.

—Ella es Recursos Humanos —recalco.

—Por eso. Habla consigo misma. Es una mujer muy completa.

Me río. No quiero. Pero lo hago.

Lucas se coloca a mi lado y señala mi copa.

—¿Primera?

—Sí.

—Entonces todavía puedes escapar.

—Ese era mi plan hasta que Martina me chantajeó emocionalmente.

—Buena chica.

—No digas eso delante de ella o se vendrá arriba.

Un par de personas de Comercial se acercan y Lucas se queda charlando con ellos. Yo participo lo justo, principalmente porque uno de los tipos lleva diez minutos contando una historia sobre una presentación en Barcelona que aparentemente debería hacernos mucha gracia. No la tiene.

Hasta que alguien menciona el coche eléctrico de empresa.

—Por cierto —comenta uno—, ¿qué pasó al final con el coche rosa? Hace meses que no lo veo.

Lucas se ríe.

—¿Ese no era el que condujo León? —se mofa otro.

—Una semana entera —aclara Lucas.

—¿Por qué?

Lucas me mira. Solo un instante. Después sonrío.

—Pregúntaselo a Nerea. Ella fue la responsable.

—No sé de qué hablas —contesto.

Se ríen. Yo también, un poco, porque sigue siendo gracioso.

—Por cierto, Nerea —dice otro—, ¿qué tal el viaje? Dicen que la convención fue un aburrimiento.

—Estuvo bien.

—¿Solo bien?

Miro hacia el otro lado de la sala. Elías sigue con los consejeros.

—Estuvo bien —repito, y esta vez la voz no me sale tan firme.

El coche rosa. La apuesta. El viaje. El beso en el pasillo. Y el momento en que se apartó de mí y me dejó claro que había sido un error.

Todo empieza a darme vueltas de una manera que no me gusta nada.

Dejo la copa sobre la mesa.

—Necesito aire.

Cruzo la sala. Elías me ve. Lo sé porque deja de escuchar al hombre que está hablando con él.

Nuestros ojos se encuentran. Aparto los míos. No llego a la puerta.

—Nerea.

Sigo andando.

—Ahora no.

Elías me alcanza en el pasillo.

—¿Qué ha pasado?

Me detengo.

Me giro. Y solo con verle la cara sé que he cometido un error al pararme.

—Dime por qué me subiste a planta —le suelto de golpe.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo has oído. ¿Por qué no me dejaste abajo en Atención al Cliente?

Llevo tanta rabia acumulada dentro que sé que voy a vomitarla.

—Te vi trabajar.

—Mientes.

—No. No lo hago. Bajé porque quería saber quién eras, sí. Pero te observé y vi algo en ti.

—Sí. Que era la candidata ideal con la que jugar y burlarte, ¿no es eso?

—Yo jamás...

—Déjalo. No te esfuerces.

—Solo quería averiguar que estaba en lo cierto. Que lo que vi...

—¿Y qué querías averiguar? —mascullo—. ¿Cuánto tardaba en meter la pata? ¿Si era igual de problemática en persona? ¿O cuánto tardarías en utilizarme y en tratarme como a un trapo?

No responde. Esta vez no porque no tenga respuesta. Porque la tengo yo. Se la veo en la cara.

—Joder. —Doy un paso atrás—. Eso era.

—Nerea, escúchame.

—Ya lo hice aquella noche y aún lo recuerdo, puedo asegurártelo.

Elías da un paso y se queda a escasos centímetros de mi cuerpo.

—Esa noche no fue planeada.

—Me besaste.

—Te besé porque lo sentí.

Quiero creerle. Ese es el problema. Que quiero.

—Y después me dijiste que no podíamos, que trabajo para ti, y desde entonces actúas como si el pasillo del hotel nunca hubiera existido.

Su mirada contrarresta los hechos. Y eso me duele aún más.

—Hice lo correcto.

—Lo correcto para ti —siseo—. Yo lo único que sé es que un momento estabas ahí, conmigo, y al siguiente eras otra vez el señor León apartándose como si no quemara, como si no fuera nada.

—No podía dejar que...

—Que ¿qué? ¿Que pasara algo real entre los dos porque firmas mi nómina? Qué conveniente.

—No es conveniente. Es lo correcto.

—Deja de decir eso. «Lo correcto» es la excusa que usan los cobardes cuando no quieren admitir que tienen miedo.

Aprieta la mandíbula.

Pero ya no me importa.

Durante semanas he presumido de saber cuándo alguien no es de fiar. Y, sin embargo, con él he fallado de pleno.

Fui una idiota. Eso es todo. Y me culpo por ello cada puto segundo que piso el mismo suelo que él.

—Necesito irme.

Esta vez no intenta detenerme.

Entro en el ascensor. Las puertas empiezan a cerrarse y durante un segundo lo veo ahí fuera, quieto, mirándome.

No parece enfadado. Parece jodido.

Bien. Que se joda.

Yo también lo estoy.

Cambio de canal en la tele sin parar con el mando. No hay nada que me guste. Y aún menos algo que me entretenga lo suficiente para no pensar en mi maldito jefe.

Son cerca de las diez de la noche cuando Claudia aparece por la puerta. Cuelga su bolso en la percha de la entrada y viene directa hacia mí.

—¿Estás bien?

Levanto una ceja.

—¿Tú qué crees?

—Lucas dice que has salido de la fiesta como si el edificio estuviera en llamas.

—Sí, el humo era asfixiante allí dentro —me burlo sin ganas.

—Si te sirve de consuelo, Elías ha pasado el resto de la noche con cara de haber pisado un cable pelado.

—Qué descriptivo.

—Soy buena en mi trabajo.

Su cara cambia cuando se sienta a mi lado.

—¿Ha sido por el beso?

Se lo conté la misma noche que volvimos del viaje, entre dos copas de vino y bastante vergüenza ajena por mi parte.

—No soporto verlo, Claudia. Y aún menos que defienda que lo que hizo era «lo correcto».

—Joder. ¿Te lo ha vuelto a decir?

Asiento. Reconocerlo duele tanto como verbalizarlo.

Claudia se queda callada un momento, con ese tipo de silencio que alguien usa para pensar antes de hablar.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que «lo correcto» es la excusa que usan los cobardes.

Se le escapa una risa corta.

—Eso ha estado bien.

—Lo sé.

—¿Te ha respondido algo?

—No he esperado a que lo hiciera.

Claudia apoya la cabeza en el respaldo del sofá y me mira de lado.

—¿Estás mal?

Lo pienso de verdad antes de contestar.

—Estoy cabreada. Que no es lo mismo, aunque hoy se le parezca bastante.

—Puedo quedarme aquí sentada sin decir nada si eso ayuda.

—Ayuda.

Se queda.

Durante un rato ninguna dice nada más, y es exactamente lo que necesito.

Capítulo 14

Nerea

No consigo dormir.

Estoy tumbada boca arriba, mirando el techo de la habitación y preguntándome cuánto tiempo necesita una persona adulta para dejar de reproducir un beso en bucle antes de que se considere patológico. Llevo cuarenta minutos, así que todavía debo de estar dentro de los márgenes de la normalidad.

El problema no es el beso.

Bueno, sí. El beso es parte del problema. Una parte bastante importante, teniendo en cuenta que mi cuerpo parece haber decidido conservar una copia de seguridad con todos los detalles por si mi cerebro intenta borrarlos.

«Esto no... No podemos». Me giro hacia la pared.

«Trabajas para mí». Me tapo hasta la barbilla.

«Es lo correcto». Aparto la sábana de una patada.

—Tus principios y tú os podéis ir a tomar por culo.

—¿Estás hablando sola?

La voz de Claudia llega desde el pasillo y cierro los ojos.

—No.

—Acabo de oírte.

—Pues entonces ¿para qué preguntas?

Su cabeza aparece por la puerta. Lleva el pelo recogido en lo alto, una camiseta enorme y esa expresión de quien sabe perfectamente qué me pasa, pero ha decidido concederme la dignidad de no mencionarlo cada treinta segundos.

—¿Sigues dándole vueltas?

—Estoy durmiendo —gruño.

—Con los ojos abiertos y mandando a alguien a tomar por culo.

—Tengo un sueño muy activo.

Claudia se adelanta y se apoya en el marco.

—Nerea, no puedes pasarte la noche cabreada porque un hombre haya hecho exactamente lo que sabías que podía hacer.

Me incorporo sobre los codos.

—¿Perdona?

—Es tu jefe.

—Ya lo era antes de besarme.

—No digo que tenga razón.

—Menos mal.

—Digo que la situación es complicada.

—Pues que hubiera pensado en la complejidad antes de meterme la lengua en la boca.

Claudia aprieta los labios.

—No te rías —bufo.

—No me río.

—Te estás riendo por dentro.

—Un poco.

Le lanzo la almohada. La esquivo porque, además de traidora, tiene buenos reflejos.

—No estoy enfadada porque haya parado —aclaro, mientras me incorporo—. Estoy enfadada porque decidió él solo lo que tenía que pasar después. Me besa, se aparta y, hala, asunto resuelto. El señor CEO ha deliberado consigo mismo y el Consejo de Administración de sus huevos ha aprobado que aquí no ha pasado nada.

Esta vez Claudia sí se ríe.

—Ese Consejo no quiero conocerlo.

—Yo tampoco, gracias. Ya tuve bastante contacto visual en la furgoneta con la *Directiva*.

—Dios —se queja, poniendo cara de asco al recordar la anécdota.

—Te lo has buscado.

Se marcha negando con la cabeza y yo vuelvo a tumbarme cruzada sobre la cama. Aguanto dos minutos más antes de aceptar que no voy a dormir, ni aunque alguien me dé con una sartén.

Me pongo unas chanclas y lo primero que pillo. Después cojo el móvil y salgo al pasillo.

—Voy a dar una vuelta.

Claudia vuelve a asomarse.

—¿Ahora?

—Necesito aire.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, quiero caminar un rato y dejar de pensar.

—Eso último no va a pasar.

—Gracias por el apoyo.

Me señala el teléfono.

—Batería.

Lo miro y le respondo.

—Ochenta y cuatro por ciento.

—Ubicación.

—Activada.

—Llaves.

—En la entrada. Las cojo ahora. ¿Algo más, mamá?

—Sí. Si te encuentras con Elías, recuerda que ocultar un cadáver requiere planificación.

—¿Ves? Por eso eres mi mejor amiga.

—Soy de Recursos Humanos. La gestión de crisis forma parte de mis competencias.

Salgo antes de que consiga hacerme reír más de la cuenta.

La calle está bastante tranquila. Camino sin rumbo fijo, con el móvil en la mano y la cabeza mucho menos vacía de lo que pretendía. Cada tres pasos encuentro un argumento nuevo para una conversación con Elías que no voy a tener, y en la que siempre gano yo. Es una mierda discutir con alguien cuando no está delante.

Termino en la plaza que hay a un par de calles de casa. A estas horas quedan cuatro personas desperdigadas, una pareja terminando algo en una terraza y un señor paseando a un perro diminuto que avanza con la expresión de quien tiene una hipoteca a treinta años.

Me siento en un banco y estiro las piernas.

«Lo correcto».

No estoy enfadada porque no quiera estar conmigo. Lo estoy porque sí quiere. Eso es lo peor.

Saco el móvil.

Abro una red social. La cierro. Vuelvo a abrirla. Nada de lo que veo me llama la atención lo suficiente para retenerme y no seguir pasando.

El algoritmo es un cabrón y me muestra vídeos de parejas mega enamoradas. Algunas viajando. Otras el puñetero día de su boda, felices y comiendo perdices.

Le doy con toda mi mala leche a la pantalla para pasar el último vídeo de un tío arrodillándose en plena orilla de la playa, de noche, frente a su futura esposa.

—Dile que no y que se joda.

Bloqueo el móvil y veo mi cara reflejada en la pantalla. Parezco una tía que acaba de perder una discusión con un hombre que ni siquiera está presente.

Estoy tan furiosa que necesito desahogarme, o acabaré cargándome al tío de la hipoteca para quedarme con su perro.

Desbloqueo, entro en mi perfil de TikTok y pulso grabar.

—Tengo una pregunta para la ciencia: ¿Por qué algunos hombres descubren sus principios justo después de hacer exactamente lo que les da la gana?

Me quedo mirándome un segundo. Llevo unas pintas de mierda, pero no me importa.

—¿Puede alguien explicarme por qué no aparecen antes? —continúo grabándome—. Tú puedes llevar semanas viendo venir una hostia emocional desde Cuenca y ellos tan tranquilos. Te miran. Se acercan. Hacen cosas que no deberían hacer y que, por desgracia, hacen bastante bien... —me aclaro la garganta—. Y entonces, cuando ya te han dejado el cerebro como una batidora, aparecen los principios.

Levanto una mano con solemnidad.

—«Esto no puede ser». «Es lo correcto». «Es mejor así».

Pongo voz grave para la última frase y tengo que contener la risa.

—¿Mejor para quién, Manolo? Esa es mi duda. Porque nadie pregunta. El principio moral masculino debe de venir con una cláusula que impide consultar a la otra persona implicada.

Me acomodo mejor en el banco. Ahora que he empezado, noto cómo el cabreo va saliendo, y resulta reconfortante, y bastante más barato que la terapia.

—Y no hablo solo de esto —prosigo—. Es una epidemia. Está el que decide que no quiere una relación después de comportarse durante tres meses como si estuviera casado contigo. El que desaparece porque «necesita encontrarse a sí mismo», como si se hubiera perdido detrás del sofá. El que hace una apuesta idiota y termina conduciendo un coche ridículo porque la vida, a veces, sí imparte justicia.

Sonrío. Aunque me dura poco.

—Lo que me toca las narices es esa manía de decidir por nosotras. «Lo hago por tu bien». Mira, no. Hazlo por el tuyo si quieres. Sé cobarde, sé prudente, ten miedo, métete debajo de una mesa... lo que necesites. Pero no me vendas que has elegido por mí porque así me proteges. Tengo treinta tacos. Puedo tomar mis propias y malas decisiones, gracias.

Me quedo callada. Eso ha salido más serio de lo previsto.

Miro la pantalla y durante un segundo pienso en borrarlo todo. Luego recuerdo el pasillo del hotel, la boca de Elías sobre la mía y su manera de cerrarse después como si yo fuera un expediente que acabara de declarar confidencial.

Se me pasa.

—En resumen: si vais a descubrir vuestra conciencia, intentad hacerlo antes de besar a alguien. Es educación básica y ahorra bastante mala leche.

Me acerco un poco a la cámara.

—Buenas noches. Voy a seguir tomando decisiones cuestionables por mí misma.

Detengo la grabación.

La miniatura se queda delante de mí.

Debería verlo. Sé que debería verlo. Una persona sensata revisaría lo que acaba de grabar cabreada a medianoche antes de ponerlo en internet.

Escribo: «Los principios siempre llegan tarde».

Y pulso publicar.

A la mañana siguiente descubro que la coherencia está sobrevalorada.

La primera señal aparece en el ascensor. Entro con cuatro personas de la empresa y una conversación sobre no sé qué presupuesto muere con tanta precisión que hasta miro detrás de mí por si ha entrado alguien importante.

—Buenos días.

Recibo cuatro respuestas y cero contacto visual.

«Qué gente más rara».

Cuando llego a mi mesa, Martina está esperándome con el móvil en la mano y una expresión que no me gusta nada.

—Antes de que digas nada —empieza—, quiero que sepas que yo no lo compartí.

Dejo el bolso muy despacio.

—¿Qué no compartiste?

—Ah. Entonces todavía no lo sabes.

—¿Saber qué?

Me enseña la pantalla.

Mi propia cara ocupa casi todo el vídeo. Estoy congelada en mitad de una frase, con un dedo levantado y expresión de estar a punto de fundar una asociación contra los hombres con principios tardíos.

Debajo hay una cifra.

Parpadeo.

—Eso no puede ser.

—Sí puede.

—¿Doscientas treinta y ocho mil?

—Ahora alguna más.

Saco mi móvil.

Tengo tantas notificaciones que durante unos segundos no sé ni dónde mirar. Compartidos, comentarios, mensajes privados, gente que no conozco etiquetando a otra gente que tampoco conozco.

«Me cago en la Virgen de la Tostadora, del microondas y de la batidora que tiré a la basura porque me dejó tirada en medio de un alioli».

—Se ha compartido en un grupo de la empresa —me informa Martina—. De ahí ha saltado a otros.

Levanto la cabeza.

—¿Qué grupo?

—No importa.

—Importa muchísimo —discrepo.

—Vale, varios. Muchos.

Cierro los ojos.

—Voy a dimitir.

—No seas dramática.

—Pues voy a fingir mi muerte.

—Eso sí es más razonable —se mofa.

Abro los comentarios y me arrepiento antes de llegar al quinto.

La mitad intenta averiguar quién es el hombre del vídeo. Comercial lidera las apuestas, seguido de alguien casado y, por razones que no comprendo, un futbolista. Hay quien asegura que la frase de los principios solo puede haberla pronunciado un abogado.

No saben nada. Y, aun así, cada vez que alguien pasa junto a mi mesa, siento que lleva un cartel luminoso en la frente preguntando: «¿Es Elías?».

A media mañana voy a por café y dos chicos de Finanzas dejan de hablar al verme. Uno de ellos, que debe de tener menos instinto de supervivencia que una polilla delante de una bombilla, sonrío.

—Buen vídeo.

—Gracias —respondo como si no me importara.

—¿Vas a decir quién es?

Cojo mi café.

—Claro. —Los dos esperan—. En mi testamento.

Salgo antes de escuchar la respuesta.

Y entonces me encuentro con Elías.

Viene en dirección contraria, hablando con alguien de Legal. Me ve. Pierde durante medio segundo el hilo de lo que estaba diciendo y lo recupera tan rápido que quizá nadie más lo note.

Yo sí.

Nos detenemos al cruzarnos.

—Buenos días —saluda.

—Buenos días, señor León.

Su mandíbula se tensa. Pequeñísima victoria.

Sigo andando sin mirar atrás.

No pienso preguntarle si ha visto el vídeo. Tampoco hace falta.

Diez minutos después Lucas aparece en la planta, me mira, se muerde el interior de la mejilla y entra en el despacho de Elías con una velocidad sospechosa.

Gilipollas.

Los dos.

Por la noche estoy decidida a no volver a ver el vídeo nunca más.

Claudia tiene otros planes.

—Cinco minutos —negocia, sentándose a mi lado con el portátil y una botella de vino—. Solo quiero enseñarte los mejores comentarios.

—No.

—Hay uno que dice que eres una *influencer* infiltrada en una eléctrica.

—No.

—Otro asegura que el hombre es un futbolista.

—Ese ya lo he visto.

—¿Y no quieres saber por qué?

La miro.

—Un poco.

—Sabía que entrarías en razón.

Acabamos viendo el resto de comentarios. Por supuesto. Hay uno que asegura que el problema de las mujeres actuales es que esperamos demasiado de los hombres y Claudia tiene que quitarme el portátil porque intento responderle. Otro dice que el tipo del vídeo seguro que está enamorado de mí.

Ese no me hace tanta gracia.

—Voy a por patatas.

—Están en la mesa y ni las has tocado.

—Entonces voy a por más vino.

Me levanto y voy a la cocina. Estoy abriendo la botella cuando me doy cuenta de que Claudia lleva demasiado tiempo callada.

—¿Has encontrado otro filósofo? —le pregunto voz en grito.

Nada.

Saco la cabeza y la veo inclinada hacia la pantalla, pero esta vez del móvil.

—*Claudia*.

No responde.

Regreso al sofá con la botella y el corcho en la otra mano.

—¿Qué pasa?

—Espera.

Retrocede el vídeo unos segundos, lo reproduce y vuelve a pararlo. Después acerca dos dedos a la pantalla y amplía una zona del fondo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué haces?

—¿Dónde grabaste esto?

—¿El vídeo?

Me mira.

—No, Nerea, el documental de La 2 que estamos viendo.

—En la plaza de al lado. ¿Por qué?

—¿La de la fuente?

—Sí.

Vuelve a mirar la pantalla.

—Ven.

Me siento a su lado.

Durante unos segundos solo veo mi cabeza ocupando medio plano, el banco y parte de la plaza detrás. Ella amplía más y señala la esquina derecha de la imagen, la que tapan los botones de la aplicación.

Hay un coche oscuro aparcado junto a la acera. Cerca, dos hombres.

—¿Qué?

—Lo he visto mil veces y no me había dado cuenta. Hasta ahora. Mira al de la izquierda.

Entrecierro los ojos.

La imagen pierde calidad al ampliarla, aunque todavía se distingue la silueta, el traje y parte del perfil.

—Es Ramón —me indica.

—¡No jodas que me escuchó soltando lo más grande!

—No seas idiota. Lo importante es qué hacía ahí.

Reproduce el fragmento otra vez. En esta ocasión me centro en lo que ocurre detrás.

Ramón aparece durante unos segundos. El otro hombre está frente a él, junto al coche. No se le distingue bien la cara. Entre los dos hay algo rectangular que uno sostiene y el otro recibe.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Parece una carpeta.

—Puede ser cualquier cosa.

—Puede.

Claudia no suena convencida.

Yo tampoco.

Me inclino más hacia el móvil. Es absurdo pensar que eso lleva ahí desde anoche y que nadie lo hubiera visto antes.

—¿Crees que estaría haciendo algo turbio?

Claudia niega despacio.

—No lo sé.

Intenta ampliar al otro hombre. La imagen se rompe en cuadrados y colores que no sirven para nada.

—¿Lo conoces?

—No. Pero, déjame comprobar... ¡Joder!

—¿Qué pasa?

—La carpeta. No estoy segura, pero... esos colores son de...

—¿Te importaría terminar alguna frase?

Claudia se queda unos segundos quieta. Después sale de la aplicación.

—¿Qué haces?

—Llamar a Lucas.

—¿Por qué?

—Porque si estoy en lo cierto, acabas de salvar la empresa.

Se levanta y yo me quedo congelada.

«¿Salvar la empresa? Pero si he puesto a parir al puto CEO».

—Lucas —dice Claudia a mi lado cuando él responde—. Necesito que veas una cosa.

Se aleja hacia la cocina mientras empieza a explicarle dónde estamos y qué ha visto.

Yo vuelvo la vista al portátil.

Mi cara sigue en primer plano, congelada en mitad de una queja sobre hombres incapaces de preguntar antes de decidir por los demás. Hasta hace un minuto, eso era lo único importante de ese vídeo.

Reproduzco el fragmento una vez más. Y otra. La tercera ya ni siquiera me escucho.

Solo miro a Ramón, al desconocido y a esa carpeta que cambia de manos detrás de mí mientras yo despotrico sobre un beso.

Todos en la empresa lleva un día intentando averiguar quién es el hombre del que hablo.

Y, sin embargo, yo acabo de empezar a preguntarme si no habré metido la pata hasta al fondo.

Capítulo 15

Elías

Lucas me llama a las once y veintisiete de la noche.

No saluda.

—Vístete.

—Estoy vestido.

—Pues ponte zapatos.

—Son las once y media.

—Gracias. También tengo reloj.

—Si es para salir, olvídalo.

—Claudia acaba de llamarme. —Su tono cambia—. Ha encontrado algo en el vídeo de Nerea.

Aparto el portátil de las piernas y lo dejo a un lado del sofá.

«El maldito vídeo».

A primera hora de esta mañana ya había pasado por dos grupos internos de la empresa. A las diez, Martina cerró la puerta de mi despacho antes de decirme que quizá me interesaba saber que «había un vídeo circulando». A las diez y tres estaba viéndolo.

Una vez.

Después otra.

Sé exactamente de qué hombre habla Nerea. Sé exactamente qué beso describe. Y sé que cuando dice que algunos hombres descubren sus principios justo después de hacer lo que les da la gana, el gilipollas de los principios soy yo.

—Lucas, en serio, no me apetece hablar de esto ahora.

—¿Quieres confiar en mí por una puta vez? —se queja—. Claudia dice que Ramón sale en el vídeo y que lo ha reconocido.

Me incorporo.

—No sé qué intentas decirme.

—Paso a recogerte en cinco minutos.
—Puedo conducir.
—También puedes matar a alguien si vas pensando en Ramón y en que Nerea te ha puesto a parir en TikTok.
Aprieto la mandíbula.
—No me ha puesto a parir.
Silencio.
—Vale —responde al fin—. Entonces la parte de los principios era sobre otro hombre al que ha besado esta semana.
«Mierda».
—Cinco minutos.
—Eso pensaba.
Cuelga.
Cabrón.

Durante el trayecto hablamos de Ramón. Claudia ha enviado a Lucas una captura, pero apenas sirve para confirmar que hay dos hombres al fondo de la grabación. Uno podría ser Ramón. El otro podría ser cualquiera. Y la carpeta podría contener información confidencial o el menú de un restaurante.

No tenemos nada todavía.

Lo que sí tenemos es una investigación abierta sobre Ferrer, catorce días corriendo en nuestra contra y la posibilidad de que Nerea haya grabado por accidente algo que Héctor lleva días intentando encontrar de forma consciente.

—No pongas esa cara cuando lleguemos —dice Lucas.

Giro la cabeza.

—¿Qué cara?

—Esa.

—Concreta.

—La de «soy Elías León, estoy cabreado y voy a interrogar hasta a la lámpara».

—Vamos a ver un posible intercambio de documentación confidencial.

—En casa de Nerea. Y después de que hayas visto el vídeo.

—Lucas.

—Solo intento evitar una muerte.

—La tuya está cada vez más cerca.

Sonríe.

—¿Cuántas veces lo has visto? —me plantea.

Miro por la ventanilla.

—Una.

—Mentira.

—Dos.

—Hostia.

—La segunda para comprobar que no identificaba a la empresa.

—Qué alivio. Durante un momento pensé que lo habías visto dos veces porque te había dolido.

No respondo.

Lucas tarda unos segundos en volver a hablar.

—Te había dolido.

—Conduce.

—Estoy conduciendo.

—Pues hazlo en silencio.

—Esto se está poniendo precioso.

—Te juro que puedo abrir tu puerta en marcha.

—Control con bloqueo centralizado.

Lo odio.

Claudia abre antes de que toquemos el timbre.

Lleva una camiseta enorme, pantalón corto y el pelo recogido.

Lucas entra primero y le pone una mano en la cintura antes de besarla.

Ella le devuelve el beso.

Los dos tardan un segundo en acordarse de que estoy detrás.

Lucas se separa. Claudia me mira.

—Elías...

—Ya lo sé.

Silencio.

Lucas sonríe.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace bastante.

—¿Y no has dicho nada?

—Estaba disfrutando de vuestro patético intento de disimular.

Claudia cierra los ojos.

—Quiero morirme.

—No hace falta. Solo dejad de esconderos delante de mí. Sois adultos.

Lucas vuelve a ponerle la mano en la cintura.

—Qué liberación.

—No te emociones.

—Llevo semanas reprimido.

—Tú no has estado reprimido en tu vida —replica Claudia.

—Emocionalmente.

—Tampoco.

—¿Podemos centrarnos en Ramón? —intervengo.

—Sí —contesta Claudia.

—Claro —añade Lucas.

Paso junto a ellos y llego al salón.

La veo. Nerea está en el sofá, descalza, con las piernas recogidas, una copa de vino sobre la mesa y el móvil en la mano. Lleva un pantalón corto y una camiseta que parece haber sobrevivido a varias guerras domésticas. El pelo está sujeto en lo alto de la cabeza con un moño que desafía alguna ley física.

Nunca la he visto así. Fuera del trabajo. Fuera de un hotel. Fuera de cualquier sitio en el que yo tenga algún tipo de autoridad.

Ella levanta la cabeza. Me ve. Y se tensa al instante.

—No.

Ni hola. Ni buenas noches. Ni nada.

—Buenas noches, Gómez.

Mira a Lucas.

—¿Por qué lo has traído?

—También me alegro de verte —respondo.

—No hablaba contigo.

—Lo he notado.

—Pues estupendo —bufa—. Conservas la capacidad de interpretar señales. Pensaba que la habías perdido en un pasillo de hotel.

Claudia se gira. Lucas se mete las manos en los bolsillos. Los dos descubren de pronto un enorme interés por la decoración.

Aprieto los dientes.

—Estamos aquí por Ramón —aclaro.

—Ah. —Nerea deja el móvil sobre la mesa—. Menos mal. Por un momento pensé que habías venido a presentar una reclamación formal contra mis opiniones sobre los principios masculinos.

—Ya he visto el vídeo.

—Me imaginaba.

—Dos veces —interviene Lucas.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Qué? —se defiende—. La transparencia es importante en cualquier relación.

Claudia le da un codazo.

—Cállate.

—Gracias —murmuro.

Nerea cruza los brazos.

—Así que dos veces.

—La segunda tenía un motivo profesional —justifico.

—Claro.

—No identificas a la empresa.

—Qué detalle por mi parte.

—Ni a mí.

—Eso ya no fue por consideración.

Nos miramos.

Ahí está otra vez. El pasillo. Mi boca sobre la suya. Y mi brillante decisión posterior de explicarle por qué besarla había sido un error.

«Es lo correcto».

Después de verla repetir esas palabras en el vídeo, empiezo a odiarlas casi tanto como ella.

—¿Podemos verlo? —pregunto.

—¿Una tercera vez? Cuidado. Vas a acabar dándome audiencia.

—Nerea...

—Tranquilo, señor León. No pienso cobrarte.

—Pon el vídeo, Claudia —le pido, extendiéndole el iPad que llevo en la mano, del que no he sido consciente hasta ahora.

Lo coge, se acerca a la mesa redonda del salón y hace lo que le pido.

El resto nos unimos y nos sentamos con ella. Nerea todo lo lejos que puede de mí. Profesional. Correcta.

Me está empezando a dar asco esa palabra.

Claudia reproduce el archivo. Vuelve a aparecer Nerea en el banco.

—*Tengo una pregunta para la ciencia: ¿Por qué algunos hombres descubren sus principios justo después de hacer exactamente lo que les da la gana?*

Lucas me mira.

—Como vuelvas a hacerlo, te arranco los ojos.

—No he dicho nada.

—Tu cara sí —suelta Nerea.

—Mi cara está siendo neutral.

—Tu cara está disfrutando como una cerda.

Claudia suelta una carcajada.

—¿Podemos avanzar? —mascullo.

—¿Cómo? —Replica Nerea—. ¿No quieres escuchar la parte del principio moral masculino otra vez? Solo por motivos profesionales, claro —añade con sorna.

La miro.

Ella me sostiene la mirada.

«Joder».

—Ya la recuerdo —gruño.

—Me alegro.

—Aunque no me guste.

Algo cambia en su expresión. Solo un instante.

—Pues imagínate vivirla.

Esta vez no tengo réplica. Porque tiene razón.

Claudia adelanta el vídeo hasta el momento que nos interesa y el ambiente del salón cambia en cuanto congela la imagen.

—Ahí —señala.

Me inclino. Lucas también.

Al fondo de la plaza hay dos hombres junto a un coche. Claudia amplía. Ramón aparece de perfil.

—No hay duda. Es él —confirmo.

Claudia asiente.

—Estaba segura.

—¿Y el otro? —pregunta Lucas.

—No lo conozco.

Ella intenta acercar la imagen un poco más. Pierde definición.

—Déjame verlo.

Me extiende el iPad y me centro en la figura del tipo.

No puedo confirmarlo, pero si es quien creo, esto es mucho más serio de lo que imaginaba.

Avanzo el vídeo y llego a la parte donde se ve claramente cómo el tipo le entrega una carpeta a Ramón.

Congelo la imagen. Amplió todo lo que me permite la Tablet.

—Joder, este bicho sí que amplía —murmura Nerea.

Por eso lo he traído. Aunque no digo nada y sigo ampliando todo lo que el aparato da de sí.

De pronto la veo. Retrocedo el vídeo y avanzo fotograma a fotograma.

Hay letras. Pocas. Pero son los colores del logotipo los que evidencian mis sospechas.

—Es *Enerplus* —afirmo, mirando a Lucas.

Su gesto cambia.

—¿La competencia? —cuestiona Nerea.

Claudia asiente.

Lucas y yo no intervenimos. Sabemos de qué va todo esto y que es la oportunidad que estábamos esperando.

No necesito más.

Me levanto y saco el móvil del bolsillo.

Mientras me aparto para llamar a Héctor, escucho a Nerea preguntar y a Lucas explicándole lo que ocurre.

Tenemos el plazo del Consejo corriendo y ahora a Ramón en una plaza, fuera de la empresa, con el que podría ser el puto CEO de la competencia. Un *pieza* de cuidado que lleva años intentando hundirnos.

Héctor contesta al tercer tono.

—*Dime.*

—Te envió un vídeo. Céntrate en lo que ocurre al fondo. Quiero que analices las imágenes, que recojas capturas de cada fotograma y que cruces todo lo que hay ahí con la investigación de Ramón y Ferrer.

—*¿Qué has encontrado?*

Miro la pantalla.

—Enerplus.

Hay un silencio.

—*Joder. Envíamelo.*

—Ahora.

Cuelgo.

Lucas se ocupa de pasar el archivo original sin comprimir. Esta vez no hace ningún comentario. Claudia está a su lado y, cuando él termina, le aprieta el brazo en un gesto cariñoso.

Lo hace sin pensar.

Nerea los mira. No dice nada.

Yo tampoco.

—Nos vamos —ordeno de pronto.

—¿Nos? —me cuestiona Lucas.

—Tú has venido conmigo.

—Yo quizá tenía otros planes.

Claudia levanta una ceja.

—No los tenías.

—Podría desarrollarlos —se mofa él.

Pero su sonrisa se borra en cuanto lo miro.

Lucas se levanta.

Yo recojo el iPad y me dirijo a Nerea.

—Gracias por el vídeo.

—No lo hice por ti.

—Ya lo sé.

—De hecho, técnicamente lo hice contra ti.

—También lo sé.

—Bien.

Nos quedamos en silencio. Mirándonos.

Entiendo por qué está enfadada.

Quizá escucharla describir lo ocurrido desde fuera ha conseguido que mi famosa decisión correcta me parezca bastante menos correcta. Quizá llevo una semana queriendo volver a aquel pasillo y hacer exactamente lo contrario de lo que hice.

No digo nada de eso. Todavía no.

Ella me observa como esperando una explicación.

No la hay. No porque no exista. Sino porque, si empiezo esa conversación aquí, a medianoche, en su salón, después de pasar diez minutos mirando su boca mientras ella no se daba cuenta, no sé dónde termina.

—Buenas noches, Gómez.

Su expresión se endurece.

—Buenas noches, señor León.

Salgo antes de hacer algo estúpido.

Espero a Lucas en el rellano mientras él *felicita* a Claudia por haber descubierto lo del vídeo.

Aparece con las manos en los bolsillos y los labios algo sonrojados.

—¿Todo bien?

—Perfecto —gruño.

—Ah. Por eso tienes cara de querer arrancar una puerta.

Pulso el botón del ascensor.

—Hemos conseguido una pista —recalco.

—Sí.

—Héctor tiene por dónde seguir —aclaro.

—Sí.

—Entonces cállate.

Entramos.

Las puertas empiezan a cerrarse.

—Solo voy a decir una cosa

«Si no lo hace, revienta».

—No —le advierto.

—Es bastante bonito.

—Lucas —gruño.

—Llevas más de un año intentando pillar a Ramón y resulta que la primera pista decente te la consigue una mujer grabando un vídeo

para explicar públicamente que eres gilipollas.

Lo miro.

El cabrón sonríe.

Y lo peor es que tiene razón.

Meses buscando una grieta. Ramón y Ferrer aliados con Enerplus para intentar hundirnos. Contratos, movimientos, sociedades, reuniones...

Y la primera pieza que puede llevarnos a algún sitio aparece porque Nerea estaba demasiado cabreada conmigo para quedarse en casa.

Fantástico.

A este paso, para salvar la empresa voy a tener que seguir tocándole los cojones.

Capítulo 16

Nerea

A las nueve y doce de la mañana ya sé tres cosas.

La primera: mi vídeo sigue circulando.

La segunda: la mitad de Eléctrica del Río tiene demasiado tiempo libre.

Y la tercera: hay gente que debería perder el acceso a internet en horario laboral.

—Te lo juro, hay una porra —me informa Martina mientras enciende la impresora.

Levanto la vista del ordenador.

—Como vuelvas a decirme eso, te denuncio.

—No es oficial.

—Ah, bueno. Entonces me quedo tranquila.

—Han descartado al de Comercial como el causante del vídeo.

Cierro los ojos.

—También al casado de Finanzas —añade.

—No quiero saberlo.

—Y hay alguien convencido de que es un abogado.

—He dicho que no quiero saberlo —insisto.

—Yo solo te mantengo informada.

—Pues mantenme ignorante. Me sentaba mejor.

Se ríe y abre su correo.

Yo intento hacer lo mismo.

Intento. Porque cada vez que escucho una risa en el pasillo me da la sensación de que hablan de mí, y cada vez que alguien pasa cerca de mi mesa tengo la sospecha de que me vigilan para comprobar si miro hacia el despacho de Elías.

No miro. Ni una vez.

Bueno, una. Solo para comprobar que no está. Eso no cuenta.

A las nueve y veinte aparece Lucas.

Camina directo al despacho de Elías y, antes de entrar, me mira.
Sonríe.

Le levanto el dedo corazón por debajo de la mesa.

Su sonrisa aumenta.

«Gilipollas».

Cinco minutos después aparece Claudia.

No sonrío. Eso ya me preocupa más.

—Nerea, necesito que vengas conmigo.

—¿Dónde?

—A una reunión.

—No.

—No era una invitación.

Me dedica esa mirada de Recursos Humanos que utiliza cuando quiere recordar que, además de mi amiga, tiene una tarjeta corporativa capaz de arruinarme la mañana.

—Sala tres —me informa.

—¿Con quién?

—Dirección y Recursos Humanos.

El estómago se me encoge.

—¿Por el vídeo?

No responde. No hace falta, lo veo en su mirada.

—¿Tengo tiempo de borrar mi historial de navegación antes de que me despedáis?

—No te van a despedir.

—Eso ha sonado sospechosamente a frase que se dice justo antes de despedir a alguien.

—Nerea.

—Voy.

Me levanto. La sigo por el pasillo intentando no mirar hacia el despacho de Elías.

Esta vez sí que no miro. Más que nada porque la puerta se abre y por el rabillo del ojo veo cómo sale.

—Buenos días, señor León.

La mandíbula se le tensa. Pequeña satisfacción personal.

Pero al instante me doy cuenta de que su gesto no tiene nada que ver con mi salud.

Elías y Claudia se miran. Ambos están demasiado serios, y eso me pone en alerta.

El se adelanta. Ella camina a mi lado. Ninguno dice nada.

Yo tampoco. Sobre todo, porque tengo la sensación de que me llevan al matadero.

En la sala ya hay dos personas de Recursos Humanos y un directivo al que he visto varias veces, aunque no recuerdo el nombre.

Todos tienen carpetas.

Mala señal. La gente solo lleva carpetas a una reunión cuando quiere que algo parezca más grave.

Nos sentamos.

Elías ocupa la silla a mi derecha. Claudia, la de la izquierda.

Qué acogedor.

El hombre del centro se aclara la garganta.

—Nerea, gracias por venir.

—No tenía mucho margen para negarme.

Claudia me pisa el pie.

La miro y ella me hace un gesto para que cierre la puta boca.

El hombre continúa.

—Como sabes, el vídeo que publicaste hace dos noches ha alcanzado una difusión considerable.

—Me he enterado.

—Y ha empezado a asociarse con Eléctrica del Río.

Eso me hace fruncir el ceño.

—Yo no menciono la empresa.

—No directamente.

—Ni indirectamente —defiendo.

Uno de Recursos Humanos consulta una hoja.

—Apareces identificada como empleada en tus perfiles públicos.

—Como media España. Somos miles de empleados.

Elías mueve una mano sobre la mesa.

No me toca. Solo la deja cerca. Lo noto igual.

—¿Cuál es exactamente el problema? —pregunta.

El directivo lo mira.

—El riesgo *reputacional*. —Esa palabra no existe, pero me callo para no echar más leña al fuego—. Hay comentarios intentando identificar al hombre del que habla Nerea —prosigue—. Algunos usuarios ya están vinculando el vídeo con la compañía.

—Por especulación de terceros —contesta Elías—. Ella no menciona nombres, ni cargos, ni siquiera la empresa.

—No es tan sencillo.

—Sí lo es.

Su voz cambia a modo CEO activado, esa que no sube y que no necesita hacerlo para hacerse oír.

—Si queréis abrir un expediente, tendrá que existir una conducta sancionable —añade—. Publicar un vídeo personal fuera de horario laboral sin identificar a la empresa ni divulgar información confidencial no lo es.

El hombre apoya las manos sobre la carpeta.

—El vídeo se ha hecho viral. Una repercusión así puede afectar seriamente al futuro de la empresa.

—Eso puede interpretarse de otra manera.

—Interpretar no es demostrar.

Hostia. No está interviniendo para salvarme de una bronca. Está entrando a matar.

—Además —continúa—, si convertimos en infracción cada publicación personal que pueda relacionarse remotamente con un empleado, tendremos que abrir expedientes a media plantilla antes del viernes.

Uno de RRHH carraspea.

—No estamos proponiendo una sanción inmediata —aclara—. Estamos valorando abrir una investigación interna.

—Pues valorad también las consecuencias de hacerlo sin base.

El directivo lo mira.

—Elías, entendemos que Nerea trabaja bajo tu supervisión directa.

Ahí está. La acusación indirecta.

Miro a Elías. Él ni pestañea.

—Precisamente por eso sé qué hace y qué no hace dentro de esta empresa —defiende—. Y este vídeo no tiene nada que ver con su desempeño laboral.

—La repercusión sí.

—La repercusión no convierte una conducta privada en una falta. No puedo más y me adelanto en la silla.

—Perdón. ¿Puedo decir algo o seguimos hablando de mí como si fuera una fotocopiadora que hace ruidos raros?

Silencio. Todos me miran.

—Adelante —me concede el directivo.

—Gracias. Lo primero: el vídeo lo grabé fuera del trabajo, con mi móvil, en mi tiempo libre y sin nombrar a la empresa. Lo segundo: no fue mi intención fastidiar a nadie, que bastante lío tengo ya con mi vida. Y lo tercero: que la gente quiera averiguar de quién hablo no convierte mi vídeo en una campaña contra Eléctrica del Río. Convierte internet en lo que ya sabemos todos que es: un patio de colegio con wifi.

Claudia baja la cabeza. Sé que está escondiendo una sonrisa.

—Entiendo tu postura —responde el hombre.

—Fenomenal.

Uno de las personas de RRHH interviene.

—Vamos a dejar el asunto en revisión hasta que tengamos un criterio conjunto. De momento, no se abre expediente formal.

No me gusta «de momento».

—¿Y mientras tanto?

—Trabajas con normalidad.

Me entra la risa.

—Eso va a estar complicado.

—¿Por qué?

—Porque hay una porra en Finanzas sobre con quién me he liado.

Claudia cierra los ojos.

Elías se queda inmóvil.

La mujer de RRHH parpadea.

—¿Una qué?

—Nada —dice Claudia—. Lo reviso yo.

La reunión termina cinco minutos después. No tengo expediente. Tampoco tengo la seguridad de que no vaya a tenerlo mañana.

Salgo de la sala con Claudia.

Elías viene detrás.

—Nerea.

Sigo caminando.

—¿Qué?

—Necesito hablar contigo.

—Últimamente todo el mundo necesita hablar conmigo. Empiezo a cobrar a partir de la tercera conversación.

—En mi despacho.

Eso consigue que me gire.

Claudia me mira. Yo a ella.

—Ve —dice.

—Tú no me des órdenes, mala pécora.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Si sabías esto, ¿por qué no me has avisado?

—Lo han orquestado todo a mis espaldas porque sabían la relación que tengo contigo. Y lo he sabido dos minutos antes que tú.

Me quedo mirándola en silencio. Sé que dice la verdad.

—Está bien. Te perdono. Pero solo por ahora.

Claudia se gira hacia Elías, asiente y se marcha.

Él y yo comenzamos a andar hacia su despacho.

Entramos. Cierra la puerta. Y antes de que diga nada, me adelanto.

—Gracias —susurro, volviéndome hacia él.

Elías frunce el ceño y pasa por mi lado en dirección a su mesa. Al llegar, coge un expediente y comienza a pasar hojas.

—No tienes que dármelas —responde sin molestarse siquiera en mirarme—. He hecho lo que haría por cualquier empleado.

«Así que soy solo eso: una más».

—Lo que acaba de ocurrir en esa sala debe servirte de experiencia para no repetirlo.

No sé a qué viene este cambio, pero no voy a quedarme para comprobarlo.

—¿Necesitas algo en concreto o puedo marcharme? —farfallo, notando cómo los ojos comienzan a escocerme.

—Sí. Céntrate en el trabajo y mantente fuera de las habladurías.

Cada palabra es como una tuerca apretando y comprimiéndome el puto estómago.

—Por supuesto, señor León.

Me giro y me marcho todo lo deprisa que puedo.

Paso el resto de la mañana sin mirar ni una sola vez al despacho. Esta vez de verdad. Y no porque quiera. Sino por pura supervivencia.

Martina no ha vuelto a hacer ningún comentario desde que le dejé bien claro a mi vuelta que si me hacía una pregunta le clavaba el boli en la mano.

Al final de la tarde, hago recuento y el resultado es siempre el mismo: ha sido un día de mierda. No ha parado de entrarme trabajo sin parar. Aunque, al menos, me ha servido para mantenerme ocupada y no acabar cometiendo un *bolicidio*.

—Bueno, por hoy ya está. ¿Vienes? —me pregunta, mientras coge su bolso del armario.

—No. Tengo que terminar esto —respondo sin apartar la vista de la pantalla.

—Está bien. Pero no te vayas muy tarde. Ya sabes que no pagan las horas extras. Hasta mañana.

Me despido de ella y sigo con el puñetero informe que me ha mandado mi puñetero jefe a la puñetera última hora.

La planta comienza a quedarse en silencio. Yo sigo centrada en terminar cuanto antes para tomarme un buen vino en mi sofá, cuando de pronto, la puerta del despacho de Elías se abre.

—Gómez, a mi despacho.

«¿Me llevo el boli o no me lo llevo? Me lo llevo».

Lo último que quiero darle es un motivo para despedirme, y me planto en su despacho en apenas unos segundos.

—¿Sí, señor León?

Cuando llego ya está sentado a su mesa.

—Pasa y cierra.

Hago lo que me pide y me acerco cual la mejor secretaria de dirección que exista en el puto planeta.

Me planto delante. No me siento para dejarle claro que no me interesa quedarme. Me interesa más clavarle el boli que no he podido clavarle a Martina.

—Héctor sigue revisando el vídeo —me suelta de pronto.

—¿Ha encontrado algo más?

—Todavía no.

—Vale.

—El plazo del Consejo sigue corriendo.

—También lo sé.

—Bien.

—¿Me has traído aquí para actualizarme como si fuera una reunión de seguimiento?

Su mandíbula se marca.

—No.

—Pues si no quieres nada más...

Me vuelvo, y antes de alcanzar la puerta, lo noto detrás de mí.

—Quería hablar de lo que pasó.

Mi estómago decide hacer una pirueta y mi mano apretar el boli hasta marcarlo en la palma.

Me giro y ahí está. De pie. Mirándome fijamente.

—¿Del vídeo?

—No.

—Qué pena. Tengo mucho material.

—Nerea.

—Elías.

Nos miramos. Y al instante siento una punzada.

Mierda.

—Si no es algo relacionado con el trabajo, no tengo nada que hablar contigo.

—Yo sí —me rebate—. Dijiste que estaba decidiendo por los dos —empieza.

—Porque lo hiciste.

«Tengo el aguante de un folio de pie bajo una viga».

—Lo sé —admite de pronto.

No esperaba eso.

Me desconcierta lo suficiente para perder la siguiente pulla.

—En el hotel pensé que apartarme era lo correcto —prosigue.

—Sí. Lo recuerdo. Esa palabra sale mucho últimamente.

—Escucharte en el vídeo cómo lo viviste ha cambiado algunas cosas.

Me río sin humor.

—Qué bien. Me alegra que doscientas treinta y ocho mil reproducciones sirvan para algo.

—No me hace gracia.

—A mí tampoco me la hizo que me besaras y treinta segundos después decidieras que aquello había sido un fallo de cálculo —mascullo.

Da un paso hacia mí.

«Mierda».

—No fue un fallo.

—Pues lo disimulaste de puta madre.

—El fallo fue lo que hice después.

Me callo.

Joder. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—No lo sé.

—Vaya. El CEO sin plan. Habrá que llamar a prensa.

—¿Puedes dejar de hacer chistes cinco minutos?

—No.

—Nerea.

—Es mi mecanismo de defensa.

—Ya me he dado cuenta.

—Pues respétalo.

Se acerca otro poco y veo cómo su mirada baja a mis labios.

No sé en qué momento he perdido mi escudo de guerrera y me he convertido en una blandengue, porque en lugar de pensar en cómo clavarle el boli y salir corriendo para que no me pillen, en mi mente solo quiero abalanzarme a su cuello.

—Sigo cabreada contigo —advierto.

—Lo sé.

—Mucho.

—También.

—Y que hayas hecho de abogado corporativo esta mañana no te da puntos.

—No estaba intentando conseguirlos.

—Menos mal.

—Aunque parece que los estás contando.

—No te emociones.

Su mirada vuelve a bajar a mi boca. Lo veo. Por supuesto que lo veo.

El cuerpo se me adelanta al cerebro y noto ese calor estúpido en el estómago que debería estar prohibido en edificios con detectores de incendios.

—Ni se te ocurra —murmuro.

—No estoy haciendo nada.

—Pero lo piensas.

—Tú también.

—Yo pienso muchas cosas —me invento.

—Eso me preocupa.

—Debería.

Su cuerpo se inclina tanto que casi me roza.

En un acto reflejo de supervivencia, retrocedo. Mi espalda toca contra la puerta de cristal.

—Elías.

—Dime que pare.

La voz le ha cambiado. Más grave. Sin órdenes. Sin decisiones.

Una pregunta disfrazada de frase.

Lo miro.

—¿Te han vuelto a salir los principios?

Su boca se curva.

—No. Ese problema ya lo solucioné.

Me río. Es una mala idea. Porque al hacerlo aflojo justo lo suficiente.

Él sigue sin tocarme. Esperando. Y eso lo complica todo aún más.

—Eres un capullo.

—Lo sé.

—Y sigo muy cabreada —insisto.

—También lo sé.

—Y esto no arregla nada.

—No he dicho que lo haga.

—Bien.

—Bien.

—Deja de repetir lo que digo.

—Bésame tú y me callo.

Me quedo inmóvil.

Ahí está. La elección. Mía. No suya.

Lo odio por saber exactamente lo que está haciendo. Y lo odio por arrastrarme a donde no debo, pero quiero.

Suelto el boli, agarro su camisa con una mano y tiro de él antes de que mi sentido común llegue a tiempo.

Lo beso. Su boca choca con la mía.

Esta vez no hay sorpresa. Ni pasillo de hotel. Ni excusa.

Sé quién es. Lo que pasó. Y que sigo enfadada.

Pero me da exactamente igual durante los siguientes segundos.

Sus manos se apoyan en mi cintura, sin empujarme, como si todavía estuviera esperando permiso incluso mientras le estoy comiendo la boca.

Le doy más. Eso responde bastante.

El beso cambia. Más fuerte. Más lento durante un instante y después otra vez urgente.

Le rodeo el cuello con los brazos. Él me estampa contra el cristal.

No me importa.

Hasta que sí.

No por la puerta. Por mí. Por el hotel. Por lo fácil que sería seguir y dejar que mañana me despierte preguntándome otra vez qué coño significa esto para él.

Pongo las manos sobre su pecho. Empujo.

Elías se aparta al instante.

Respira tan fuerte como yo, pero no protesta.

—No puedo —digo.

Su expresión no cambia.

—Vale.

—No digo que no quiera.

—Ya lo sé.

—No. No lo sabes.

Me aparto de la puerta y me adentro en el despacho. Necesito espacio real.

—No puedo meterme en esto sin saber si mañana vas a despertarte y volver a decidir que es mejor que no.

—No voy a decidirlo por ti.

—Eso está muy bien dicho.

—No intento convencerte.

—Mejor.

Se queda quieto. No viene hacia mí. No intenta arreglarlo.

Eso casi me jode más.

—Necesito espacio —confieso.

—Te lo daré.

—Y necesito dejar de ser durante cinco minutos la tía del vídeo, la empleada problemática, la posible expedientada y la mujer que se lía con su jefe.

—No eres ninguna de esas cosas.

Lo miro.

—Soy todas ahora mismo.

No responde. Porque también lo sabe.

Cojo aire.

—Tengo que irme.

—De acuerdo.

Camino hacia la puerta.

Cuando pongo la mano en el picaporte, intenta detenerme.

—Nerea —susurra.

Me giro.

Sigue donde lo he dejado. Camisa arrugada. Corbata torcida. Boca un poco más roja de lo normal.

Eso me da una satisfacción bastante infantil.

—¿Qué?

—Esta vez has parado tú.

Se me encoge algo por dentro.

—Sí.

—Y sigo aquí.

No hay reproche. Solo un hecho.

Me sostiene la mirada.

—Cuando sepas qué quieres hacer, dímelo.

Me quedo callada. Porque eso es exactamente lo que necesitaba escuchar.

Y porque el muy cabrón ha aprendido demasiado rápido.

—No te acostumbres a hacer las cosas bien —murmuro—. Te sienta raro.

La sonrisa aparece. Pequeña, pero suficiente.

—Lo tendré en cuenta.

Abro la puerta.

Salgo. Necesito que me dé el puto aire.

Apago, recojo mis cosas y me marcho del edificio todo lo rápido que puedo sin llamar la atención de quien pueda quedar.

De camino a la parada de autobús, mi mente es un hervidero.

Tengo el vídeo viral. Una posible investigación interna. A Ramón apareciendo de fondo con una carpeta que no debería estar allí. A Héctor buscando pruebas para incriminarlo junto con Ferrer.

Y a Elías León dentro de su despacho, con la corbata torcida porque acabo de besarle.

Necesito largarme. No sé todavía adónde.

Solo sé que, si paso un día más en este edificio, voy a acabar haciendo algo mucho peor que un vídeo.

Capítulo 17

Elías

El sábado por la mañana descubro que respetar el espacio de una persona es mucho más fácil cuando esa persona está a cientos de kilómetros.

No me entero por ella. Por supuesto.

Me entero porque a las diez y media, Lucas me convence para ir a llevarles unos churros a las chicas al apartamento. La idea no me convence mucho al principio, me comprometí a dejarle espacio. Pero la oportunidad de volver a verla fuera del despacho pudo con cualquier promesa.

La idea era darles una sorpresa. Y la sorpresa me la llevo yo.

—¿Dónde está Nerea? —pregunto al ver que la puerta de dormitorio está abierta y que no hay ni rastro de ella.

—No está.

—Eso ya lo veo.

Claudia mira a Lucas y después a mí.

—Se ha ido al pueblo.

Me quedo quieto.

—¿Qué pueblo?

—El suyo. Bueno, el nuestro.

—Gracias. Muy útil.

—No pienso darte la dirección de sus padres, si es lo que estás esperando.

—No la he pedido.

—Todavía.

Miro de nuevo hacia la puerta de su habitación vacía antes de proseguir.

—¿Por qué se ha ido?

—Porque son las fiestas este fin de semana y porque necesitaba salir de aquí.

—¿De la empresa?

—De Madrid.

No hace falta que diga la parte que falta.

La digo yo.

—Y de mí.

—Elías...

—Dímelo. ¿También se ha ido por mí?

Suspira.

—El vídeo se ha hecho viral. Media empresa intenta averiguar de quién habla. Le han planteado abrir un expediente. Y ayer volvió a besar al hombre que causó el lío en el que se ha metido.

La frase entra limpia. Y dura como una puta daga.

Me quedo en silencio. Lucas y ella me observan.

Apenas me muevo, solo para mirar el reloj y ver que cada minuto que pasa, me siento más lejos de ella.

—Necesito el nombre del pueblo.

—No. ¿Para qué?

—Para saberlo.

—Mentira.

—Claudia.

—Elías, se ha ido porque necesita descansar.

—Lo sé.

—Y tú eres una de las cosas de las que está descansando.

—También lo sé.

—Pues para saberlo, pareces alguien que está a punto de hacer exactamente lo contrario de lo recomendable.

—No voy a obligarla a hablar conmigo.

—Ah, fenomenal.

—Ni a volver.

—Entonces ¿para qué coño quieres ir?

La pregunta me deja sin respuesta unos segundos. Ese es el problema. Que no tengo una buena.

No puedo decir que sea por trabajo. Su expediente está a salvo.

No puedo decir que necesite contarle nada urgente. Solo que soy un imbécil. Pero eso me lo guardo.

—Porque quiero verla... —respondo serio—. Y porque quiero comprobar que está bien.

Lucas abre la boca y Claudia se queda en silencio un instante.

—Eso sí es una respuesta —murmura.

—Dime el pueblo —insisto.

Ella duda un instante. Busca ayuda en Lucas, y cuando este asiente, vuelve a mirarme a mí.

—Vale, está bien. Pero eso no significa que me parezca buena idea.

—Lo capto.

—Te digo el nombre del pueblo. Solo eso. Ni casa, ni calle, ni coordenadas, ni plano del tesoro.

—Suficiente.

—Y solo con la condición de que, si cuando llegues allí, ella te manda a tomar por culo, te das la vuelta.

—Prometido.

—Me va a matar por esto —se lamenta.

Claudia se gira y se acerca a la cocina. Coge un bloc de notas, escribe algo en la primera hoja, la arranca y me la trae de vuelta.

Cuando voy a cogerla, ella me la aparta.

—Una cosa más.

—Joder, Claudia, deja de hacer eso.

—Solo necesito asegurarme de que estás seguro lo que vas a hacer.

—Ya te ha dicho que sí —interviene Lucas.

—No lo digo por él —asegura.

Lucas frunce el ceño. Yo también.

—¿Lo dices por ella?

—Sí y no.

—¿Te importaría ser más explícita? —exijo.

—No sabes dónde te metes, Elías. El pueblo no se parece en nada a lo que tú conoces. Es otra cosa.

—Podré soportarlo.

—Tengo mis dudas.

—Me estás acojonando incluso a mí —interviene Lucas.

Yo pienso lo mismo en parte, aunque no digo nada.

—Compra algo por el camino. Eso siempre ayuda —me aconseja él.

—Como ¿qué?

—Yo qué sé. Vino. Dulces. Un jamón.

—No voy a presentarme con un jamón.

—Cobarde.

En apenas una hora ya estoy en el coche rumbo al pueblo de Nerea.

He guardado en la maleta lo imprescindible para una sola noche.

Introduzco el nombre en el navegador. Miro la pantalla. Dos horas y cincuenta y seis minutos de trayecto.

«Perfecto. Tengo casi tres horas para preguntarme qué coño estoy haciendo».

Media hora después veo un cartel de área de servicio. No paro. Sigo.

Quinientos metros más tarde, tomo la salida.

«Esto es culpa de Lucas».

Acabo comprando una caja de pastas. No sé por qué. Había vino. Bombones. E incluso una cesta con productos regionales tan enorme que parecía preparada para sobornar a una familia entera.

Elijo las pastas porque una señora de unos setenta años ha debido detectar lo apurado que estaba mirando el expositor y se me ha acercado. «Con eso nunca quedas mal», me ha dicho.

Cuando regreso al coche, dejo la caja en el asiento del copiloto y la miro.

—Ridículo.

Arranco.

A mitad de camino empiezo a plantearme seriamente volver. No porque no quiera verla. Precisamente por eso.

La conversación de ayer vuelve con demasiada facilidad.

«Necesito espacio».

Y mi brillante respuesta a esa petición consiste en conducir tres horas hasta el lugar al que se ha ido para buscarlo.

«Gran trabajo, León».

La diferencia está en una sola cosa. Si me echa, me voy. No voy a convencerla.

Aunque haya conducido tres horas. Aunque Lucas se pase los próximos seis meses recordándomelo. Ni, aunque tenga que regresar con una caja de pastas intacta que no pienso comer por principios.

«Principios». Ya no puedo ni pensar esa palabra sin escuchar su voz.

Llego al pueblo poco después de las tres.

No sé qué esperaba. Algo más grande, quizá.

El navegador me deja en una calle que parece ser el centro porque hay banderines colgados entre fachadas, varias mesas ocupando media acera y un cartel anunciando las fiestas junto a una farola.

«Perfecto. He venido en el fin de semana más discreto del año».

Aparco. Cojo las pastas. Bajo.

Y entonces comprendo el pequeño defecto de mi plan: No sé dónde cojones vive Nerea.

Miro alrededor.

Una pareja mayor pasa a mi lado. Después una mujer con dos niños. Un hombre cruza cargando sillas plegables.

He llegado hasta aquí sin avisar y, de pronto, lo absurdo de la situación alcanza una claridad admirable.

Soy el CEO de una empresa que factura millones. He venido casi tres horas en coche. Llevo una caja de pastas en las manos. Y no tengo ni puta idea de dónde está la mujer a la que he venido a buscar.

Podría llamarla. Pero tengo el estúpido plan de sorprenderla.

—Disculpe.

Una mujer que está colocando botellas detrás de una barra improvisada levanta la cabeza.

—¿Sí?

Me acerco.

—Busco a Nerea Gómez.

Me mira. Después a las pastas. Otra vez a mí.

—¿La hija de Encarna?

«Gracias a Dios».

—Sí.

La mujer sonríe. Y no sé por qué, esa sonrisa me preocupa.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Claro.

Se limpia las manos en el delantal.

—Está en la plaza.

—Gracias.

—¿Tú eres el jefe?

Me quedo quieto.

—¿Perdón?

Su sonrisa aumenta.

—Nada, hijo. Sigue recto y gira a la izquierda.

«Cojonudo. Llevo treinta segundos en el pueblo y ya saben quién soy».

Camino en la dirección que me indica.

A medida que me acerco, escucho música, voces y el ruido de gente montando algo.

Doblo la esquina. La plaza aparece delante.

Y la veo.

Está de espaldas. Vaqueros cortos, camiseta blanca, el pelo recogido arriba y una caja entre los brazos mientras discute con un hombre mayor que señala unas luces colgadas sobre una estructura.

No sé qué dice. No importa.

Después se ríe. Y me quedo parado.

Porque llevo días viéndola cansada, enfadada, tensa, esquivándome por pasillos y utilizándome de inspiración para vídeos virales.

Aquí no. Aquí parece otra vez ella.

Quizá debería darme la vuelta. Dejar las pastas en cualquier parte. Regresar a Madrid y permitirle conservar esa risa sin meterme en medio.

Entonces el hombre que está con ella mira hacia mí. Dice algo.

Nerea se gira. Me ve. La caja que lleva entre las manos baja unos centímetros, y su sonrisa desaparece.

Incluso desde aquí puedo leerle los labios.

—No me jodas.

Aprieto un poco más la caja de pastas.

Bueno... Al menos la he encontrado.

Capítulo 18

Nerea

—No me jodas.

Esta vez lo digo en voz alta.

Elías está al otro lado de la plaza, con algo en las manos y esa cara no saber exactamente qué hacer.

Bien. Que se joda un poco.

Dejo la caja de bombillas junto al escenario y camino hacia él. Ismael, subido a una escalera, me sigue con la mirada como si acabara de empezar el espectáculo principal de las fiestas.

—¿Qué coño haces aquí? —le suelto cuando llego a su altura.

—Hola.

—No empieces.

—No he empezado nada.

—Habrás conducido al menos tres horas y te has presentado aquí sin avisar. Yo diría que algo has empezado.

Elías mira alrededor.

—Técnicamente he conducido dos horas y cincuenta y siete minutos.

Lo fulmino.

—Como vuelvas a corregirme por unos minutos de mierda, te entierro detrás de la iglesia.

—Anotado.

Se cruza de brazos y apoya el peso en una pierna.

—¿Qué haces aquí?

Esta vez no esquiva la pregunta.

—He venido a verte.

—Pues ya me has visto.

—Sí.

—Perfecto. Puedes volver a Madrid.

Asiente.

—Si no quieres que me quede, me iré.

No intenta sonreír. No pone esa cara de CEO que utiliza cuando cree que puede convencer a una habitación entera de cualquier cosa con cuatro frases.

Solo espera.

Eso me cabrea más.

—No hagas eso —gruño.

—¿El qué?

—Comportarte razonablemente. Me descolocas.

La comisura de su boca se mueve.

—Lo siento —susurra.

—Y deja de pedir perdón.

—No he pedido perdón.

—Peor todavía.

Detrás de mí alguien carraspea.

Me giro. Ismael sigue en la escalera, pero ahora ya no disimula.

—¿Necesitáis que me vaya? —nos pregunta.

—Sí —respondo.

—No —responde Elías.

Lo miro.

—Mi pueblo. Mis reglas.

—Entonces sí —rectifica.

Ismael hace caso omiso y baja un peldaño.

—¿Este es el del vídeo?

Pongo los ojos en blanco.

—Ismael.

—Yo solo pregunto —se excusa—. ¿Eres el novio?

—No —respondemos Elías y yo a la vez.

—Es mi jefe —aclaró.

Ismael sonríe.

«No se ha creído una sola palabra».

Se vuelve hacia las luces y comienza a silbar.

Lo odio.

Me vuelvo hacia Elías. Bajo la vista y observo que lo que lleva en la mano es una caja de pastas.

—No sabía qué traer —justifica, mirándola.

—¿Traer adónde?

—Lucas dijo que no podía presentarme aquí con las manos vacías.

Lo miro.

—¿Lucas sabe que has venido?

—Estaba conmigo. Me propuso llevaros al apartamento unos churros esta mañana y... Bueno, ya imaginas el resto.

—No, no lo imagino. Quiero saberlo.

—La idea era sorprenderos a ti y a Claudia, e invitaros a desayunar.

—Y la has sobornado con unos churros para que te dijera dónde estaba.

—No ha querido darme la dirección, por si quieres saberlo.

—Eso la libra del homicidio de momento.

Veo que sonrío y eso me provoca una punzada.

«Mierda.»

Aquí fuera no hay despacho, ni puerta de cristal, ni un edificio entero que nos obligue a comportarnos como dos adultos que saben perfectamente lo que hacen.

Solo hay una plaza, mi pueblo y una caja de pastas entre nosotros.

—Nerea.

La voz de mi madre atraviesa el aire desde la esquina.

«Virgen de la Tostadora».

Aparece cargada con dos bolsas y la energía de una mujer que lleva toda su vida considerando que cualquier problema ajeno mejora cuando ella participa.

—Mamá...

—Elías —se presenta él—. Encantado.

Le tiende la mano.

Mi madre observa la mano como si hubiera aparecido una serpiente.

Después se la estrecha.

—Encarna.

—Mamá, él es...

—Tu jefe.

Elías me mira.

Yo miro a mi madre.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Lo sabe medio pueblo, hija.

Giro la cabeza.

Desde la escalera, Ismael levanta una mano.

—Eficiencia local —explica.

—Voy a matarte.

—Pero espera a después de las fiestas.

Mi madre ya ha vuelto a centrarse en Elías.

—¿Has venido desde Madrid?

—Sí.

—¿Por trabajo?

—No.

Silencio.

Mi madre me mira. Yo niego con la cabeza.

—¿Y dónde vas a dormir?

Elías tarda demasiado en responder.

—Pues aún no lo sé. Buscaré algo.

Mi madre frunce el ceño.

—¿Cómo que buscarás algo?

—Mamá, ni se te ocurra —le advierto.

—¿Es que no sabes que estamos en fiestas?

Ella sigue a lo suyo.

—Mama, no —insisto.

—Está todo lleno.

—¡Mamá!

—No se hable más. Te quedarás a dormir en casa.

«Como este no abra la boca, le doy un codazo que lo mando a Cuenca».

—Se lo agradezco —interviene al fin Elías—, pero no es necesario.

—Ya lo creo que sí —le rebate mi madre.

A terca no le gana nadie.

—Ya lo has oído, mamá. NO es necesario —recalco.

—Pero no hay alojamiento, hija. Además, en casa tenemos un cuarto de sobra.

—Un cuarto lleno de cajas —le recuerdo.

—Se apartan, no hay problema.

Elías abre la boca.

—No quiero molestar.

Mi madre lo señala con una de las bolsas.

—Eso lo decido yo.

La cierra.

Mi padre aparece por detrás de ella con una barra de pan debajo del brazo.

—¿Qué pasa?

—El jefe de Nerea duerme en casa —le responde antes de que nadie diga nada.

Mi padre mira a Elías. Después me mira a mí.

—Ah.

Eso es todo.

—¿«Ah»? —repito—. ¿No tienes ninguna pregunta?

—Luego.

Eso es aún peor.

—Él es Elías. Mi marido y padre de la criatura, Pedro. —Los presenta mi madre.

Acto seguido, coge la caja de pastas de las manos de Elías.

—¿Estas son para nosotros?

—Sí.

Las abre allí mismo y prueba una.

—Son buenas.

Elías parece respirar por primera vez en cinco minutos.

Miro al cielo.

—Por favor, que alguien me atropelle.

Mi madre se gira.

—¿Vienes a comer?

—¿Quién? —pregunto.

—Tú no. Tú ya comes. Él.

Elías me mira.

—No me mires. Yo he perdido toda autoridad hace veinte minutos.

Una hora después Elías está sentado en la cocina de mis padres con un plato delante que podría alimentar a una familia de cuatro.

Mi madre considera que si alguien conduce desde Madrid hay que compensar el desgaste con comida.

No importa que sean las cinco.

—Come.

—Encarna, está buenísimo.

—Ya lo sé.

Mi padre está enfrente. Lo observa. No de forma hostil. Peor. Con curiosidad.

—¿Y tú qué haces exactamente? —le pregunta.

«Ay, dios».

—Dirijo Eléctrica del Río —responde él.

—Eso ya lo ha dicho ella. —Me señala con el tenedor—. Quiero saber qué haces.

«Meterme la lengua hasta el higadillo».

Elías se queda pensando.

—Intento que la empresa funcione.

Mi padre asiente.

—Eso ya es más claro.

—Papá, no le hagas una entrevista —intervengo.

—Estoy hablando.

—Eso es lo preocupante.

Mi madre aparece con más comida.

—¿Estás casado?

Cierro los ojos.

—Mamá.

Elías bebe agua.

—No.

—¿Novia?

—No.

—Mamá.

—Estoy hablando con él —se queja.
—Sobre mí.
—Todavía no.
Elías baja la vista al plato. Sé que está sonriendo.
—No te rías —le riño.
—No me río.
—Conozco esa cara.
Mi padre nos observa.
—Entonces sí que os conocéis, sí.
—Trabajamos juntos —justifico.
—Eso no es lo que he dicho —me rebate.
Mi madre deja la fuente sobre la mesa.
—¿Y por qué has venido?
«Directa a la yugular, para variar».
Elías levanta la cabeza.
«A ver cómo sales de esta, chato».
—Porque quería verla.
Mi madre me mira.
Yo encuentro un enorme interés en una aceituna.
Mi padre mastica.
—Bien. —Asiente mi madre.
—¿Bien qué? —cuestiono.
—Nada.
—En esta familia «nada» significa que vais a hablar de mí cuando salga por la puerta.
—También cuando estés delante —me aclara ella, por si me cabía la menor duda.
«Perfecto».

Por la noche todo el pueblo está en la plaza.
Las luces, que Ismael casi termina cayéndose de la escalera para colgar, funcionan. La orquesta también, aunque utiliza el mismo repertorio que cuando yo tenía quince años y sospecho que incluso alguno de los músicos sigue siendo el mismo.
Elías baja conmigo. Sin corbata. Camisa arremangada y vaqueros.

«Joder, incluso sin traje es capaz de llamar la atención a medio pueblo».

A los diez minutos ha conocido a mi tía Loli, al panadero, al hombre que arregla las persianas y a tres señoras que no sé quiénes son, pero que me han visto crecer y, por tanto, consideran que tienen derechos legales sobre mi vida.

Lo observo con todo el disimulo que puedo. Es decir, ninguno.

Esperaba que estuviera incómodo. Lo está. Pero aguanta.

Mi tía Loli le pregunta cuánto gana. Él consigue esquivar la pregunta. El panadero le explica durante siete minutos por qué la luz está carísima.

Elías escucha paciente y sonríe a cada uno de ellos.

«Me pregunto dónde habrá dejado el palo que siempre lleva en el culo».

Después mi padre le pone una caja de botellas en las manos.

—Lleva eso a la barra.

Él mira la caja. Después a él.

—Claro.

Elías se aleja y al momento aparece Pilar, invocada por el olor a cotilleo. Es amiga de la familia de toda la vida, vecina pared con pared... y la maruja reina del pueblo.

—¿Ese es el hombre del vídeo?

«Ahí está. Directa a la yugular».

La miro.

—Pilar, no empieces.

—Yo solo pregunto.

—Pues deja de hacerlo.

—¿Y ha venido desde Madrid?

—Y sabe conducir. Guau —suelto con sarcasmo.

—¿Y duerme en tu casa?

—Por culpa de mi madre —mascullo.

—¿Y cuánto tiempo lleváis juntos?

—¡Solo es mi jefe!

—Pues para ser solo tu jefe no te quita ojo —me rebate con ese gesto picaresco de «a mí me la vas a dar con la edad que tengo».

Giro la cabeza.

Error.

Elías está al otro lado de la plaza mirándome.

Aparto la vista un segundo después. Pilar sonrío.

—Cállate —le suelto antes de que abra la boca.

—Así que tu jefe, ¿eh?

—Sí —gruño.

—Solo tu jefe —insiste.

—Vete a tomar por saco.

—Eso pensaba.

Se marcha encantada.

La odio muchísimo.

La orquesta empieza una canción lenta cuando ya llevo dos vasos de algo que mi tía insiste en llamar sangría, aunque estoy casi segura de que contiene productos de limpieza.

Estoy hablando con una prima cuando aparece Elías.

—Te reclama tu padre.

—¿Para qué?

—No lo sé. Me ha mandado a buscarte.

—¿Ya te utiliza de recadero?

—He bajado de categoría rápido —se mofa.

—Te sienta bien.

Mi prima sonrío.

—¿No vais a bailar?

—No.

—No —repite Elías.

—Qué sincronizados.

Se marcha antes de que pueda estrangularla.

—Tu pueblo es agotador —murmura él.

—Llevas solo unas horas.

—Han sido intensas.

—Puedes volver a Madrid, si quieres.

—No, no quiero.

La respuesta sale demasiado rápido.

Nos miramos.

—Eso ha sonado bastante claro —digo.

—Lo era.

Antes de que pueda responder, mi tía Loli aparece detrás de nosotros.

—¿Por qué estáis ahí como dos pasmarotes?

—Porque estamos bien —respondo.

—Bailad.

—No.

—Yo no bailo —añade Elías.

Mi tía lo mira.

—Pues aprendes.

Y antes de que podamos hacer nada, me empuja hacia él. Literal.

Le pongo una mano en el pecho para no estamparme.

Elías me agarra por la cintura.

Los dos nos quedamos quietos.

—La voy a matar —murmuro.

—Luego.

—No sabes bailar.

—Tú tampoco.

—Yo soy de aquí.

—Eso no es una habilidad.

—Cállate.

Su mano sigue en mi cintura. La mía sigue en su pecho.

La música tampoco ayuda.

—Nos están mirando —murmuro.

—Lo sé.

—Todo el pueblo.

—También.

—¿Y no te pone nervioso?

—Ahora mismo tengo otros problemas.

Levanto la vista.

—¿Qué problemas?

Sus ojos bajan a mi boca.

«Joder».

—Elías.

—¿Qué?

—No.

—No estoy haciendo nada.

—Ya.

—Esta vez de verdad.

Nos movemos. Poco. No sé si esto cuenta como bailar. El caso es que acabamos siguiendo la música sin pisarnos demasiado.

Su pulgar se mueve sobre mi cintura. Un gesto mínimo. Me pone más nerviosa que cualquier beso.

—¿Por qué has venido? —pregunto.

—Ya te lo he dicho.

—No. Me has dicho que querías verme. Eso responde al qué, no al porqué.

Suspira.

—Cuando Claudia me dijo que te habías ido, me subí al coche sin pensarlo.

—Necesitaba espacio.

—Lo sé.

—Y tu reacción ha sido venir detrás.

—Sí.

—Muy coherente.

—No he dicho que lo fuera.

—Podías haberte quedado.

—Podía.

—¿Y?

Me mira.

—No pude.

Ahí está. Sin discurso. Sin adornos. Dos palabras que se me meten debajo de las costillas.

Seguimos moviéndonos.

La canción cambia.

Ninguno se aparta.

—Cuando llegué te vi riéndote —añade al cabo de un rato.

—¿Y?

—Pensé que quizá Claudia tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre que aquí estabas mejor sin mí.

La frase me aprieta algo por dentro.

—Y aun así te acercaste.

—Sí.

—Eres muy listo para unas cosas y bastante imbécil para otras.

—Eso empieza a quedarme claro.

Me río. Él también.

Y ahí está otra vez esa sensación. La de cuando todo es fácil durante cinco segundos y después recuerdo por qué no debería serlo.

La música se vuelve más lenta. O quizá somos nosotros. No lo sé.

Elías me mira. Sé lo que va a pasar. Mi cuerpo también. Lo noto en la forma en que dejo de respirar.

Su mano sigue en mi cintura. Mi brazo está alrededor de su cuello.

No hay despacho. Ni hotel. Ni vídeo. No hay nada entre nosotros.

Se acerca. Muy poco. Lo suficiente.

Espero.

«Hazlo».

No lo hace.

Sus ojos siguen en los míos. Después baja la mirada a mi boca y vuelve a subir.

El pulgar se detiene.

—Mejor me voy.

Parpadeo.

—¿Qué?

Da un paso atrás. Su mano abandona mi cintura.

—Voy a por algo de beber.

—¿Ahora?

—Sí.

Lo miro como si acabara de perder la cabeza.

—Eres gilipollas.

La sonrisa le aparece despacio.

—También.

Se aleja.

Yo me quedo plantada en mitad de la plaza con la canción terminando.

Noto cómo Pilar, mi madre y mi tía me observan desde una mesa. Mi padre desde la otra punta.

Y yo solo tengo una certeza absoluta: que Elías León acaba de hacer algo mucho peor que besarme.

Capítulo 19

Elías

No consigo dormir.

No porque el colchón se hunda por la izquierda. Tampoco por el ruido lejano de la verbena, que todavía llega amortiguado desde la plaza.

No duermo porque hace menos de una hora tenía a Nerea entre mis brazos, esperando que la besara, y decidí apartarme.

Buena idea. Magnífica. Una demostración ejemplar de autocontrol y respeto.

«Pues disfrútala, León».

Me giro hacia la pared. Dos minutos después vuelvo boca arriba.

No sé qué esperaba conseguir al venir hasta aquí. Verla. Hablar con ella. Comprobar que estaba bien. Quizá dejar de sentir que todo entre nosotros se había convertido en una sucesión de decisiones tomadas demasiado tarde.

Lo que no esperaba era terminar bailando en una verbena mientras medio pueblo discutía si soy su novio.

Y aún menos acabar en casa de sus padres, tumbado en una cama con sábanas de flores, intentando convencer a mi cuerpo de que haberme alejado de ella ha sido una idea excelente.

Miro la hora. Las dos y trece.

Cierro los ojos.

«Duerme».

Algo cruje en el pasillo.

Los abro.

Otro crujido. Pasos.

Me incorporo.

La puerta se abre con una lentitud absurda y aparece Nerea, descalza, con una camiseta enorme que le llega a medio muslo y el pelo suelto sobre los hombros.

Se queda quieta al verme despierto.

—Joder. ¿Por qué estás despierto?

—Porque duermo con los ojos abiertos.

Me fulmina.

—Habla más bajo.

—Tú has entrado en mi habitación.

—Ya lo sé.

Cierra la puerta despacio. Después apoya la espalda contra ella y se queda ahí.

No se acerca. Yo tampoco.

—¿Qué haces aquí?

—No lo sé.

—Eso empieza a ser una respuesta habitual entre nosotros.

—Cállate.

—Estoy susurrando.

—Pues susurra menos.

Tiene las mejillas algo encendidas. No sé si por haber atravesado el pasillo o porque también lleva una hora pensando en la plaza.

Espero. Por una vez, espero.

—Lo de antes —empieza.

—¿El baile?

—Lo de que no me besaras.

—Ah.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La de que sabes perfectamente de qué hablo.

Da dos pasos.

—¿Por qué no lo hiciste? —añade.

Podría responder muchas cosas. Ninguna me convence.

—Porque no sabía si querías.

—Mentira.

—¿Perdona?

—Sabías que quería —asegura.

—Creía que querías.

—Es lo mismo.

—No.

Se cruza de brazos.

—Ah, genial. Ahora resulta que además eres experto en consentimiento.

—No he dicho eso.

—Has venido tres horas detrás de mí sin avisar y de repente te entra la prudencia.

—Precisamente.

Frunce el ceño.

—Explícate.

Me siento en el borde de la cama.

—La última vez que supuse lo que querías, acabé tomando una decisión por los dos.

—Otra vez con el hotel.

—Has venido tú a hablar de esto.

—No. He venido porque me has dejado con cara de imbécil en mitad de una verbena.

—Eso sí ha sido bastante satisfactorio.

Abre la boca. La cierra.

—Eres gilipollas.

—Lo sé.

Se acerca otro paso.

—Quiero saber por qué te apartaste aquella noche.

Ahí está. Sin chistes. Sin margen.

—Ya te lo dije.

—Me dijiste que era lo correcto. Eso no es una explicación. Es una frase de taza de desayuno para gente que no quiere mojarse.

Respiro.

—Me acojoné —confieso.

Nerea parpadea.

—¿De mí?

—No.

—Pues desarrolla un poco, porque no cobro por palabra.

Bajo la vista un instante.

—Te besé porque quería hacerlo.
—Eso ya lo había notado.
—Y después pensé en todo lo demás.
—Qué romántico.
—Trabajas para mí.
—También lo sabía antes del beso.
—Sí.
—Y aun así me besaste.
—Sí.
—Entonces volvemos al principio.

Aprieto la mandíbula.

—Pensé que si seguía podía acabar pareciendo que todo lo anterior había sido por eso.

—¿A qué te refieres?

—Subirte a la planta. Tenerte cerca. Darte trabajo conmigo.

—¿Creías que iba a pensar que me habías subido porque querías acostarte conmigo?

—Sí.

—¿Y en vez de explicármelo decidiste apartarme?

—Sí.

—Brillante.

—No he dicho que fuera brillante.

—Pues te salió fatal.

—También.

Se queda mirándome.

—¿Y hoy?

—No lo he hecho porque quería que la siguiente decisión fuera tuya.

Me mira un segundo.

—Eso suena sospechosamente pensado.

—¿Pensado? Llevo una hora aquí tumbado intentando averiguar si he sido respetuoso o simplemente imbécil.

—¿Conclusión?

—Las dos cosas pueden ser compatibles.

Se le escapa una risa.

—Virgen de la Tostadora.

—¿Qué?

—Nada. Es que llevo semanas intentando que dejes de decidir por mí y justo cuando me apetece que tomes una decisión te da por aprender.

—Tengo mal sentido del tiempo.

—Eso está claro.

Se acerca hasta quedarse delante de mí.

Estoy sentado. Ella de pie. Su rodilla casi toca la mía.

No hago nada.

Nerea baja la vista.

—¿Y si decido mal? —cuestiona.

—Será tu decisión.

—Qué útil.

—No puedo hacer más.

—Puedes dejar de mirarme así —suelta de pronto.

—¿Así cómo?

—Como si llevaras una hora intentando arrancarme la camiseta con los ojos.

—Llevo bastante más de una hora.

Silencio.

Su boca se abre un poco. La poca prudencia que me quedaba acaba de morir.

—Eso no ayuda —murmura.

—Lo siento.

—No lo sientes una mierda.

—No.

Su mano llega a mi cara. Solo los dedos. Me roza la mandíbula.

Mi cuerpo se tensa en respuesta.

—¿Estás segura?

—Cállate.

Se inclina. Me besa. Sin dudas, sin miedo. Me besa como si llevara toda la noche cabreada porque no lo hice yo.

Mis manos van a su cintura y ella se separa apenas un centímetro.

—Y como vuelvas a preguntarme si estoy segura, te pego.

—No iba a hacerlo.

—Así me gusta. Ahora... bésame.

Eso sí sé hacerlo.

La beso. Y esta vez no hay ninguna necesidad de contener nada salvo el ruido. Lo recordamos cuando golpeo la mesilla con la rodilla.

Nerea ahoga una carcajada contra mi cuello.

—*Shhh*.

—Me he dado —me defiando.

—Pues sufre en silencio.

—Qué considerada.

—Mi madre duerme al final del pasillo. Si entra, yo salto por la ventana y tú te quedas a dar explicaciones.

Vuelve a besarme antes de que pueda responder.

La atraigo hacia mí y acaba sentada sobre mis piernas. Su camiseta sube un poco. Mis manos encuentran su espalda.

Se estremece.

—Arden —susurra.

—Perdón.

—No pares.

Obedezco. Eso parece hacerle gracia.

—Mira qué bien se te da seguir instrucciones.

—No abuses.

—Es una noche histórica.

Le tapo la boca con la mía.

Funciona durante cinco segundos. Después vuelve a hablar.

—¿Sabes qué es lo peor?

—Que no te callas ni besándote.

Me muerde el labio.

—Eso te pasa por listo.

—¿Qué era lo peor?

Me mira. La broma desaparece un instante.

—Que quería esto desde el hotel.

Ahí sí dejo de hacer chistes.

—Yo también.

—Y me cabreó muchísimo que lo estropearas.

Asiento.

—Ahora lo sé.

Su mano baja por mi pecho.

—Bien. Cállate y sigue.

Sonrío.

La beso. Y esta vez no dejo que nos interrumpa.

Aunque ella aprovecha la más mínima para comentar algo. Incluso ahora.

Se ríe cuando casi tiro una almohada al suelo. Me amenaza cuando la cama cruje. Me ordena parar de reírme cuando soy yo quien se da cuenta de que está intentando colocar un cojín contra el cabecero para amortiguar el ruido.

—Esto es ridículo —susurro.

—Esto es supervivencia —me corrije.

—Podríamos esperar a volver a Madrid.

Me mira como si acabara de insultar a su familia.

—Ni de coña.

—Era una propuesta.

—Rechazada.

—¿Por unanimidad? —me burlo.

—Exacto.

La tensión vuelve antes de que la risa termine.

Esta vez más lenta. Más consciente.

No hay urgencia por llegar a ningún sitio porque ya estamos aquí.

Y cuando por fin dejamos de contenernos, lo hacemos sin promesas ni frases enormes, con besos que saben a todo lo que hemos ido aplazando y con las manos aprendiendo lo que hasta ahora solo habían rozado.

Nerea me busca.

Yo la dejo marcar el ritmo.

En algún momento vuelve a mirarme como si necesitara una confirmación que no quiere pedir. Le beso la frente, la boca, cualquier sitio que consiga quitarle esa sombra de los ojos.

No necesito explicarle nada. Esta vez no pienso apartarme.

He esperado demasiado este momento. La había imaginado acorralándola en cualquier rincón de la oficina. En el pasillo, en el ascensor... Había fantaseado con quitarle la ropa en multitud de ocasiones, en llevarla a mi piso y follarla hasta acabar agotados.

Y de todos los escenarios posibles, acabamos aquí, en una cama antigua en la que apenas quepo yo solo, y con sus padres al final del pasillo. Con dos cojones.

Pero no me importa. Todo se desvanece cuando la beso y hundo la yema de los dedos en cada puto centímetro de su cuerpo para quitarle la ropa.

Su piel desnuda agita aún más mi respiración. Y me estremezco en cuanto su aliento roza el lóbulo de mi oreja.

«Joder».

Su respiración aumenta con la mía. Y pierdo cualquier resquicio de raciocinio cuando restriega su parte íntima contra mi entrepierna. La tengo dura y firme como una piedra.

Atrapo su boca. Su lengua es cálida. La mía está ardiendo.

La giro. Me quedo desnudo sobre ella. Y le muestro con cada movimiento el deseo que llevo arrastrando desde tanto tiempo.

Me aparto para mirarla un instante. Ella asiente. Es cuanto necesito.

Rozo su abertura al principio. Dura poco. No puedo contenerme. Ella tampoco.

Invado su interior como un depredador sobre su presa. En otra vida podría luchar por contenerme. En esta no.

La miro. La beso. La miro de nuevo. Y la penetro. Una y otra vez. Implacable.

Y por primera vez en mucho tiempo, dejo de ser el tipo que todo el mundo espera. Dejo de ser el hombre que dirige una empresa, que aprendió a base de golpes que mantener las distancias era lo único que podía protegerme.

Aquí y ahora, solo soy yo. Solo está ella. Solo estamos nosotros.

Y es cuanto importa.

Más tarde, Nerea está tumbada sobre mi pecho con una mano apoyada en mi estómago.

Nuestras respiraciones comienzan a calmarse.

Y noto por la tensión de mi cara que sonrío como un idiota.

—¿Estás despierto? —pregunta.

—No.

—Bien.

—Déjame que me reponga al menos.

—No lo digo por eso.

«Mierda».

—¿Entonces?

—Solo quería saber si te arrepientes.

Bajo un poco la cabeza para mirarla.

—¿Acaso tú sí?

—He preguntado yo primero.

—No. Claro que no me arrepiento.

Su mano se relaja.

—Vale.

—No me has respondido —insisto.

—Pregúntamelo mañana cuando haya comprobado que mi madre no está esperándonos con agua bendita en la cocina.

Me río. Me golpea el pecho.

—*Shhh*.

—Perdón.

—Como nos oiga...

—Dudo que no te haya oído.

—¡Oye! —Me golpea—. Tú tienes la culpa.

Debo ser un tonto, porque noto cómo ahora la sonrisa de idiota aumenta.

—Nerea.

—¿Qué?

—Duérmete.

Levanta la cabeza.

—¿Me estás dando una orden?

—Una sugerencia.

—Así me gusta. Mi pueblo. Mi casa. Mis normas, chato.

Se acomoda otra vez.

Cinco minutos después está dormida.

Yo tardo bastante más.

Lo mismo que tarda esta estúpida sonrisa en desaparecer de mi puñetera cara.

Capítulo 20

Elías

Me despierto con una rodilla clavada en el muslo.

Abro los ojos.

Nerea ocupa aproximadamente el ochenta por ciento de la diminuta cama.

—Gómez.

Nada.

—Nerea.

Gruñe.

—Aparta la rodilla —le pido.

—No estoy despierta.

—Me estás lesionando.

—Problema tuyo.

—Necesito que la sangre me circule por esa pierna.

Abre un ojo.

—Qué exigente te levantas después de follar.

—Habla más bajo.

Su sonrisa aparece de golpe.

—Mira quién teme ahora a mi madre.

—Tu madre me da bastante más miedo que el Consejo.

—Como debe ser. ¿Qué hora es?

—No lo sé.

Alargo la mano hacia la mesilla para coger el móvil y se lo muestro.

—Mierda —suelta, incorporándose de golpe.

—¿Qué?

—Son las ocho y veinte.

—¿Eso es malo?

—Mis padres llevan despiertos desde antes de que Dios inventara el domingo.

—Hoy es sábado.

—Les da igual.

Sale de la cama y empieza a recoger su ropa.

—Tú bajas primero —me ordena.

—¿Por qué?

—Porque eres el invitado.

—Tú eres su hija.

—Exacto. Yo tengo antecedentes.

—No entiendo tu lógica.

—No necesitas entenderla. Solo obedecer. Muévete.

«Mejor no discutir».

Diez minutos después consigo salir de la habitación vestido, peinado lo suficiente y con una dignidad que se sostiene por puro esfuerzo.

Bajo.

Encarna está en la cocina. Paco, sentado a la mesa. Los dos levantan la vista.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días —responde Encarna.

Paco me observa.

—¿Has dormido bien?

—Sí.

—¿El colchón no se te ha hundido por la izquierda?

Me quedo quieto.

Encarna le da un golpe con un paño.

—Paco.

—¿Qué? Yo solo pregunto.

«Tierra, trágame».

Me siento.

Encarna deja café delante de mí.

—¿Quieres tostadas?

—Sí, gracias.

—¿Dulce o salado?

—Lo que haya.

—Aquí hay de todo.

Otra frase cotidiana y ninguna pulla. Malo.

Me sirve dos tostadas.

Paco sigue mirándome. Vigilándome, más bien.

Por fin aparece ella. Pelo mojado. Ropa distinta. Cara de inocencia tan exagerada que juraría que provoca lo contrario.

—Buenos días.

Encarna ni se gira.

—Buenos días, hija.

—¿Qué hay para desayunar?

—Lo mismo que siempre.

—Perfecto.

Se sienta frente a mí. Evita mirarme.

Yo también.

Paco muerde una tostada sin quitarme ojo.

—A Elías no se le ha hundido el colchón —suelta de pronto.

Nerea se atraganta.

Encarna cierra los ojos.

—Paco.

—¿Qué? Solo es una observación.

Nerea bebe agua. Me mira por encima del vaso.

Yo concentro toda mi atención en la tostada.

—Igual le diste la vuelta al colchón. No sé. Me resulta extraño —insiste Paco.

—Papá.

Encarna deja un plato delante de su hija.

—¿Y tú? ¿Has dormido bien también?

«A este ritmo, las indirectas van a necesitar control aéreo».

Nerea mira a su madre.

—Sí.

—Me alegro.

Y ahí termina. Ninguna pregunta más.

Encarna vuelve a la cocina. Nerea me mira.

Yo levanto una ceja.

Ella mueve los labios y puedo leerlos: «Lo sabe».

Miro a Encarna. Está de espaldas.

—Claro que lo sé —responde la mujer desde la cocina.

Nerea se hunde en la silla. Paco se ríe.

Yo decido que necesito más café.

Tras el desayuno, Nerea nos sorprende a todos diciendo que nos volvemos a Madrid. Sus padres son los primeros en quejarse. Aunque después de que Encarna la interrogara en la cocina, mientras Paco y yo conversamos en el salón, la mujer accedió, no sin antes reñirle por no venir más a menudo a verla.

Poco después, los dos nos acompañan hasta el coche.

Encarna nos ha preparado comida para el trayecto. Mucha. Demasiada.

—No necesitamos tanto —protesta Nerea.

—Tú cállate.

—Son tres horas.

—Puede haber atasco.

—Mamá.

—Y él está muy delgado.

Miro a Nerea.

—Tu madre me cae bien.

—Traidor.

Encarna abraza a su hija para despedirse.

—Id despacio, que la carretera está muy mala. Y avísame cuando llegues, que me quede tranquila.

—Que sí, mamá. Como siempre.

—Siempre no, que luego se te olvida.

Paco, a mi lado, me entrega las bolsas de comida, que yo guardo en el maletero.

—Conduce con cuidado —me advierte el hombre.

Desde el desayuno, he descubierto que es un hombre más tolerante de lo que parecía en un principio. He dormido con su hija bajo su techo y, más allá de unas pocas indirectas, está claro que entiende que somos adultos.

—Descuida. Siempre lo tengo.

Le ofrezco la mano y él se la queda mirando.

—Déjate de formalismos, hombre. Dame un abrazo.

Me lo da él a mí. Le respondo agradecido.

Hasta que se acerca a mi oído con disimulo.

—Da gracias a que no he encontrado los perdigones de la escopeta.

Trago saliva.

Él se separa y con una sonrisa me da una palmada en el brazo.

—Vuelve cuando quieras —remata, como si no pasara nada.

Encarna se acerca y me abraza antes de que pueda reaccionar.

—Y tú no seas tan serio.

—Lo intentaré.

—Eso no sirve. Hazlo.

—Sí, señora.

—Mucho mejor.

Nerea aparece detrás.

—¿Ya habéis terminado de adoptarlo?

—No seas celosa —responde su madre.

Un último beso a su hija y nos subimos al coche.

Arranco.

Nerea baja la ventanilla.

—¡Adiós!

—¡Llama cuando llegues!

—¡Que sí!

Cuando salimos del pueblo, Nerea se deja caer contra el asiento.

—Mi padre sabe que hemos follado.

Mi mente tarda décimas de segundo en recrear la escena de él viniendo hacia mí con la escopeta.

—Creo que tu madre lo sabía antes incluso —afirmo para no pensar en ello y desviar la atención hacia Encarna.

—Tranquilo. A mediodía ya lo sabrá medio pueblo.

La miro, frunciendo el ceño.

—¿Hablas en serio?

—A ver, déjame pensar. Espera, puede que Ismael tarde un poco más en enterarse por la resaca de anoche.

Nerea parece divertirse, a juzgar por cómo lo dice.

—Pues no me hace gracia —siseo.

—Debería. Es un pueblo pequeño, y ya sabías a lo que te exponías.

—Pero no a que todo el mundo sepa que nos acostamos.

—Podría haber sido mucho peor, así que no te quejes.

—¿Peor?

—¿Acaso crees que me presenté en tu habitación sin haber escondido los perdigones de mi padre antes?

Giro el cuello con tanta fuerza que casi me lo quiebro.

—¿Lo sabías?

—Son mis padres, ¿qué esperabas?

Abro la boca. La cierro. Vuelvo a abrirla...

—Me debes una, León —se mofa.

Su sonrisa es tan amplia que acaba contagiándome.

No sé si echarla del coche o parar para decirle lo que estoy sintiendo ahora mismo. Si pudiera, haría ambas.

Durante un rato nos quedamos en silencio.

Lo aprovecho para hacer recuento de todo lo que ha pasado. El pueblo. La verbena. La gente. Sus padres. La noche que hemos pasado juntos...

Nerea deja una mano cerca de la mía sobre la consola central. No la toca.

Durante varios kilómetros tampoco lo hago yo.

Hasta que la mueve. Un centímetro. Después otro.

Nuestros dedos se rozan. Y algo tan infantil e inocente me provoca un vuelco en el estómago.

La miro.

—Conduce —me ordena.

—Ya lo hago.

—Pues mira a la carretera.

Obedezco. Aunque ahora solo quiero centrarme en ella.

Nerea entrelaza los dedos con los míos, y sin justificación el corazón se me acelera.

—No hagas eso —me advierte.

—¿El qué?

—Sonreír de esa manera.

Ni me había dado cuenta.

Me olvido de su advertencia y aprieto su mano.

—¿Qué somos, Nerea?

La pregunta sale de mi boca antes de que pueda detenerla.

«Cojonudo, León».

Ella gira la cabeza.

—¿Perdona?

—Nada.

—No, no. Ahora no te escondas.

—Olvidalo.

—Elías León preguntando qué somos. Esto necesito grabarlo.

Me suelta y la veo rebuscando en su móvil.

«No puedo creerlo».

—No irás a sacar el móvil.

—Podría hacerse viral.

—Ya hemos tenido suficiente con tus vídeos.

Sonríe.

Vuelve a cogerme de la mano y enseguida me calmo.

—No sé qué somos —admite. Su voz cambia. Ahora es mucho más serena. Sin bromas. Sin humor—. Solo sé que no quiero volver a Madrid y fingir que no pasó nada anoche.

Aprieto su mano y la miro.

—Yo tampoco.

—Y tampoco quiero que dentro de dos días te entre un ataque de CEO y decidas que esto pone en riesgo los mercados internacionales.

—No tengo competencias sobre los mercados internacionales.

Se revuelve, alzando una ceja.

—Eres imbécil.

—Solo intento ser preciso —bromeo.

Aprieto su mano y la miro.

—Nerea. No voy a fingir que no ha pasado.

Su expresión se suaviza.

—Vale —admite al fin.

Me río.

Ella también.

Me centro de nuevo en la carretera. O al menos lo intento.

Madrid aún está a varios kilómetros. Allí nos esperan Ramón, Ferrer, Héctor, el Consejo y la decisión sobre su puto expediente.

Nada ha desaparecido porque hayamos pasado una noche juntos en casa de sus padres.

Pero tengo su mano en la mía y es cuanto quiero.

Escuchamos la música durante un rato, hasta que ella se vuelve hacia mí.

—Ah, y otra cosa... Como el lunes me vuelvas a llamar señorita Gómez delante de todo el mundo, te parto las piernas.

—¿Y cómo quieres que te llame?

Me mira.

—Nerea.

—Eso levantaría sospechas.

—Entonces improvisa.

—No improviso bien.

—Ya. —Su sonrisa se ensancha—. Por eso condujiste tres horas con una caja de pastas.

No tengo defensa.

Piso un poco más el acelerador.

—Cállate.

—Eso no va a pasar.

Lo sé.

Y, por una vez, no quiero que pase.

Capítulo 21

Elías

El lunes a las nueve y siete de la mañana recibo un mensaje.

*Te he robado una
camisa.*

Hago un repaso mental y no echo ninguna en falta.

¿Cuál?

Los tres puntos aparecen casi al instante.

La blanca.

Tengo seis blancas.

*Pues ya tienes una
menos.*

Apoyo el móvil sobre la mesa.

Lucas entra sin llamar justo cuando estoy intentando decidir si eso me parece irritante o absurdamente satisfactorio.

—Buenos días.

—No.

—Qué carácter.

—¿Qué quieres?

Se sienta delante sin permiso.

—Nada. Solo comprobar que sigues vivo después de pasar el fin de semana en casa de los padres de Nerea.

—¿Tú también? Sigo vivo. ¿Algo más?

—Y entero, por lo que veo.

Lo miro.

El muy cabrón sonrío.

—Fuera.

—Eso responde bastante.

—Lucas.

—Vale. Trabajo. Mucho trabajo. Responsabilidad. Seriedad.

Se levanta.

Antes de salir, se gira.

—Por cierto, llevas cinco minutos mirando el móvil con cara de imbécil.

—¡Fuera!

Cierra la puerta riéndose.

Mi teléfono vibra otra vez.

*Ah, y no cuentes con
recuperarla.*

Es de trabajo.

Ahora es sentimental.

*No sabía que una
camisa pudiera
ascender tan rápido.*

Está bien relacionada.

Sonrío.

Me obligo a dejar el móvil boca abajo.

Tengo un Consejo esta tarde, una operación que lleva semanas bloqueada y dos hombres a los que todavía necesito demostrar que llevan demasiado tiempo jugando con información que no les pertenece.

La normalidad dura doce minutos.

Nerea aparece al otro lado del cristal con una carpeta bajo el brazo.

Se detiene. Me mira. Yo también. Ninguno hace nada.

Martina levanta la cabeza desde su mesa.

Nerea se da cuenta. Sigue caminando.

Mi móvil vibra.

Disimula.

Estoy trabajando.

*Tienes cara de haberme
visto desnuda.*

Aprieto los dientes.

*Porque te he visto
desnuda.*

Los puntos aparecen. Desaparecen. Vuelven.

*Tantos estudios y no
sabes fingir. Qué castigo
tengo (emoji de mano
en la frente).*

Bloqueo el teléfono. No vuelvo a tocarlo durante tres minutos.

Héctor entra a las once y media.

No llama. Eso es mala educación, aunque, en su caso, significa que trae algo.

Deja una carpeta fina sobre mi mesa y se sienta.

—Tenemos al hombre del vídeo.

La sonrisa de Nerea desaparece de mi cabeza.

—¿Es quien sospechaba?

—Sí. Javier Valcárcel. Director de operaciones de Enerplus.

Abro la carpeta. Hay una fotografía corporativa en la que aparece Valcárcel.

—¿Y Ramón?

Héctor desliza otra hoja hacia mí.

—Aquí está lo mejor.

Me gusta esa palabra.

Sobre todo, después de las últimas semanas.

—Este documento confirma que Ramón mantuvo tres reuniones con Valcárcel durante los últimos dos meses. Las justificó como encuentros sectoriales. Hasta ahí, nada ilegal.

—¿Y ahora?

—Ahora tenemos esto. Ve a la última hoja.

Paso los folios.

—He cruzado datos hasta dar con el hilo conductor de todo. Podemos demostrar que estaba recibiendo documentación interna de una operación confidencial a un directivo de la competencia.

—Su objetivo siempre ha sido hundirnos.

—Para poder hacerse con Del Río y fusionar ambas empresas. Estabas en lo cierto.

—¡Qué hijo de puta!

Me quedo callado un instante. Y no por saborear la victoria. Sino por confirmar que mis sospechas eran ciertas.

—¿Y qué hay de Ferrer?

Héctor me pasa otra hoja.

—Él también está implicado y podemos demostrarlo.

—¿Cómo lo ha hecho?

—He revisado su departamento, como me pediste, y he cruzado las incidencias de facturación con varios cambios que introdujo desde Comercial.

—¿Y?

—Los errores no eran errores.

Miro el documento y después de nuevo a él.

—Explícate.

—Cargos indebidos. Conceptos duplicados. Regularizaciones mal aplicadas. Importes distintos, clientes y zonas diferentes. Lo bastante dispersos para perderse entre millones de facturas.

—¿Ferrer los provocaba?

—Su departamento alteró los procedimientos que los generaban. Y él los autorizó.

Me echo hacia atrás.

—Su objetivo era que los clientes nos denunciaran y cargarse el prestigio de la empresa.

—Así es.

—Joder.

—Quejas. Devoluciones. Reclamaciones ante Consumo. Redes sociales. Prensa cuando alguna acumulaba suficiente ruido... Cada caso aislado parecía una incidencia normal. Juntos forman un patrón.

Miro los datos otra vez.

Aquí está todo.

—Estaban deteriorando la empresa desde dentro.

—Exacto. Peores cifras, peor reputación, más conflictos con clientes. Y mientras tanto Ramón presionaba al Consejo con Enerplus detrás.

—La solución al problema que ellos mismos estaban creando.

Héctor asiente.

—Y Valcárcel esperando al otro lado.

Me quedo mirando la carpeta.

Ferrer generaba el daño. Ramón empujaba la operación. Valcárcel se beneficiaba de ella.

No querían robarle dinero a Eléctrica del Río. Querían devaluar su valor en el mercado.

Y entonces lo recuerdo. La llamada de una mujer cabreada exigiendo que alguien le explicara por qué coño le habían cobrado de más.

Nerea llevaba razón desde el puto principio.

—¿Es suficiente para el Consejo?

—Y para meterlos en la cárcel, si queremos.

—Bien.

Héctor se levanta. Cuando está a punto de llegar a la puerta, se gira.

—Ah, y una cosa.

—¿Qué?

—Dale las gracias a Nerea. Sin su vídeo, no habríamos llegado a tiempo del plazo que te dieron.

Asiento, y lo veo marcharse.

Me quedo con la carpeta abierta.

Ramón me dio catorce días convencido de que llegaría al final sin nada. Esta tarde se cumplen. Y le espera una sorpresa.

A las doce y cuarto entro en Recursos Humanos. No porque me hayan llamado. Porque soy idiota.

Claudia levanta la cabeza al verme.

—¿Qué necesitas?

Me siento frente a ella.

—¿Cómo está lo de Nerea?

—En revisión hasta que dirección cierre criterio.

—Quiero cerrarlo hoy. Después del Consejo no habrá motivo para mantenerlo abierto.

Claudia no dice nada. Eso ya debería avisarme.

—¿Lo habéis hablado?

La pregunta me detiene.

—¿Quién?

—Tú y Nerea.

—No hace falta.

Claudia apoya el bolígrafo sobre la mesa.

—Voy a llamar a Lucas.

—Ni se te ocurra.

—Esto merece celebración.

Me levanto.

—Claudia.

—Vale, vale.

Salgo.

Mi siguiente parada está tres plantas más abajo.

Nerea está en la zona de archivo, con dos carpetas abiertas sobre una mesa y un lápiz sujetándole el moño.

—Necesito preguntarte una cosa.

Levanta la vista.

—Hostia.

—Muy graciosa.

—Sigue. No quiero interrumpir un acontecimiento histórico.

—Recursos Humanos puede cerrar hoy lo tuyo después del Consejo.

La broma desaparece.

—¿Puede?

—Sí. Vengo de allí.

—Bien. Quiero que se archive. No quiero otro comité, ni otra reunión, ni tener que justificar por décima vez un vídeo que grabé en mi tiempo libre.

Asiento.

—Pero quiero estar cuando se tome la decisión final —añade.

—¿Por qué?

—Porque es mi nombre el que está en esa carpeta. Quiero escuchar cómo la cierran.

Da un paso hacia mí y mi cuerpo reacciona sin permiso.

—De acuerdo.

—Y quiero que, si alguien intenta convertirlo en un favor personal tuyo, me dejes contestar a mí.

—Eso me va a costar.

—Pues ve aprendiendo, que ya vas teniendo canas.

—¡Yo no tengo canas! —me quejo.

—Eso que te crees tú.

No sé si reírme o estrangularla.

Me inclino un poco.

—¿Algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Devuélveme el lápiz.

Miro su pelo.

—Lo llevas puesto.

—Ah.

Se lo quita.

El moño se viene abajo.

Me quedo mirándola y su ceño se frunce.

—No he hecho nada —defiendo.

—Tu cara sí.

Sonríe.

—Vete al Consejo, señor León.

—No vuelvas a llamarme así.

—Depende de cómo te portes.

Me marcho antes de hacer algo que nos obligue a cerrar también la puerta del archivo.

A las cinco menos tres minutos Ramón entra en la Sala de Juntas con la misma seguridad de siempre.

Ferrer llega detrás.

Lucas se sienta a mi derecha.

Héctor no forma parte del Consejo, pero espera fuera con toda la documentación preparada por si necesitamos algo.

Cada uno tiene una carpeta delante con el informe que él ha preparado.

Tomamos todos asiento, y Ramón es el primero en hablar.

—Bueno —empieza—. Se acabó el plazo.
—Así es —respondo, mirándolo fijamente.
—Tus equivocadas intuiciones ya nos han retrasado bastante.
—Catorce días —le recuerdo.
—Suficiente para no hacerle perder más el tiempo al Consejo.
—O para poder demostrar que estaba en lo cierto.

Hace un gesto que apenas se aprecia, pero que noto desde mi posición.

—Solo son conjeturas, así que acabemos con esto cuanto antes.
—Voy a darte lo que me pides. Hablemos de Enerplus.

Ramón y Ferrer se tensan en cuanto lo nombro.

—Abran sus carpetas —les pido a los miembros del Consejo.

El trabajo de Héctor es impecable.

Pero Lucas ha preparado una presentación visual.

En la pantalla aparecen cada uno de los fotogramas del vídeo. En todos ellos se ve claramente lo que ocurre. La plaza. El coche. Ramón. Valcárcel...

La sala se queda en silencio.

Ferrer deja de moverse. Ramón tarda un segundo más de la cuenta.

—¿Qué es esto?

—Tú sabrás.

—Solo son fotografías borrosas.

—En realidad son fotogramas.

—No veo qué relación tiene con la reunión —masculla tenso.

—El hombre que aparece contigo es Javier Valcárcel.

Una consejera gira la cabeza hacia Ramón.

Él ni pestañea.

—Conozco a Valcárcel. Media industria lo conoce.

—Sí. Pero no que os conocéis tanto —enfático.

Miro a Lucas y este pasa a la siguiente imagen.

Hemos dejado lo mejor para el final. La entrega de la carpeta de Enerplus ampliada.

Ramón cambia de postura.

—Esto es IA. Yo no estaba ahí.

—La emisión fue en directo —aclaro.

—De igual modo. Eso no demuestra nada. Hay conversaciones habituales con otras empresas del sector.

—No con documentación interna de una operación pendiente de votación —replico.

—No podéis demostrar qué había en esa carpeta.

—Podemos demostrar qué expediente salió del archivo, quién lo retiró y qué referencia aparece en el vídeo. Así como las transferencias que ellos te han ido haciendo.

Uno de los consejeros veteranos toma una de las hojas y decide intervenir.

—Aquí hay transacciones de dinero a tu cuenta. ¿Puedes explicarlo?

—A nadie le importa si yo tengo relaciones privadas fuera de la empresa.

—Sí, cuando se trata de la competencia —le recuerdo.

Ramón golpea la mesa con dos dedos.

—Esto es absurdo. Estáis construyendo una acusación sobre una grabación casual de una empleada que ya ha puesto en riesgo la imagen de esta empresa.

—Cuidado —advierto.

Mi tono es de amenaza. Mi mirada también.

—¿Con qué? —me vacila—. ¿Ahora tampoco se puede hablar de ella?

—Puedes hablar de lo que quieras. Pero no confundas su vídeo con el contenido que aparece en él.

—Ese vídeo no debería existir.

—Eso no cambia que tú aparezcas en él y que seas un puto espía.

Silencio.

Ferrer, que se ha mantenido en todo momento al margen y no ha salido en defensa de su socio, es el siguiente en llevarse el protagonismo.

—También hay más información sobre tu conexión con Ferrer y lo que os llevabais entre manos.

El hombre palidece.

Otro miembro llega a la página de Ferrer y de su operación con las facturas.

—¿Y qué tienes que decir sobre esto?

Ferrer traga saliva. Por su cara no circula una gota de sangre.

Mira a Ramón. Este no le devuelve la mirada.

—Esto se está sacando de contexto —intenta defenderse Ferrer. La voz le tiembla—. El departamento es demasiado grande y tiene demasiados empleados. Puede que algunos de ellos no estén bien formados.

—Ni se te ocurra echar la culpa a Recursos Humanos —interviene Lucas.

Los miembros del Consejo siguen haciéndoles preguntas a ambos. Cada vez más incómodas. Ferrer responde peor. Y Ramón perdiendo, minuto a minuto, esa seguridad con la que ha entrado.

La votación llega después.

La absorción de Enerplus no se llevará a cabo.

Ferrer, queda expedientado y es despedido de manera inmediata.

Ramón pierde su puesto en el Consejo por mayoría y se le anula cualquier relación con Eléctrica Del Río.

Y todo ello con el expediente pendiente de trasladar al departamento legal para determinar si procede emprender acciones penales contra ambos.

Tras la humillación, Ramón se levanta, mirándome a mí.

—Esto no termina aquí.

—Espero que no. Aún debemos saber qué hacen en Legal.

Frunce el ceño.

Sale de la sala. Ferrer detrás.

Las puertas se cierran.

Durante unos segundos nadie habla.

Después me incorporo, apoyo los antebrazos en el borde de la mesa y me dirijo al Consejo.

—Antes de terminar hay otro asunto pendiente. Nerea Gómez.

Varias miradas vuelven hacia mí. Y yo le hago una señal a Lucas para que la avise.

—Quiero que ella esté presente —les explico a los miembros del Consejo.

Nerea entra diez segundos después, acompañada de Claudia y un miembro de Recursos Humanos. Estaban en la puerta esperando.

Se sientan. Nerea no lo hace a mi lado.

Bien.

El de Recursos Humanos resume el asunto. Vídeo personal. Sin identificación de empresa. Sin información confidencial divulgada de forma voluntaria. Y ahora, además, pieza relevante en el descubrimiento de una posible vulneración interna de confidencialidad.

La conclusión tarda menos de cinco minutos.

No se abre expediente. El asunto queda cerrado.

Nerea escucha hasta el final.

Después pregunta:

—¿Por escrito?

El responsable parpadea.

—Sí.

—Perfecto.

La miro. No sonrío.

Yo tampoco.

Lucas sí. Pero lo ignoro.

Son más de las siete cuando salgo de mi despacho un momento. La planta está casi vacía. Ni Martina ni Nerea están en su sitio.

Ha sido un día intenso. Pero me molesta que no se haya despedido antes de marcharse.

Salgo del aseo. Apago las luces del pasillo y me voy directo al despacho.

Cuando entro, Nerea está sentada en mi sillón con los pies sobre una esquina de la mesa.

Me detengo.

—¿Qué haces?

—Probando el poder.

—Baja los pies.

—Qué rápido has vuelto a ser CEO.

—Es mi mesa.

—Y esta, nuestra primera pelea de pareja.

—No somos pareja.

La frase sale demasiado rápido.

Nerea baja lentamente los pies.

—Ah.

«Mierda».

—No quería decir...

—Tranquilo.

—Nerea.

—No pasa nada.

Se levanta.

—Sí pasa.

—¿Entonces?

Me quedo mirándola. Otra vez.

Siempre consigo encontrar las palabras correctas para una sala llena de gente que quiere arrancarme la empresa de las manos. Con ella no.

—Me ha salido sin pensar. Aún no le he puesto nombre. No sé cómo llamarlo.

—Pues no lo llames.

—No quiero que pienses que...

—Elías, basta. —Se cruza de brazos y yo me preparo para lo peor —. No necesito una etiqueta hoy. Necesito saber si dentro de una semana vas a seguir entrando en una habitación y buscándome primero.

Eso sí lo sé.

—Sí —respondo con firmeza.

—¿Y si me vuelvo a enfadar contigo?

—Es probable.

—¿Y si te digo que no?

—Paro.

—¿Y si me voy?

—Ya sabes lo que hago cuando te vas. Me gusta conducir.

Se le escapa una sonrisa.

—Con una caja de pastas.

—No le volveré a hacer caso a Lucas.

—A mi madre le gustaron.

—Entonces volveré a cometerlo.

Se ríe.

Y ahí está. La forma en que me mira después. Sin defensa.

Se acerca despacio hacia mí. Y no sé por qué me siento como una presa ante su cazador.

—Hoy has estado bien ahí dentro.

—Se suponía que ibais a esperar a que Lucas os avisara.

—¿Qué quieres que te diga? Nos pone el marujeo.

—Supongo que tienes a quién parecerle.

—¡Oye! —se queja, dándome un golpe en el pecho.

La agarro de la cintura y la atraigo hacia mí, con la sonrisa de un chiquillo.

—Te odio —gruñe con la voz pequeña.

—Mentira —me vanaglorio.

—Muchísimo.

—Más mentira.

—Yo no miento. Me enseñaron desde pequeña que...

—Te quiero.

Me sale sin pensar. Sin control. Y con una claridad que la deja sin habla.

Los ojos casi se le salen de las órbitas mientras me mira.

—Hostia. ¿Qué has dicho?

—Nada.

—Ahora eres tú quien miente. Lo he oído perfectamente.

—¿Entonces para qué preguntas?

—Es por costumbre.

Retrocede un paso y eso me acojona más que una amenaza de bomba.

—¿Y qué piensas hacer? ¿No vas a decir nada? —pregunto de manera atropellada.

—No sé. Dame un momento.

—No me lo puedo creer.

—Cállate. Lo esto procesando.

Me callo.

Cinco segundos.

Diez.

—Vale —dice.

—Vale, ¿qué?

—Que yo también.

—Eso es una respuesta de mierda.

—Te jodes. Es la que hay.

Doy un paso hasta ella. La alcanzo. La agarro por la cintura y la miro a los ojos.

—¿Puedes repetirlo?

—No.

—Nerea.

—No abuses.

—Una vez.

—Que no.

—Gómez.

—Señor León.

La beso. Se ríe contra mi boca.

Y, por primera vez desde que empezó todo esto, no hay nadie esperando que tomemos una decisión después.

Cuando nos separamos, apoya la frente en mi pecho.

—Por cierto.

—¿Qué?

—Mi madre quiere saber cuándo volvemos.

Cierro los ojos.

—No.

—Dice que quedaron pastas.

—Imposible.

—Y que mi padre quiere hablarte de placas solares.

—Menos.

—Y Pilar ha preguntado si ya eres oficialmente mi novio.

La miro.

—¿Qué le has dicho?

Sonríe.

—Que todavía estás en periodo de prueba.

—¿Y quién decide si lo supero?

—Yo.

Asiento.

—Me parece justo.

Se queda quieta un segundo.

—¿Acabas de decir que te parece justo que yo decida?

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde.

Mi móvil vibra sobre la mesa. No lo miro.

Nerea sí.

—¿No vas a cogerlo?

—No.

—¿Y si es importante?

—Ahora mismo no.

La beso otra vez.

—Mira qué bien aprendes —se mofa, separándose lo suficiente.

—Tengo buena profesora.

—Eso es verdad.

Y por una vez, cuando empieza a hablar otra vez, no hago ningún intento por hacerla callar.

Epílogo

Nerea

Una semana después todo vuelve a la normalidad. También tengo puesto fijo. Eso último todavía me cuesta decirlo sin mirar alrededor por si alguien aparece para explicarme que ha sido por tirarme al jefe.

Sigo teniendo, además, una camisa blanca que no pienso devolver.

Así que, en general, las cosas van bastante bien.

Sobre todo, porque uestoy de vacaciones!

Por eso no sospecho nada cuando Claudia entra en mi habitación el viernes por la mañana, abre mi armario y anuncia que ese vestido se va directo a la maleta y que también necesito el bañador negro y sandalias.

Y todo ello sin decirme adónde vamos porque no puede, aunque claramente sí quiere.

Intento sonsacárselo, sin éxito, y termino haciendo la maleta bajo protesta, dejando constancia de que si acabamos en un camping pienso dormir encima de Elías para que se coma él los mosquitos.

Mi primera oportunidad de interrogar al principal sospechoso llega cuarenta minutos después, cuando bajo con la maleta y encuentro a Elías apoyado en el coche con gafas de sol y cara de hombre que tiene información y está disfrutando demasiado de no compartirla. Lucas está a su lado.

—No me vengas con buenos días —le suelto—. ¿Adónde vamos?

—De viaje.

—Menos mal que diriges una empresa. Capacidad de síntesis no te falta.

Me besa.

Intento mantener la indignación durante el beso. No lo consigo.
Eso me cabrea todavía más.

—No utilices sexo para desviar una investigación —mascullo.

—Ha sido un beso.

—Así se empieza.

Lucas abre la puerta trasera.

—¿Subimos o esperamos a que Nerea consiga una orden judicial?

—A ti te ha tocado, por hablar —digo, apuntándolo con el dedo

—. Dime adónde vamos.

—No. He firmado un acuerdo de confidencialidad.

—Trabajas en una eléctrica, no en la CIA.

—Este es más serio. Claudia me ha amenazado.

Miro a mi amiga, que mete su maleta en el maletero como si no fuera con ella.

—Traidora.

—Te he hecho la maleta —se justifica.

—Me has ayudado a hacerla.

—Cuenta como hacerla.

Subimos.

A los diez minutos ya estoy preguntando si es norte o sur, si necesito pasaporte, si el pasaporte lo llevo yo o me lo han metido ellos también.

Ninguno de ellos me dice nada en claro.

—No pienso volver a confiar en ninguno de vosotros.

—Eso dijiste después de la noche que salimos a la discoteca —
responde Lucas.

—Y tenía razón.

Elías suelta el volante y me coge la mano.

—Te va a gustar.

—Ese no es el problema.

—¿Cuál es?

—Que has organizado algo sin preguntarme.

Se pone serio medio segundo.

Demasiado fácil.

—Tienes razón. Doy la vuelta.

—Ni se te ocurra.

Desde los asientos traseros, Lucas y Claudia se ríen a la vez.
Le aprieto la mano a Elías. Solo para que quede claro.

No salimos del país. Pero sí acabamos en el aeropuerto.
Vamos a Mallorca, y me entero delante de la pantalla de salidas.

—Podíais haberme sorprendido con una cena. Un restaurante, o yo qué sé. Me habéis tenido media hora de incertidumbre.

—Entonces no sería sorpresa —aclara Elías—. Llevas sonriendo desde que has visto la pantalla.

—Tengo gases.

—Claro.

Le doy con el bolso.

La segunda parte de la encerrona llega al aterrizar, y esta sí me cabrea. O me fascina. No lo tengo claro.

El coche nos deja frente a un hotel con un señor cuya única función parece ser abrirme una puerta que puedo abrir yo perfectamente.

Entro. Salgo otra vez.

Miro la fachada.

Vuelvo a entrar.

—No jodas que nos alojamos aquí —le digo a Elías.

—Sí. Tenemos reserva.

—Pues cancelala.

—¿Por qué?

Porque hace unos meses no tenía dónde caerme muerta y ahora...

—Porque esto tiene mármol hasta en sitios donde no sabía que se podía poner —respondo en su lugar.

Lucas y Claudia siguen hacia recepción sin inmutarse.

Los seguimos.

—Claudia. ¿Tú estás viendo esto?

—Sí.

—¿Y?

—Es bonito.

La miro horrorizada.

—¿Es bonito? ¿Eso es todo?

—Sí.

Elías intenta pasarme una mano por la cintura. Se la aparto.

—No me toques. Necesito estar cabreada contigo y no me estás ayudando.

—Ya os dije que se enfadaría —interviene Claudia.

Me pongo seria y los miro a los tres.

—A ver. ¿Cuánto cuesta esto?

Elías niega con la cabeza.

—Solo quiero saberlo —insisto.

—Precisamente.

Miro a Lucas.

—¿Cuánto?

—Pues...

—Tú calla —lo corta Claudia.

—Solo iba a...

—No.

Bufo.

—Esto es una secta.

Damos los datos en recepción y subimos.

La suite termina de rematarme: cama, salón, terraza, mar, todo en el mismo sitio, como si una persona pudiera necesitar tantos lugares distintos para sentarse.

—No te acostumbres —le advierto a Elías desde la terraza.

—¿A qué?

—A impresionarme.

—Llegas tarde.

—No estoy impresionada.

—Has abierto el baño dos veces.

—Tiene una ducha que podría alojar a una familia de cuatro.

—Tres, como mucho.

—Capullo.

Se acerca y me abraza la cintura por detrás.

—¿Te gusta?

—Regular. Se puede dormir. Y pienso robar el champú.

—Eso me preocupa más.

Quiero seguir enfadada con él. Juro que quiero. El problema es que cada vez tengo menos argumentos.

Y en lugar de eso me vuelvo y comienzo a besarlo como si no hubiera un mañana.

Alguien llama a la puerta en el momento más álgido del beso.

«Como sea el servicio de habitaciones, pienso poner una reclamación».

Elías abre y es Claudia quien entra como un tornado, seguida de Lucas.

—¿Todavía así? Venga. Ponte el bañador. Siguiente sorpresa.

Miro a Elías.

—Te voy a matar.

La sorpresa flota.

Eso es lo primero que pienso al llegar al puerto. Lo segundo es que voy a matar a alguien.

—No —digo, plantada en el embarcadero.

—Sí —dice Lucas, siguiendo hacia el barco.

—¿Qué pasa? ¿No os bastaba con un patín de pedales?

—Es nuestro durante unas horas —celebra Claudia, con una sonrisa que amenaza con partirle la cara.

«La lástima es que no se la parta de verdad».

Si el hotel es de lujo, el yate no se queda atrás.

Tiene camarotes, no habitaciones. Camarotes. Y Elías se ríe de mí cuando entro y los veo.

A la hora, Lucas es incapaz de pasar más de treinta minutos sin convertir cualquier cosa en una competición.

Empieza con una aceituna que intenta lanzarse a la boca desde treinta centímetros y que le rebota en la nariz.

Me río durante casi un minuto entero. Él insiste en que yo no puedo hacerlo mejor, cae en su propia trampa, y cinco minutos después tenemos equipos, reglas inventadas sobre la marcha y a Elías aceptando ser, según mis propias palabras, Satanás, con sorprendente dignidad.

Gano yo la primera.

Las siguientes las gana Elías.

Lucas pierde de manera aplastante, y por eso nos propone diferentes juegos durante todo el día. En el agua. Fuera. E incluso después de comer. Langosta, por cierto.

Más tarde, mientras Claudia y Lucas andan perdidos por el interior del yate, me apoyo en la barandilla del barco.

Delante tengo el atardecer más bonito que he visto en toda mi vida.

Escucho unos pasos y sé que es él.

De nuevo me abraza por detrás. Adoro cuando me hace eso.

—Gracias —susurro—. Por todo esto.

—Pensaba que estabas enfadada.

—Muchísimo. Solo que ahora no me apetece mostrarlo.

Noto su sonrisa en la nuca sin necesidad de verla.

Me giro y le paso los brazos por el cuello.

—Ha sido una pasada —confieso.

—Lo sé.

—Capullo.

—También.

Lo beso. Sin música imaginaria, sin reflexionar sobre el destino, sin pensar en lo mucho que ha cambiado mi vida.

Bueno. Un poco sí.

Hace unos meses tenía una papelería cerrada, una factura que me parecía el fin del mundo y un desconocido al teléfono al que habría estrangulado con el cable del cargador.

Ahora el desconocido me tiene agarrada por la cintura en un yate de lujo sobre aguas turquesas, mientras nuestros mejores amigos están follando en algún camarote, o discutiendo por si vamos a cenar sushi o comida china.

No está mal.

Elías se separa y me mira a los ojos.

—Debes saber que esto no ha terminado.

—¿Aún hay más? —Me deja tan de piedra que suelto un gallo sin querer.

—Claudia ya nos advirtió que no debíamos contarte nada o no vendrías.

—Ahora sí que me estoy poniendo nerviosa.
—¿No confías en mí?
—No confío en ninguno de los tres —bufo.
—Mientes.
—¿Y cómo lo sabes?
—Porque cuando lo haces te tiembla parte de la mandíbula — dice, besándola—. Y porque se te mueve el lóbulo de la oreja — añade, lamiéndolo.
Joder, soy como un libro abierto. Pero ahora no me importa.
—Sigue —le pido con la respiración entrecortada.
—Y también porque tu cuello se tensa... y te salen unas venitas diminutas —susurra mientras me besa el lado izquierdo.
—Te has confundido —balbuceo, casi sin aliento—. Todo esto es cuando me enfado.
—Cuando te enfadas, se te erizan estos —asegura, mientras me agarra un pezón y lo pellizca.
—Esto no me gusta —jadeo.
—¿Estás segura?
—Esto sí... me refiero a...
«... A que me conozcas tanto».
Su lengua sube por mi cuello y me provoca un escalofrío que no me deja acabar.
—Te odio, León —murmuro.
—No cuela —asegura justo antes de atrapar mi boca y besarme con todas sus fuerzas.
Joder.
Qué rápido aprende el cabrón.

Fin

**Tu opinión me ayuda y también a
otros lectores como tú.**

**Si te ha gustado, déjame tu
valoración en Amazon.**

**Gracias,
García de Saura**

¿Te apetece otra historia de **romance *gamberro***? Empieza por:



SINOPSIS:

Paula no necesita magia para meterse en problemas. Le basta con su lengua afilada, su mala leche y un enemigo de la adolescencia: Juanjo Garza.

En el pequeño pueblo de Cuenca donde crecieron, sus guerras eran legendarias. Hasta que un día Paula, convencida de que era

una bruja con poderes, le lanzó una amenaza cargada de rabia... y, por alguna razón, Juanjo y toda su familia desaparecieron del pueblo sin dejar rastro.

Quince años después, Paula es una abogada brillante en Madrid y aquel episodio pertenece al pasado.

O eso cree.

Porque el destino tiene un sentido del humor muy particular y Juanjo Garza acaba de volver a su vida.

Más atractivo. Tan brillante como siempre. Y con una rivalidad que nunca terminó de apagarse.

Entre secretos, malentendidos y una química que ninguno de los dos quiere reconocer, Paula descubrirá que algunas historias del pasado... no se olvidan.

Solo cambian de juego.

Descubre

El **Universo ROMANCE GAMBERRO: Humor y carácter.**

Saga Houston

- [Houston, tenemos más de un problema](#)
- [Houston, tenemos una misión inn-posible](#)
- [Houston, tenemos nueve semanas y media](#)
- [SAGA Houston \(completa\)](#)

Bilogía La cuadrilla

- [La cuadrilla 1](#)
- [La cuadrilla 2](#)
- [Bilogía completa La cuadrilla \(Volumen 1 y 2\)](#)

Bilogía Huyamos

- [iHuyamos, ahora que podemos! \(Volumen 1\)](#)
- [iHuyamos, ahora que podemos! \(Volumen 2\)](#)
- [Bilogía completa iHuyamos, ahora que podemos!](#)

Otras novelas de romance gamberro

-

Mi jefe me pone. Y de los nervios también

-

[Mis poderes y tus polvos mágicos — Humor, deseo y secretos que arden](#)

-

[Mi Napoleón y sus buenas partes](#) (nueva versión de *Aquí le echamos muchos huevos... a la tortilla*)

-

[Uriarte](#)

-

[Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca](#)

-

[La culpa es de D.I.S.N.E.I.](#)

-

[Soñando a lo grande, pensando a lo "chico"](#)

Otros Universos

- ROMANCE DE PODER: Orgullo y tentación
- ROMANCE DE FANTASÍA (*romantasy*): Viajes en el tiempo
- EDICIONES NAVIDAD

Agradecimientos

Quiero agradecerlos a todos los que me habéis acompañado en este proceso, incluso sin saberlo.

A las lectoras que me empujan con cada historia a ir un paso más allá. Sois el motivo y el motor.

A mis Gamberras brujillas... Gracias por ser tribu y celebrarlo todo, hasta lo que aún no ha pasado. Sin vosotras, esto no tendría magia.

A mis cero, Salvi, Mari @libroshistoriasyyo y Yolanda @bookeandoenlasnubes, por compartir conmigo vuestras emociones y opiniones, además de momentos extraordinarios que siempre llevaré conmigo en el corazón.

A mi familia, por apoyarme y permitirme robaros tiempo. Os amo.

Y a mis nuevos lectores, a los que os doy la bienvenida a mis universos literarios.

Gracias a todos por concederle a *MI JEFE ME PONE. Y DE LOS NERVIOS TAMBIÉN* entrar en vuestras vidas.

García de Saura

Biografía



García de Saura es mi seudónimo, y mi nombre es Carmen María. Soy natural de Molina de Segura, Murcia. Cursé mis estudios de Bachillerato y COU en la rama de letras puras, tras los cuales, me gradué en Técnico Especialista en Administración, de lo que ejercí durante años. Mi alma inquieta y artística me llevó, además, no solo a asistir a cursos de informática, bisutería o tatuajes, sino también hacia la rama de la pintura, donde descubrí una parte de mí que hasta entonces desconocía, y que dio lugar a más de 400 obras; algunas de ellas se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires.

Aunque no fue hasta la primavera de 2015 cuando encontré mi verdadera pasión y vocación, la que a día de hoy se ha convertido en mi única y más preciada profesión. Ese año publiqué mi primera novela. Fue toda una sorpresa para mí que la editorial Planeta se interesara por mi trabajo, con la que acabé publicando ocho títulos en total. Después, en el 2018, decidí auto-publicarme. Hice cursos de edición y maquetación y, desde entonces, edito mis propias novelas y también las de otros autores. He ayudado a muchos a publicar sus trabajos.

Actualmente soy autora y editora. Y gracias a ello, sigo cumpliendo sueños.

Página de autora: [AMAZON](#)

Premios, logros y reconocimientos

- PREMIO Mejor 1ª novela auto-publicada 2012-2015 (La culpa es de D.I.S.N.E.I.).
 - TERCER PREMIO Mejor novela erótica (Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Junio 2020.
 - PREMIO Mejor Autora 2020. Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre 2020.
 - PREMIO Mejor novela erótica 2020 (Huyamos, ahora que podemos). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre 2020.
 - Autora del mes web de Planeta en Romántica. Junio 2017.
 - Autora del mes blog Locas del Romance. Enero 2019.
 - 8 Bestsellers.
 - 8 Segundas Ediciones.
 - 2 Terceras Ediciones.
 - Fragmento de la novela MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS en el libro didáctico LÁNZATE 2d (B1), de la editorial francesa Nathan, como ejemplo de "cómo una mujer debe ser valorada por su intelecto". 2019.
 - Placa reconocimiento a la labor literaria. Paseo de Las Letras, Molina de Segura. Mayo 2019.
 - Número 1 en Amazon España, Amazon México, El Corte Inglés y Kobo (Fnac).
 - Más de 73.000 copias vendidas.
 - Wikipedia. Marzo 2022.
-